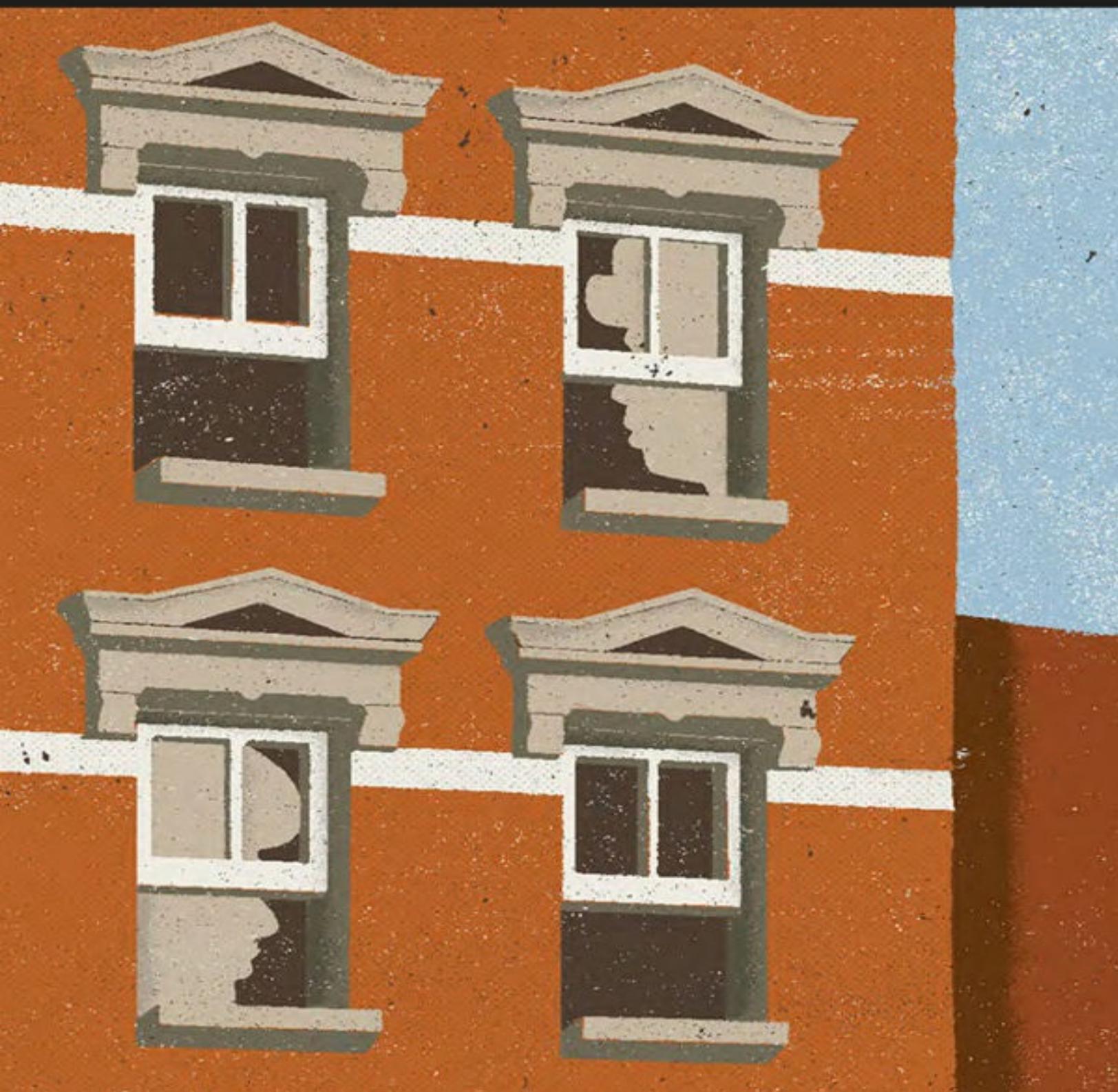


# VIVIAN GORNICK

## Apegos feroces

PRÓLOGO DE JONATHAN LETHEM  
TRADUCCIÓN DE DANIEL RAMOS SÁNCHEZ



# PRÓLOGO

Por JONATHAN LETHEM

Al disponerse a presentar un libro que hace años que ama, uno puede encontrarse hojeando la edición anterior, dándole vueltas entre las manos, así como zambulléndose entre sus páginas para reencontrarse con ciertas frases y quedar de nuevo maravillado por su enfoque y su frescura, su capacidad permanente de sorprender. Podría también saltar hasta el comienzo con la esperanza de descubrir que la introducción de uno ya está ahí, escrita ya, que es justo el sentimiento que este objeto le ha proporcionado una y otra vez: que conoce sus pensamientos. El libro es un objeto en vertiginoso movimiento, que rezuma su propia energía y lo único que uno desearía hacer es tocarlo, alterar apenas su trayectoria, para impulsarlo hacia el criterio universal.

¿No podría limitarme a decir que hay que leer *Apegos feroces*, de Vivian Gornick? ¿Que estoy aquí para insistir en que este libro debe convertirse en bandera en el mundo entero, como es bandera en mi mente, una detrás de la cual marchó? Y aun así, sosteniendo esta edición antigua, reparo en que hay ocho críticas positivas, todas bastante elocuentes, todas escritas por mujeres; ¿podría ocurrir que fuera el primer hombre que declara a favor de este libro? (Compruebo una edición anterior que también tengo en mi biblioteca y, evidentemente, no es el caso). Las memorias de Vivian Gornick tienen esa calidad endemoniada, brillante y absoluta que tiende a elevar un libro por encima de su contexto y provoca que sea admirado, con toda justicia, como «atemporal» y «clásico». A pesar de ser unas memorias centradas, al menos

en apariencia, en los entresijos de una relación madre-hija, unas memorias escritas en los ochenta, antes del *boom* del género, por una autora asociada, con orgullo aunque no de un modo sencillo, con el movimiento feminista. ¿Se me permite entonces amarlo y, no digamos, lucirlo como un fragmento de mi propio corazón? Sí. El camino del lector hacia el hechizo de *Apegos feroces* no pasa por mirar con embobada curiosidad los detalles personales de la vida de Gornick o la de su madre, ni por la identificación facilona basada en la semejanza —en circunstancias coincidentes—, ni siquiera en la semejanza que supone la condición de mujer.

La identificación en *Apegos feroces* funciona de otra manera. Al sumergirnos en la sinceridad mordaz aunque aparentemente no deliberada del libro, descubrimos que sencillamente nos transformamos en Vivian Gornick (o la narradora que lleva su nombre), de la misma manera que nos convertimos en su madre y luego en Nettie Levine, la joven, apasionada y nihilista vecina que se presenta como el tercer personaje principal del libro, formando junto a madre e hija lo que Richard Howard ha denominado «esa trama erótico-afectiva mediante la cual triangulamos nuestras vidas».

Pero nuestro sentimiento de transfiguración no se limita a estas tres mujeres. Gornick nos arrastra hacia breves y ardorosas alianzas con tres hombres, maridos y amantes que jalonan el camino hacia su descubrimiento personal: Stefan, Davey y Joe. Y también, de paso, con otra media docena de vecinas del Bronx, una psiquiatra y, por supuesto, el esquivo padre. Al conceder a su vez a cada actor ojos con los que contemplar a la narradora que los contempla y voces que rivalizan con las de ella en agudeza, Gornick ha grabado a fuego estos personajes sobre la página. No es solo que nadie escape a su mirada, sino que tampoco ella escapa a la de nadie. No hablo de justicia, una virtud sobrevalorada en la literatura, y puede que también en la vida. Podría decirse que Gornick derriba a su reparto, pero de acuerdo a ese estándar, también se derriba a sí misma. Prefiero decir que, al igual que el mago que retira el mantel que cubre una mesa puesta, la narradora milagrosamente deja a su reparto y a sí misma intactos y bajo el brillo de lo que supongo que solo puede ser descrito como amor. Un amor difícil, pero así es el amor.

Este sería un buen punto en que detener mi introducción, pero me siento

movido a rendir solo un poco más de tributo a título personal y como escritor a la ensayista y escritora de memorias que, junto a Phillip Lopate y Geoff Dyer, me ha enseñado todo lo que sé sobre limpiar las tonterías que uno escribe sobre mí mismo. Odio tener que hacerle cargar con el epíteto de «escritora para escritores», pero *Apegos feroces* exige ser honrada como la obra de una técnica impresionante, cuyo manejo de una forma destilada de la escena y el diálogo, del retruque contenido y del uso de los espacios en blanco sobre la página, me hace preguntarme por qué no ha abordado nunca la ficción, por la que profesa un amor tan elocuente en sus ensayos literarios. Como la mayoría de los textos que más amo, *Apegos feroces* extrae su fuerza del método de la paradoja. Estas páginas contienen mi descripción favorita del momento en el que una futura escritora cae en la cuenta de que simplemente *es* una escritora, para bien o para mal y por muy confuso que sea el camino que se extiende ante ella.

Durante el segundo año de mi matrimonio, el espacio rectangular hizo su primera aparición en mi interior. Estaba escribiendo un ensayo, un artículo de crítica del doctorado que, sin previo aviso, había dado como fruto una idea, una idea radiante y bien definida. Las frases comenzaron a abrirse camino en mi interior, pugnando por salir, cada una moviéndose ágilmente para sumarse a la precedente. De pronto me di cuenta de que una imagen se había adueñado de mí: vislumbré con claridad su forma y su contorno. Las frases intentaban ocupar la forma. La imagen era la totalidad de mi pensamiento. En ese instante, sentí que me abría en canal. Mi interior se vació para dar cabida a un rectángulo de aire limpio y espacio despejado, que comenzaba en mi frente y terminaba en mis ingles. En el centro del rectángulo, solo mi imagen, esperando con paciencia para depurarse. Experimenté gozo cuando supe que nada más podría igualarlo.

Más adelante en el libro, Gornick parece lamentar la incapacidad de dicho rectángulo para crecer, expandirse y abarcar más aspectos de su vida. La paradoja es doble. Como evidencia el libro que usted tiene entre sus manos, el mismo que describe su resistencia y frustración, el triángulo de Gornick ha hecho precisamente eso: crecer hasta abarcar no solo su vida sino, a lo largo de su desarrollo, la de sus lectores. Y, pese a todo lo que abarca, continúa siendo exactamente tan íntimo y localizado como la primera vez que lo describe: exactamente del tamaño de su cuerpo.

# **APEGOS FEROCES**

Tengo ocho años. Mi madre y yo salimos de nuestro apartamento, que da al rellano del segundo piso. La señora Drucker está de pie, junto a la puerta abierta del apartamento de al lado, fumando un cigarrillo. Mi madre echa la llave y le pregunta:

—¿Qué haces aquí?

La señora Drucker señala hacia dentro con la cabeza.

—Este, que quiere echarme un polvo. Le he dicho que ni tocarme sin pasar antes por la ducha.

Yo sé que «este» es su marido. «Este» siempre es el marido.

—¿Por qué? ¿Tan sucio está? —dice mi madre.

—Es un cerdo asqueroso —dice la señora Drucker.

—Drucker, eres una puta —dice mi madre.

La señora Drucker se encoge de hombros.

—No puedo montar en metro —dice.

En el Bronx, «montar en metro» era un eufemismo para ir a trabajar.

Viví en aquel bloque de pisos entre los seis y los veintiún años. En total había veinte apartamentos, cuatro por planta, y lo único que recuerdo es un edificio lleno de mujeres. Apenas recuerdo a ningún hombre. Estaban por todas partes, claro está —maridos, padres, hermanos—, pero solo recuerdo a las mujeres. Y las recuerdo a todas tan toscas como la señora Drucker o tan feroces como mi madre. Nunca hablaban como si supiesen quiénes eran, como si comprendieran el trato que habían hecho con la vida, pero a menudo actuaban como si lo supiesen. Astutas, irascibles, iletradas, parecían sacadas de una novela de Dreiser. Había años de aparente calma y, de repente,

cundían el pánico y la locura: dos o tres vidas marcadas (quizá arruinadas) y el tumulto se apagaba. De nuevo calma silenciosa, letargo erótico, la normalidad de la abnegación cotidiana. Y yo —la niña que crecía entre todas ellas, formándose a su imagen y semejanza— me empapaba de ellas como de cloroformo impregnado en un paño apretado contra mi cara. He tardado treinta años en entender cuánto entendí de ellas.

Mi madre y yo hemos salido a dar un paseo. Le pregunto si recuerda a las mujeres de aquel edificio del Bronx.

—Cómo no —responde.

Le digo que siempre he pensado que la rabia sexual era lo que las hacía estar tan locas.

—Totalmente —afirma sin aminorar el paso—. ¿Te acuerdas de la Drucker? Solía decir que si no se hubiese fumado un cigarrillo mientras tenía relaciones con su marido se habría tirado por la ventana. ¿Y Zimmerman, la de enfrente? La casaron a los dieciséis, odiaba al tipo a muerte y solía decir que si se mataba en el trabajo (era obrero de la construcción) sería un *mitzvah*<sup>[1]</sup>. —Mi madre se detiene. El volumen de su voz disminuye, sobrecogida por su propio recuerdo—. De hecho, él solía tomarla por la fuerza —dice—. La pillaba en mitad del salón y la arrastraba hasta la cama. —Se queda mirando al vacío durante un momento. A continuación, me dice —: Los hombres europeos. Eran unos animales. Unos auténticos animales. —Retoma el paso—. Una vez, la Zimmerman lo dejó fuera. Él tocó nuestro timbre. No se dignó a mirarme. Preguntó si podía usar nuestra salida de incendios. Yo no le dirigí la palabra. Cruzó toda la casa y salió por la ventana. —Mi madre se echa a reír—. Esa salida de incendios, ¡qué buenos servicios nos prestó! ¿Te acuerdas de Cessa, la de arriba? No, claro, seguro que no te acuerdas. Vivió apenas un año justo después de mudarnos nosotros y luego ya fue cuando llegaron los rusos. Pues la Cessa y yo nos llevábamos muy bien. Si me paro a pensar, se me hace raro. Apenas nos conocíamos, incluyo a todas, a veces ni nos hablábamos, pero vivíamos unas encima de las otras y nos pasábamos el día saliendo y entrando las unas de casa de las otras. Todo el mundo se enteraba de todo nada más pasar. Unos pocos meses en el

edificio y las mujeres ya eran, digamos, *íntimas*.

»Pues esta Cessa era una mujer joven y guapa que llevaba casada solo unos pocos años. No quería a su marido, aunque tampoco lo odiaba. De hecho, él era un hombre bastante agradable. Qué quieres que te diga, no lo quería, así que se pasaba todo el día fuera de casa. Creo que se había buscado un amante por ahí. En fin, tenía una melena negra que le llegaba hasta el culo. Un día, se la cortó. Quería ser moderna. Su marido no le dijo nada, pero su padre llegó a la casa, le echó un vistazo a su pelo corto y le arreó un bofetón que casi la manda al otro barrio. Después, le ordenó al marido que la dejase encerrada en casa durante un mes. Solía bajar por la escalera de incendios hasta mi ventana para salir por la puerta de nuestra casa. Todas las tardes durante un mes. Un día, a su vuelta, nos tomamos las dos un café en la cocina y le digo: “Cessa, dile a tu padre que esto son los Estados Unidos, Cessa, los Estados Unidos. Eres una mujer libre”. Ella me mira y dice: “¿Qué quieres? ¿Que le diga a mi padre que esto son los Estados Unidos? Pero si nació en Brooklyn”.

La relación con mi madre no es buena y, a medida que nuestras vidas se van acumulando, a menudo tengo la sensación de que empeora. Estamos atrapadas en un estrecho canal de familiaridad, intenso y vinculante: durante años surge por temporadas un agotamiento, una especie de debilitamiento, entre nosotras. Después, la ira brota de nuevo, ardiente y clara, erótica en su habilidad para llamar la atención. Últimamente estamos a malas. La manera que tiene mi madre de «lidiar» con los malos momentos es echarme en cara a gritos y en público la verdad. Cada vez que me ve, dice: «Me odias. Sé que me odias». Voy a hacerle una visita y a cualquiera que esté presente —un vecino, un amigo, mi hermano, uno de mis sobrinos— le dice: «Me odia. No sé qué tiene contra mí, pero me odia». Del mismo modo, es perfectamente capaz de parar por la calle a un completo desconocido cuando salimos a pasear y soltarle: «Esta es mi hija. Me odia». Y a continuación se dirige a mí e implora: «¿Pero qué te he hecho yo para que me odies tanto?». Nunca le respondo. Sé que arde de rabia y me alegra verla así. ¿Y por qué no? Yo también ardo de rabia.

Pero paseamos por las calles de Nueva York juntas continuamente. Ahora ambas vivimos en el Lower Manhattan, nuestros apartamentos están a kilómetro y medio de distancia y, cuando nos visitamos, lo hacemos a pie. Mi madre es una campesina urbana y yo soy la hija de mi madre. La ciudad es nuestro elemento natural. Las dos tenemos aventuras a diario con conductores de autobús, mendigas que arrastran carritos, acomodadores y locos callejeros. Pasear saca lo mejor de nosotras. Yo ahora tengo cuarenta y cinco años y mi madre, setenta y siete. Está fuerte y sana. Recorre la isla conmigo sin dificultad. Durante estos paseos no nos queremos, sino que a menudo rabiamos una contra la otra, pero de todas formas paseamos.

Nuestros mejores momentos juntas son cuando hablamos del pasado. Yo le digo: «Mamá, ¿te acuerdas de la señora Kornfeld? Cuéntame esa historia otra vez», y ella se recrea contándomela de nuevo. (Lo único que odia es el presente; en cuanto el presente se hace pasado, comienza a amarlo inmediatamente). Cada vez que cuenta la historia, es la misma y también es completamente distinta, porque cada vez que la oigo soy más mayor y se me ocurren preguntas que no le hice la última vez.

La primera vez que mi madre me contó que su tío Sol había intentado acostarse con ella, yo tenía veintidós y la escuché en silencio: embobada y aterrorizada. Me sabía de memoria los antecedentes. Ella era la menor de dieciocho hermanos, ocho de los cuales sobrevivieron hasta la edad adulta. (Imaginos: mi abuela se pasó veinte años embarazada). Cuando la familia llegó a Nueva York desde Rusia, Sol, el hermano menor de mi abuela y de la misma edad que su hijo mayor (su madre *también* se había pasado veinte años embarazada), iba con ellos. Los dos hermanos mayores de mi madre habían llegado unos años antes que el resto de la familia, para trabajar en la industria textil, y habían alquilado un piso sin agua caliente en el Lower East Side para los once: baño en el pasillo, cocina de carbón, una hilera de oscuros cuchitriles interiores. Mi madre, que por entonces tenía diez años, dormía sobre dos sillas en la cocina porque mi abuela tenía un inquilino.

A Sol lo habían llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial y lo enviaron a Europa. Cuando volvió a Nueva York, mi madre tenía dieciséis años y era la única hija que quedaba en casa. Así que aquí llega, un desconocido lleno de glamur, la sobrinita que había dejado atrás ahora es casi

una mujer, con ojos negros, una melenita brillante y castaña y una sonrisa arrebatadora, encantos que fingía no saber cómo emplear (ese fue siempre el estilo de mi madre: una coquetería descarada libre de la más mínima vergüenza), y empieza a dormir en uno de aquellos cuchitriles a un par de paredes de ella, con los padres de la chica roncando ruidosamente en el extremo opuesto del apartamento.

—Una noche —contaba mi madre—, me desperté sobresaltada, no sé por qué, y de pronto vi que Sol estaba encima de mí. Empecé a decir: «¿Qué pasa?». Creí que les había ocurrido algo a mis padres, pero estaba tan raro que pensé que igual era sonámbulo. No me dijo ni una sola palabra. Me tomó en brazos y me llevó hasta su habitación. Me echó sobre la cama, se puso a mi lado y me rodeó con los brazos, y empezó a acariciarme el cuerpo. Entonces me levantó el camisón y se puso a acariciarme el muslo. Y de repente me apartó y dijo: «Vuelve a tu cama». Yo me levanté y volví a acostarme. Nunca habló de lo que sucedió aquella noche, ni yo tampoco.

La segunda vez que oí la historia yo tenía treinta años. La repitió prácticamente palabra por palabra mientras subíamos por la avenida Lexington, a la altura de las calles que empiezan por sesenta. Cuando llegó al final, le dije:

—¿Y tú nunca le dijiste nada?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y por qué, mamá? —pregunté.

Abrió los ojos de par en par, frunció los labios.

—No lo sé —respondió desconcertada—. Solo sé que tenía mucho miedo. —La miré, como ella decía, «raro»—. ¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No te gusta mi respuesta?

—No —protesté—, no es eso. Es que me extraña que no pronunciaras ni una sola palabra, que no mostraras tus miedos de ninguna manera.

La tercera vez que me contó la historia yo estaba a punto de cumplir los cuarenta. Íbamos caminando por la Octava Avenida y, a medida que nos íbamos acercando a la calle Cuarenta y dos, le dije:

—Mamá, ¿alguna vez se te ha ocurrido preguntarte *por qué* te quedaste callada cuando Sol intentó seducirte?

Me lanzó una breve mirada. Pero esta vez me llevaba la delantera.

—¿Adónde quieres llegar? —preguntó enfadada—. ¿Insinúas que me estaba *gustando*? ¿Es ahí adonde quieres llegar?

Me entró un risa tensa y maliciosa.

—No, mamá. No me refería a eso. Lo que digo es que se me hace *raro* que no dijeras nada.

Volvió a repetir que estaba muy asustada.

—¡Anda ya! —respondí secamente.

—Me das asco —me soltó furiosa en plena calle—. La sabelotodo de mi hija. Tendría que mandarte a la universidad para que te sacaras un par de títulos más, de lo sabelotodo que eres. Ahora resulta que yo *quería* que mi tío me violase, ¿no? ¡Menuda ocurrencia!

Después de aquel paseo, estuvimos un mes sin hablarnos.

El Bronx era un mosaico de territorios étnicos invadidos: cuatro o cinco manzanas dominadas por irlandeses, italianos o judíos, pero cada área con su correspondiente cuota de irlandeses en cada manzana de judíos y de judíos en cada manzana de italianos. Mucho se ha dicho de este cambio acaecido en el padrón municipal de Nueva York, pero aquellos que crecieron bajo los improperios irlandeses o italianos o sufrieron el ostracismo de sus vecinos judíos no han quedado tan marcados por su condición añadida de foráneos como igualados por la vida callejera compartida. Nuestra familia había pasado un año en un barrio italiano. Mi hermano y yo éramos los únicos niños judíos del colegio y lo pasamos fatal. Ni más ni menos: fatal. Cuando nos mudamos de vuelta a un barrio judío, para mi hermano fue un alivio no tener que volver a preocuparse de que todas las tardes niños que lo llamaban judío empollón le pegasen una paliza, pero su vida no se vio alterada en gran medida, ni en la superficie ni en el fondo. La pura verdad es que la «otredad» de italianos, irlandeses y judíos entre nosotros aportaba gracia e interés, una sensación de refuerzo identitario y un fascinante aliciente que se temía en público pero que a escondidas era bien recibido.

Nuestro edificio era todo de judíos a excepción de una familia irlandesa en el primero, una de rusos en el tercero y un portero polaco. Los rusos eran altos y callados: entraban y salían de una forma que nos resultaba muy

misteriosa. Los irlandeses eran todos rubios y delgados: con ojos azules, labios finos y rostros impenetrables. También constituían una presencia misteriosa entre nosotros. El portero y su mujer tampoco eran muy habladores. Nunca se dirigían de primeras a nadie. Eso es lo que conlleva, supongo, ser unos pocos entre otros muchos: quedas silenciado.

Mi madre también habría podido quedar silenciada de haber seguido viviendo entre italianos, podría haber atrapado a sus hijos en una angustia sin palabras cada vez que un vecino se hiciese amigo nuestro, como hacía la señora Cassidy cada vez que alguien de nuestro edificio le pasaba la mano por el pelo a una de las «rubitas irlandesas». Pero mi madre no era una de tantas. Aquí, en este edificio completamente judío, estaba en su salsa, tenía suficiente espacio entre la piel de la presencia social y la carne de un núcleo que no sabía nada de ella y por el cual podía moverse, expresarse con libertad, ser amable y sarcástica, histérica y generosa, irónica y crítica y, en ocasiones, lo que ella consideraba cariñosa: aquel comportamiento hosco y avasallador que adoptaba cuando se veía invadida por la ternura que tanto temía.

Mi madre se distinguía en el edificio por su inglés sin acento y sus rotundas maneras. Aunque la puerta de nuestro apartamento siempre permanecía cerrada (se establecía una distinción entre los que eran lo suficientemente cultos para valorar la intimidad que da una puerta cerrada y los brutos que dejaban siempre la puerta entornada), los vecinos podían tomarse la confianza de llamar a la puerta a cualquier hora: para pedir algo que les hiciese falta en la cocina, compartir el último cotilleo de la escalera e incluso para pedirle a mi madre que ejerciese de árbitro en alguna disputa ocasional. Su modo de actuar en aquellas situaciones era el de una persona de un nivel superior avergonzada del comportamiento pueril de sus inferiores:

—Oy, Zimmerman —sonreía con condescendencia cuando la señora Zimmerman, que se ponía de su parte ante cualquier desaire real o imaginario, venía a informarle de la perfidia de tal o cual vecina—, eso son memeces. —O también—: Eso es absurdo —sentenciaba bruscamente cuando le volvían a contar un chisme que consideraba chabacano o desinformado. No parecía inmutarse ante la noción de que podían existir dos versiones de la misma historia o más de una manera de interpretar un

acontecimiento. Sabía que, en comparación con las mujeres que la rodeaban, ella estaba «desarrollada» —era una persona de pensamientos y sentimientos elevados—, así que ¿para qué darle más vueltas? «Desarrollado» era una de sus palabras preferidas. Si la señora Zimmerman se ponía a dar gritos en la escalera un sábado por la mañana, nosotras, sentadas en la cocina, que estaba justo detrás de la puerta del apartamento, nos mirábamos la una a la otra e, irremediablemente, mi madre sacudía la cabeza y declaraba: «Una mujer subdesarrollada». Si alguien se burlaba de los *schvartzes*<sup>[2]</sup>, mi madre me explicaba con detenimiento que dichos sentimientos eran «subdesarrollados». Si había una discusión en la tienda de ultramarinos sobre precios o pesos, de nuevo escuchaba la palabra «subdesarrollado». Mi padre le sonreía cuando decía la palabra, nunca supe si con indulgencia o con orgullo. Mi hermano, que ya desde los diez años estaba sobre aviso, se quedaba mirando inexpresivamente. Pero yo, yo absorbía el tacto de sus palabras, me empapaba de cada gesto y cada expresión con los que las adornaba, de cada intrincado fragmento de impulso y determinación. La idea de mi madre de que todos los que la rodeaban estaban subdesarrollados y que gran parte de lo que decían era ridículo se quedó impresa en mí como tinte sobre el más absorbente de los materiales.

El apartamento tenía cinco habitaciones, y todos los cuartos estaban comunicados entre sí. Era una casa de vecinos, no un pasillo con cuartuchos en hilera: ninguna de las ventanas daba a un patio de luces. La puerta se abría a un pequeño recibidor que daba directamente a la cocina. A la derecha de la cocina, en la entrada, estaba la nevera, encajada contra la pared, formando ángulo recto con el baño: un minúsculo cubículo con una puerta de madera pintada cuya mitad superior era de cristal esmerilado. Pasado el recibidor había dos habitaciones de igual tamaño separadas por un par de puertas de cristal tapadas con cortinas. La segunda de estas habitaciones daba a la calle y quedaba bañada por la luz de la tarde. De este salón, a ambos lados, salían dos dormitorios minúsculos, uno de los cuales también daba a la calle y el otro, a la parte trasera del edificio.

Dado que el salón y uno de los dormitorios tenían vistas a la calle, el

nuestro se consideraba un apartamento apetecible, un apartamento «de fachada». Hace unos años, un hombre que también se había criado en el mismo edificio me dijo: «Siempre pensé que erais más ricos que nosotros porque vivíais en un apartamento de fachada». Aunque vivir en un apartamento de fachada significaba muchas veces que el marido cobraba más que el de las que vivían *tief, teier in draird* (al fondo, en lo más profundo del interno) en uno de los apartamentos que daba a la parte de atrás, vivíamos en uno de fachada porque parte de las pretensiones de mi madre de un mayor entendimiento de las necesidades de la vida se sustentaba en su insistencia en que, a menos que tuviésemos que recurrir a la beneficencia, un apartamento que diese a la parte de atrás no tenía cabida en las consideraciones domésticas. Pero, no obstante, era en «la parte de atrás» donde en realidad vivíamos las dos.

La ventana de la cocina daba al callejón que había en la parte trasera del edificio, al igual que las ventanas de las cocinas del edificio de al lado y las de otros dos edificios cuyas entradas estaban en el lado opuesto de la manzana que compartíamos con dichos bloques de apartamentos. No había árboles, ni arbustos ni hierba de ningún tipo en el callejón: solo cemento, alambre de espino y estacas de madera. Pero aun así, recuerdo el callejón como un espacio de luz diáfana y aire dulce, inundado, de algún modo, de un aroma perpetuo a verdor estival.

El callejón recibía el sol de la mañana (nuestra cocina rebosaba de luz incluso antes del mediodía) y era un ritual compartido entre las mujeres que la ropa se lavase a mano sobre una tabla bien temprano y se dejase secar al sol. Cruzándose en zigzag en el callejón, del primero hasta el quinto piso, había tal vez cincuenta cuerdas de tender que estaban atadas a estacas de madera plantadas en el suelo de cemento. Cada apartamento tenía su propia cuerda que se extendía entre otras diez de la misma estaca. La ropa de cada cuerda a menudo interfería con las prendas ondeantes de la cuerda de encima o debajo y la visión de una mujer dando fuertes tirones a su cuerda, tratando de liberar a base de sacudidas su colada de entre una indistinguible maraña de sábanas y pantalones, era habitual. A la vez que tiraba de la cuerda, podía estar llamando a alguien: «Bertha-a-a. Berth-a-a. ¿Estás en casa, Bertha?». Los amigos se repartían entre los edificios que daban al callejón y se pasaban

el día llamándose unos a otros para darse recados («¿A qué hora llevas a Harvey al médico?». O «¿Tienes azúcar? Espera, que mando a Marilyn». O «Quedamos en la esquina en diez minutos»). ¡Cuánto tumulto y jaleo! El aire transparente, el esplendor de la luz, las mujeres llamándose unas a otras, los sonidos de sus voces entremezcladas con el olor de la ropa secándose al sol, todas aquellas texturas y colores tendidos al aire. Me asomaba por la ventana de la cocina con una sensación de expectativa cuyo sabor retengo aún en la boca. Y ese sabor está coloreado de un verde tierno y brillante.

Para mí, toda la animación del apartamento se concentraba en la cocina y en la vida que trascurría al otro lado de su ventana. Era un entusiasmo genuino, nacido de la contradicción. Allá en la cocina hacía los deberes y acompañaba a mi madre mientras contemplaba cómo organizaba y llevaba a cabo su día. Ahí también aprendí que poseía la capacidad y la energía para desempeñar sus tareas con habilidad y desenvoltura, pero que no las disfrutaba ni tampoco le importaban. Nunca me enseñó a hacer nada. Nunca aprendí a cocinar, ni a limpiar, ni a planchar. Mi madre era una cocinera competente, una limpiadora de una rapidez frenética y una lavandera endiablada a la que todo la aburría sobremanera.

Aun así, ella y yo ocupábamos toda la extensión de la cocina. Aunque mi madre nunca parecía prestar atención a lo que ocurría en el callejón, no se le escapaba una. Oía todas las voces, percibía cada revoloteo de las sábanas, captaba cualquier llamada y transmisión. Nos reíamos juntas del inglés macarrónico de una, de lo bocazas e indiscreta que era la otra, de un chillido por ahí y de una tremenda retahíla de tacos por allá. Sus incesantes comentarios sobre la vida al otro lado de la ventana me permitieron degustar por primera vez los frutos de la inteligencia: sabía cómo convertir el cotilleo en información. Oía una voz elevarse una nota y hacía la siguiente observación: «Esta mañana discutió con el marido». O bajar una nota, y entonces era que «se le ha puesto el niño malo». O interceptaba un diálogo a toda prisa y a partir de él diagnosticaba el enfriamiento de una amistad. Esta habilidad suya me transmitía bienestar y me arrancaba emoción. La vida parecía más plena, más intensa y más interesante cuando mi madre otorgaba sentido a la actividad humana que trascurría en el callejón. Durante aquellos instantes, sentía una conexión viva entre nosotras y el mundo que existía tras

la ventana.

La cocina, la ventana y el callejón. Tal era el ambiente en el que estaba anclada, el paisaje ante el cual se perfilaba su figura. Ahí dentro resultaba lista, graciosa y enérgica; podía ejercer su autoridad y causar impresión. Pero sentía desprecio por su entorno: «¡Mujeres, puaj!», exclamaba, «Tendederos y chismorreos», añadía. Sabía que existía otro mundo —*el mundo*—, y a veces pensaba que quería ese mundo. Mal. Se detenía entonces en medio de una tarea, se quedaba mirando durante unos largos minutos el fregadero, el suelo, la cocina. Pero ¿dónde? ¿Cómo? ¿Qué?

Así era su existencia: allá en la cocina tenía claro quién era, allá en la cocina se mostraba infatigable pero también se aburría, allá en la cocina se desenvolvía de una forma envidiable, allá en la cocina sentía desprecio por sus quehaceres. Se enfurecía por «el vacío de la vida de las mujeres», como decía ella, y al instante se echaba a reír con un placer que todavía resuena en mis oídos al analizar cualquier acontecimiento enrevesado que tenía lugar en el callejón. Pasiva por las mañanas, rebelde por las tardes, se hacía y se deshacía a diario. Se alimentaba con ansia de la única sustancia de la que disponía, le cogía apego a su propio brío y acababa sintiéndose como una traidora. ¿Cómo no entregarse con devoción a una vida de contrastes tan extremos? ¿Y cómo podía evitar yo no sentir devoción por dicha entrega?

—¿Te acuerdas de los Roseman? —me pregunta mi madre mientras paseamos por la Sexta Avenida a la altura de las calles que comienzan por cuarenta. Era la familia que vivía en el apartamento de los Zimmerman los dos primeros años que pasamos en el edificio.

—Claro que sí —respondo—. ¡Esos sí que hacían una pareja interesante! La señora Roseman era una versión judía de Colette: gorda y atezada, con unos enormes ojos negros enmarcados por un hermoso rostro de zorro y una aureola de pelo rizado gris oscuro. Jugaba a las cartas con obsesión, fumaba como un carretero y mostraba una falta de interés absoluta por su familia. En su casa siempre había una partida de cartas en curso y, como decía mi madre, «una olla de sabe Dios qué bazofia cociéndose al fuego durante todo el día, que, para cuando llegaba el marido del trabajo, ya debía de saber como los

zapatos viejos de mi abuela». Pero mi madre hablaba de ella con cariño, no con ánimo de criticarla. Se sentía cercana a la señora Roseman porque diez años antes también ella había formado parte de la Junta de Inquilinos número 29 en un edificio que quedaba tres barrios más allá del nuestro.

Yo sabía desde muy pequeña que mis padres eran «compañeros de ruta» del Partido Comunista y que, de los dos, mi madre había sido la más activa políticamente. Para cuando yo nací ya se había subido a cajas de jabón en el Bronx para reclamar justicia económica y social. De hecho, formaba parte de su letanía de privaciones que, de no haber sido por sus hijos, habría llegado a ser una oradora pública de éxito.

Durante la Gran Depresión, el Partido Comunista apoyaba y gestionaba las Juntas de Inquilinos, organizaciones creadas para combatir los desahucios por impago del alquiler. Mi madre se puso al frente de la Junta de Inquilinos número 29 del Bronx («Yo era la única mujer de todo el edificio que hablaba inglés sin acento, así que automáticamente me eligieron líder por votación»), y siguió ejerciendo el cargo hasta poco antes de nacer yo, cuando mi padre la obligó a «dejarlo todo» para quedarse en casa con la niña. Hasta entonces, contaba, había llevado ella la junta. Mamá dirigiendo la junta era un clásico de nuestra infancia. «Todos los sábados por la mañana», me recitaba igual que otras madres les recitaban a sus hijos «Los cinco lobitos», «bajaba hasta la sede del Partido Comunista, que estaba situada en Union Square, para recibir las instrucciones de esa semana. Después nos organizábamos y nos poníamos manos a la obra». Lo que le gustaba decir «Después nos organizábamos y nos poníamos manos a la obra». Su voz albergaba un placer más sencillo cuando repetía aquellas palabras que con ninguna otra que le haya oído pronunciar.

La Junta de Inquilinos número 29 estaba compuesta por la mayoría de las mujeres del edificio en el que por entonces vivían mis padres: inmigrantes judías toscas y enérgicas. La confraternidad vecinal que existía entre ellas venía dada por su camaradería política. Cuando nos mudamos a este edificio, el definitivo en el Bronx, y mi madre se encontró con que la señora Roseman era nuestra vecina de al lado, parecía que hubiera encontrado no solo a una vieja amiga, sino a un familiar en cuya presencia hubieran salido a la luz complejos sentimientos que bullían en su mente y en su espíritu. Tanto la

señora Roseman como ella apreciaban la capacidad de la otra de entender la actividad política que había abierto una presa llena de intensas emociones.

Un recuerdo particular de la época que compartieron en la junta, llamativamente apolítico en opinión de las dos, las mantenía unidas y a menudo evocaban este incidente acompañándolo con numerosas sacudidas de cabeza y un asombro compartido. En plena Gran Depresión, las mujeres de la junta alquilaron habitaciones durante un verano, para ellas y sus familias, en una colonia de bungalós en las montañas de Catskill. La mayoría de las familias arrendaba dos cuartos en el edificio principal (uno para el matrimonio y otro para los hijos), aunque había quienes solo podían permitirse uno. Las mujeres compartían cocina y los hombres subían hasta ahí los fines de semana.

Eran quince mujeres y, tal como recordaba mi madre, en aquella cocina las acabó conociendo mejor que durante los dos o tres años que habían pasado trabajando juntas en el Bronx. Estaba Pessy, de la que decía: «Era tan tonta que si le sirvieran mierda diría que era miel, pero era una buena camarada. Le mandase lo que le mandase, lo hacía sin queja ni vacilación». Estaba la Singer, «la delicadita», que odiaba la vulgaridad del resto. Estaba la Kornfeld, «una mujer morena y de aspecto apasionado que nunca daba su opinión, sino que esperaba a que las demás hablasen y a continuación había que preguntarle qué pensaba del tema. Pero siempre tenía algo inteligente que aportar». Y, cómo no, estaba la Roseman, la afable y perspicaz Roseman, a la que no se le escapaba una. Sus ojos estaban puestos en todas partes mientras repartía las cartas.

Aquel verano mi madre descubrió que a Pessy «le iba la marcha, sabes a lo que me refiero, ¿no?». Y la Singer acabó siendo una pelmaza. «Siempre andaba desmayándose. Daba igual lo que pasase, a la Singer se le ponían los ojos en blanco y caía redonda». Y la Kornfeld, bueno, la Kornfeld era para darle de comer aparte.

Los sábados, bien entrada ya la mañana, Pessy se presentaba en camisón, bostezando y restregándose. Las demás se echaban a reír. «Bueno, Pessy», le decía alguna, «qué hiciste anoche. ¿Algo interesante?». Pessy decía con un resoplido: «¿Qué hay que contar? Pues una hace sus cosas, luego se coloca culo contra culo y a dormir. ¿Qué queréis que os cuente?». Pero se iba

poniendo roja y se le dibujaba una sonrisa como si guardase un secreto. La Singer giraba la cara. Y la Kornfeld, sentada en un rincón de la cocina (era de las que no tenían para dos habitaciones, así que dormía en el mismo cuarto que sus tres hijos), se quedaba más callada que de costumbre.

Un sábado por la noche, después de que los hombres hubieran vuelto a la ciudad, y mientras todas estaban sentadas en el porche, de pronto una dijo: «¿Dónde está la Kornfeld?». Miraron por todas partes, pero de la Kornfeld, ni rastro. Comenzaron a llamarla: «Kornfeld, Kornfeld». No hubo respuesta. Entraron en su cuarto: los niños dormían profundamente, pero ella no estaba. Les entró el miedo y se lanzaron en su búsqueda. Se desplegaron de dos en dos («Menuda suerte la mía», decía mi madre, «a mí me tocó ir con la Singer»), cada una con una linterna («No sabes lo oscuro que estaba el campo en aquella época»), y se pusieron a gritar por todas partes: «¡Kornfeld, Kornfeld!».

—Nos pasamos como una hora corriendo de un lado a otro —relataba mi madre—, como locas. Entonces echo un vistazo y ahí, estábamos como a un kilómetro y medio de la granja, tirado en medio de la carretera, un bulto negro, inmóvil, no se sabía bien lo que era. Justo entonces, la Singer comienza a desmayarse. Miro de la carretera a la Singer, de la Singer a la carretera. «Cállate, Singer», le ordené. A continuación me dirigí al bulto y dije: «Arriba, Kornfeld». La Singer abrió y cerró la boca, pero no emitió ningún sonido. El bulto de la carretera seguía sin moverse. Dije de nuevo: «Arriba, Kornfeld». Y entonces se levantó. Recogí a la Singer y la llevé hasta la granja.

—¿Cómo te diste cuenta de que era la Kornfeld? —pregunté la primera vez que oí la historia.

—No lo sé —respondió mi madre—. Simplemente lo supe. Lo supe *inmediatamente*.

En otra ocasión le pregunté:

—¿Por qué crees que hizo eso?

Mi madre se encogió de hombros.

—Era una mujer apasionada. Ya sabes, hace cuarenta años los judíos no eran tan atrevidos, como algunos que yo me sé, así que no tenían relaciones con los niños en la habitación... Quizá quería castigarnos.

Otro año mi madre me dejó anonadada cuando me dijo:

—Lo que le pasaba a la Kornfeld es que se odiaba a sí misma. Por eso lo hizo.

Le pedí que me explicara a qué se refería con «se odiaba a sí misma». Fue incapaz.

Pero lo que se me quedó grabado de la historia de la Kornfeld es que la señora Roseman, que emanaba más astucia en asuntos de sexo que el resto de las mujeres del edificio juntas y consideraba a mi madre una romántica de clase obrera, le había mostrado mucho respeto por haber sabido que el bulto de la carretera era la Kornfeld.

—¿Te acuerdas de las niñas? —me pregunta en este momento mi madre, mientras nos acercamos al Edificio Time-Life—. ¿De las dos hijas que tuvo con su marido?

La señora Roseman había tenido un amante de joven, un comunista italiano que había muerto dejándola embarazada. Como el señor Roseman la adoraba, se casó con ella, crio al niño como si fuera su hijo y luego le dio dos hijas más.

—Sí —respondo—, me acuerdo de las niñas.

—¿Te acuerdas de que durante la guerra la más pequeña, que en aquella época tendría como diecisiete años, pilló una neumonía? Pensaban que se moría, por entonces la gente moría de una neumonía, así que se la compré. A partir de ese momento siempre me llamó «mamá».

—Que tú ¿qué? —me detuve en seco.

—Se la compré, se la compré. Ya sabes, los judíos creíamos que si una persona a quien querías estaba en peligro, la vendías y así espantabas el mal de ojo. —Se ríe—. Si no eran tuyos, ¿qué les podía pasar?

Le clavo una mirada dura. Ella no hace ningún caso.

—Roseman se me plantó en la puerta y me dijo: «Mi hija se muere. ¿Me la compras?». Así que se la compré. Creo que le di a Roseman diez dólares.

—Mamá —le recrimino—, sabías que era una superstición de pueblerinos, un cuento de viejas, ¿y aun así te prestaste a ello? ¿Aceptaste comprarla?

—Pues claro que sí.

—Pero ¡mamá! Las dos erais *comunistas*.

—Escúchame bien —me contesta—: había que salvarle la vida.

Mis padres dormían en una de las dos habitaciones del medio e iban alternando: unos años usaban la que daba a la parte de atrás; otros, la que daba a la calle; y entretanto, la habitación que quedaba libre se convertía en el salón. Se pasaron años arrastrando una enorme radio Philco y tres muebles monstruosos (un sofá al que le sobraba relleno por todas partes y dos sillones tapizados de paño granate rematado con hilo dorado) de acá para allá, de una habitación a la otra.

Cuando crecí me rompí la cabeza intentando saber por qué mis padres nunca habían cogido una de las habitaciones pequeñas para ellos, por qué dormían en campo abierto, por así decirlo, y cuando tenía veintitantos años le pregunté a mi madre. Me miró durante treinta segundos que se me hicieron eternos. A continuación, dijo: «Sabíamos que los niños necesitabais vuestra propia habitación». Le devolví los mismos treinta segundos. Había convertido su matrimonio en una historia de amor insufrible, nos había clavado en la cruz de la muerte prematura de mi padre ¿y ahora me venía con que había sacrificado la intimidad necesaria para disfrutar del sexo por el bien de sus hijos?

Mi madre se distinguía en el edificio no solo por su inglés sin acento y por sus maneras rotundas, sino también por su fama de mujer felizmente casada. No, me corrijo. No solo felizmente casada. Mágicamente casada. Definitivamente casada.

Mis padres fueron, creo, felices juntos. Su trato mutuo era cordial y cariñoso, pero una idea de felicidad conyugal sofocaba el ambiente que mi madre y yo compartíamos, que convirtió la mera realidad en una circunstancia que no era digna de respeto, sin duda por aquello en lo que se basaba. Se basaba en la actitud devota de mi madre hacia la bondad de su vida de casada, acompañada de un rechazo manifiesto hacia todos los matrimonios que no eran un calco del suyo y la estrechez mental de sus cientos de maneras de inculcarme, a lo largo de miles y miles de días, que el amor era lo más importante en la vida de una mujer.

El amor que le profesaba mi padre tenía, en efecto, propiedades

milagrosas: no solo compensaba el hastío y la ansiedad que sentía mi madre, sino que era la causa de ambos. Incontables frases que tenían que ver con todo lo que no le satisfacía en la vida comenzaban igual: «Créeme, si no quisiera a tu padre», o, «Créeme, si no fuera por el amor de tu padre». Hablaba abiertamente de lo mucho que había odiado dejar de trabajar tras su boda (había sido contable en una panadería del Lower East Side), la ilusión que le hacía tener su propio dinero y no depender de una paga como una niña, lo insulsa que era ahora su vida y lo que le gustaría volver a trabajar. Créanla. Si no fuera por el amor de mi padre.

Todo, desde las tareas en la cocina hasta el sexo en el dormitorio quedaba transformado por el amor de mi padre, y creo que me di cuenta muy pronto de que el sexo tenía que transformarse. Mi madre no odiaba el sexo, pero daba la sensación de que se resignaba a aguantarlo. Nunca dijo que el amor físico fuese algo fútil o desagradable para una mujer, pero ciertos comentarios como «Tu padre era un hombre muy apasionado», «Tu padre siempre estaba a tono», «Tu padre podría haberse acostado con diez mujeres en una sola noche» me dejaban con la sensación de que para quitarse la ropa y acostarse con un hombre había que amarlo realmente. Si no, toda la empresa se volvía en tu contra. Recuerdo los dieciséis años, con mi virginidad bajo asedio por primera vez, levantándome todos los días para afrontar el combate sin fin que se libraba entre mi mente y mi cuerpo e implorando en silencio a mi madre: «Pero mamá, ¿cómo sé si lo amo realmente? Lo único que sé es que siento deseo y él me empuja, me empuja a ello. En el rellano de la escalera, en los bancos del parque, por la noche en la cocina mientras tú andas atareada al otro lado de la pared, a dos metros de mí, a salvo en la retaguardia mientras yo estoy en las trincheras...». Pero no venía ayuda en camino.

En el vocabulario de mi madre no existía el amor como tal, solo el *Amor*. Un sentimiento elevado, de naturaleza espiritual y tinte moral. Por encima de todo, un sentimiento que resultaba inconfundible cuando se hallaba presente e igualmente inconfundible cuando se hallaba ausente. «Una mujer *sabe* si ama a un hombre», decía. «Si no está segura, es que no lo ama». Estas palabras llegaban hasta mí como venidas desde la cumbre del Sinaí. La interpretación de la variedad de comportamientos humanos que se suponen derivados del

amor no era necesaria en nuestra casa. Si mi madre no era capaz de identificar en otra mujer reacciones a un marido o un amante que duplicasen las suyas, no lo consideraba amor. Y el amor, decía, lo era todo. La vida de una mujer estaba determinada por el amor. Cualquier indicio que probase lo contrario —y las pruebas, de hecho, abundaban— era descartado e ignorado por sistema, tachado de su discurso y vetado por su intelecto. Una vez, en mi presencia (yo debía de tener diez años), una amiga le dijo que se equivocaba de pleno, que su concepto del amor era absurdo y que era esclava de la idea que tenía del matrimonio. Cuando le pregunté a mi madre qué quería decir su amiga con eso, respondió: «Es una mujer subdesarrollada. No sabe nada de la vida».

Todo vecindario tenía un tonto del pueblo o un iluminado; nosotros teníamos tres. Estaba Tom, el repartidor de sesenta años que trabajaba para el carnicero. Igual iba a la carrera con un paquete de carne auestas y de repente se paraba, tiraba el paquete a la acera, lo regañaba con el dedo y declaraba: «¡No pienso llevarte más auestas, cosa asquerosa!». Estaba Lilly, una niña mongólica de cuarenta años que se paseaba de acá para allá con vestidos infantiles y un lazo de satén rosa prendido a su pelo grasiento, y que cruzaba en rojo provocando que los coches hicieran chirriar los frenos para no atropellarla. Y estaba la señora Kerner, una mujer diminuta como un pájaro, que iba por ahí con el pelo envuelto en un trapo, haciendo aspavientos y mostrando unos modales bruscos y desquiciados. Abordaba a gente que no conocía en la frutería, en la carnicería o en la farmacia, juntaba las dos manos en forma de puños poco firmes ante la cara, con sus ojos marrones haciendo chiribitas y exclamaba «¡Oy, pues es que estaba leyendo hoy una historia prrrreeeciosa de literatura rusa! ¡Una historia de lágrimas que haría que hasta las almas más retorcidas lamentasen la injusticia del mundo!». Y a continuación, se olvidaba de qué estaba haciendo ahí, se daba la vuelta y se escabullía por la puerta.

La señora Kerner era la madre de Marilyn Kerner. Marilyn era mi mejor amiga. Los Kerner vivían en el apartamento de al lado, pero una planta más abajo, y en opinión de mi madre eran lo más opuesto que había con respecto

a nuestra familia. La diferencia se me escapaba. Los Kerner no eran más que la familia de abajo y yo pensaba: «Bueno, es que en su casa *son* así».

Marilyn era hija única. Los Kerner tenían un apartamento de tres habitaciones. Marilyn y su madre dormían en dos camas encastradas en madera de caoba en el dormitorio; el padre dormía en una cama plegable junto al sofá del salón. El señor Kerner, como mi padre, trabajaba en el sector textil. Era un hombre apuesto y callado, con una cabellera espesa y canosa y ojos azules y fríos, que habitaba en mi imaginación como una fuente perpetua de miedo y ansiedad. Su mujer y su hija celebraban sus salidas y temían sus llegadas. Su presencia no solo interrumpía inmediatamente el jolgorio de la tarde en casa de los Kerner, sino que se percibía como una amenaza. Cuando la señora Kerner se ponía tiesa y alerta a las cinco y media, alzaba un dedo y decía «¡Silencio, que ya está aquí!», era como si Barba Azul fuese a aparecer por aquella puerta de un momento a otro.

Yo prefería pasar las tardes en casa de los Kerner que en cualquier otro sitio. Era como no si no hubiese padres en la casa. La señora Kerner podría disfrazarse de adulto por la calle, pero tanto Marilyn como yo la conocíamos bien. Con la señora Kerner resultaba tan obvio que la autoridad era una posición que había que ganarse, que comencé a sospechar que quizá más de una madre la asumía sin ganársela. La señora Kerner resultaba encantadora y desquiciante al mismo tiempo: era más interesante estar con ella que con cualquier madre normal y, de un modo curioso, mucho más instructivo. La presencia de mi madre resultaba imponente, pero la de la señora Kerner era conmovedora. Era tan franca su aflicción, tan palpable, que sentía un dedo clavado en mi corazón cada vez que se exponía al ridículo y el rechazo de un par de niñas resabiadas de doce años.

Era un ama de casa desastrosa que no dejaba nunca de ocuparse de las tareas del hogar. Andaba todo el día con un trapo atado en la cabeza, un plumero en la mano y una expresión confusa en los ojos. Pululaba sin rumbo por la casa, sacudiendo el polvo arriba y abajo con desgana. O se dedicaba a arrastrar una monstruosa aspiradora de hierro que al encenderse provocaba un estruendo tan horrible que parecía que un avión iba a aterrizar en el salón; la pasaba un par de veces por la alfombra deshilachada, perdía el interés y la dejaba tirada, a veces durante dos o tres días, en el mismo sitio donde la había

desenchufado.

También horneaba: una porquería espantosa, una especie de pan de molde, siempre la misma masa apelmazada y a medio hacer. Partía un trozo, se lo llevaba a la nariz con mucho ceremonial, inspiraba hondo, declaraba que era ambrosía y nos lo servía a Marilyn y a mí. «Está rico, ¿a que sí?», decía rebosante de alegría. Yo decía que sí con la cabeza mientras masticaba lo más rápido posible para tragármelo (lo que me llevaba sus tres o cuatro minutos), sabiendo que iba a notar su peso en el estómago durante el resto del día. Pero hacía por tragármelo porque sabía que la señora Kerner se quedaría más desconcertada de lo habitual si me lo dejaba (¿qué habría hecho mal *esta vez?*) y porque creo que desde el día que la conocí me inspiró un sentimiento de protección.

Nunca terminaba de pasar la aspiradora porque en medio de la actividad le daba por detenerse, se ponía a dar vueltas sin ton ni son (a veces olvidándose de apagar el aparato) y echaba a correr hacia el dormitorio o la cocina, donde Marilyn o yo estábamos leyendo o dibujando, se llevaba las manos a la cara y con ojos resplandecientes exclamaba: «¡Oy, chicas! Esta misma tarde estaba leyendo una noticia del periódico. Una mujer —pobre, buena y guapa— estaba cruzando la calle a toda prisa con el último centavo que le quedaba en la mano para comprarle leche a su hijo enfermo, que había dejado en casa, solo por un minuto, para comprar la leche, y un coche dobla la esquina a toda velocidad, la engancha, la tira al suelo, le pasa por encima y la machaca. *Gevalt!*<sup>[3]</sup>. La gente se acerca corriendo. ¡Hay sangre por todas partes! El mundo entero está inundado de su sangre. Se la llevan y ¿sabéis qué? No os lo vais a creer. No cabe en mente humana que eso pudiese pasar. ¿Estáis preparadas? Una hora más tarde encontraron su mano en un sumidero. Todavía estaba sujetando la moneda».

Marilyn, si estaba dibujando, se olvidaba de soltar su carboncillo. Yo, si estaba leyendo, me quedaba sentada con una página entre los dedos. Molestas al principio por verla aparecer por la puerta, nos sentíamos infaliblemente atrapadas por su voz insistente y cantarina. El corazón me latía cada vez más rápido mientras hablaba, mi atención se aguzaba ante lo inesperado de sus detalles. La señora Kerner resultaba cautivadora. Poseía el don de los narradores natos, es decir, aquellos para los que cada retazo de experiencia

solo está esperando que se le dé forma y sentido a través del milagro del discurso narrativo.

No era la necesidad filosófica de hallarle sentido a todo lo que empujaba a la señora Kerner a la narración. Era, más bien, que valoraba la sensibilidad y para ella, las artes —la música, la pintura, la literatura— eran un vehículo para la emoción pura. Contaba historias porque anhelaba vivir en un mundo de belleza, entre gente culta y sensible. Y la sensibilidad, niñas, lo era todo. La vida de una persona era rica o pobre, valía una fortuna o no era más que un desecho, dependiendo de si estaba enriquecida por la sensibilidad o despojada de ella.

La señora Kerner solía dedicarnos su apasionado discurso sobre el arte, la vida y la sensibilidad tras concluir una de sus historias. A veces se remangaba y corría hasta el piano, que había sido adquirido por cuarenta dólares a pesar de las quejas del señor Kerner para que Marilyn, que lo odiaba y no le ponía un dedo encima, pudiese llevar a la casa, a su mismísima casa, a Chopin, a Rajmáninov, a Mozart. El piano permanecía ocioso en la entrada a excepción de las dos o tres veces a la semana que la señora Kerner corría apresurada hacia él, limpiaba el polvo del banquito con la falda, se sentaba con los gestos exagerados de una pianista, echaba los brazos al aire y arremetía con los dedos los primeros compases de *Los remeros del Volga*. Eso era todo. Era lo único que sabía tocar: el comienzo de *Los remeros del Volga*. Lo repetía diez o veinte veces sin que menguara el interés ni por su parte ni por la nuestra.

El impulso pianístico a menudo le asaltaba durante los últimos momentos de la tarde, en los que, febril por nuestro mutuo arrebató narrativo, perdíamos la noción del tiempo. Mientras aporreaba las teclas, se abría la puerta y quedábamos paralizadas. El señor Kerner se nos quedaba mirando en silencio. A continuación, pasaba al apartamento, daba la vuelta al llegar al salón, volvía a la entrada, colgaba con esmero el abrigo en un armario ropero (era el hombre más escrupuloso que he conocido en mi vida) y decía: «La casa está hecha una pocilga. ¿A qué te has dedicado todo el día?». Regresaba entonces al salón, se sentaba en uno de los sillones de tapicería y se ponía a leer el periódico. Inmediatamente nos disgregábamos: la señora Kerner iba a la cocina; Marilyn, a su habitación, y yo salía por la puerta.

Un sábado por la mañana, Marilyn y yo íbamos de camino a la avenida

Tremont, la principal arteria comercial del barrio. Nada más salir del portal, Marilyn se dio cuenta de que se había dejado el monedero en casa. Subimos las escaleras corriendo, entramos a toda prisa en casa de los Kerner y abrimos la puerta de su habitación de golpe, Marilyn primero, y yo tras ella. Se paró en seco en el umbral y yo la embestí. Con las manos sobre su espalda, eché un vistazo a la habitación por encima de su hombro. El señor y la señora Kerner estaban sobre uno de los armazones de madera de caoba, él encima de ella, ambos cubiertos con una manta, y solo se veía la parte superior de sus cuerpos, desnudos. Él tenía la cara enterrada; ella, echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca retorcida en un gemido silencioso. Sus manos estaban clavadas en la espalda de su marido, que le estaba chupando el cuello a ella. La convulsión era violenta y, me di cuenta al instante, recíproca. Una ola de calor y miedo recorrió mi cuerpo desde la garganta hasta la ingle. Era aquella reciprocidad.

Así que estaban los Kerner, llenos de odio, entrelazados en secreto por el espasmo sexual, y estaban mis padres, que se amaban el uno al otro pero cuyo lecho campaba castamente en campo abierto. Abajo la casa era un desastre, el marido estaba exiliado en el salón, la esposa era una soñadora medio lunática; arriba todo estaba como una patena, el marido era el centro de todo y la esposa, vehemente y obstinada. Estas diferencias se negaron a dejar su huella en mí. No me resultaron llamativas ni cruciales. Lo que sí se me quedó grabado es que tanto la señora Kerner como mi madre adoraban la emoción romántica, y que ambas eran mujeres casadas.

Caminamos por la Quinta Avenida. Es un mal día para mí. Me siento gorda y sola, atrapada en mi deplorable vida. Sé que debería estar en casa trabajando y que estoy aquí haciendo de hija diligente solo para evitar el escritorio. Es tal la ansiedad que estoy paseando incluso con dolor de estómago. Mi madre, como de costumbre, sabe que no puede hacer nada por mí, pero mi desdicha le pone nerviosa. Habla y habla sin parar, hasta el sopor y el ofuscamiento, sobre una prima mía que se está planteando divorciarse.

Mientras nos acercamos a la biblioteca, un acólito de alguna religión oriental (cabeza rasurada, piel traslúcida, un saco de huesos envuelto en una gasa de un rosa apagado) se nos echa encima con una copia de las escrituras de su gurú extendidas sobre la mano. Mi madre sigue caminando mientras que la criatura envuelta en gasa revolotea a nuestro alrededor, su cantinela un zumbido constante en el aire, reclamando mi atención. Al final se siente interrumpida. Se vuelve hacia él. «Pero ¿esto *qué* es?», pregunta. «¿Qué es lo que quiere? Dígame». Él se lo dice. Ella lo escucha con atención. Después, echa los hombros atrás y, encaramada a su metro cincuenta y cinco de altura, declara: «Joven, soy judía y socialista. Creo que con eso basta para una sola vida, ¿no cree?». El chico de la túnica rosa se queda cautivado y, por un momento, perplejo.

—Mis padres son judíos —confiesa él—, pero desde luego no son socialistas.

Mi madre se queda mirándolo, sacude la cabeza, agarra mi brazo con fuerza entre los dedos y me arrastra avenida arriba.

—Parece mentira —dice—. Un buen muchacho judío que se afeita la cabeza y va por la calle balbuciendo vete a saber qué. Este mundo está lleno de locos. Todos se divorcian y si no, esto. ¡Menuda generación la vuestra!

—Mamá, no empieces —respondo yo—. No me vengas otra vez con ese discursito.

—Ni discursito ni nada —me corta—, es la verdad. No sé si nosotros lo hicimos bien, pero, desde luego, no íbamos arrastrándonos por la calle como vosotros. Teníamos orden, compostura, dignidad. Las familias permanecías unidas y la gente vivía como es debido.

—Eso son chorradas. La gente no vivía como es debido, la gente llevaba vidas ocultas. No irás a decirme ahora que la gente era más feliz antes, ¿no?

—No —capitula al instante—, no digo eso.

—Entonces, ¿qué dices?

Frunce el ceño y deja de hablar. Rebusca en su cabeza para dar con lo que quiere decir. Ah, ya lo tiene. Triunfal, acusadora, señala:

—La infelicidad está tan *viva* hoy en día.

Sus palabras me sobresaltan y me satisfacen. Siento placer cuando dice algo cierto o inteligente. Llego casi a quererla.

—Ese es el primer paso, mamá —digo con suavidad—. La infelicidad tiene que estar viva para que pueda suceder cualquier cosa.

Se detiene ante la biblioteca. No quiere oír lo que le digo, pero la conversación le entusiasma. Sus apagados ojos marrones, oscuros y brillantes en mi niñez, se iluminan a medida que el significado de sus palabras y las mías penetra en su pensamiento. Sus mejillas se ruborizan y su rostro tierno como un panecillo se endurece maravillosamente con una definición nueva. La encuentro hermosa. Sé por experiencia que recordará esta tarde como una hondamente placentera. También sé que será incapaz de decirle a nadie por qué. Disfruta pensando, aunque no lo sabe. Nunca lo ha sabido.

Un año después de que mi madre le dijese a la señora Drucker que era una puta, los Drucker se mudaron del edificio y Nettie Levine se instaló en el apartamento vacío. No tengo ningún recuerdo de la mudanza de los Drucker ni de la llegada de Nettie, ni de ningún camión o furgoneta que viniera a llevarse o a traer ni los muebles, ni los platos, ni la ropa de unos ni de los otros. La gente y sus enseres parecían evaporarse de un apartamento y otros ocupaban sin más su espacio. Qué pronto capté la naturaleza circunstancial de la mayoría de los apegos. Al fin y al cabo, ¿qué más daba si al vecino de al lado lo llamábamos Roseman, Drucker o Zimmerman? Lo único que contaba es que hubiera un nuevo vecino. Nettie, sin embargo, marcaría la diferencia.

Bajaba corriendo las escaleras una tarde después del colegio, apurándome para salir a la calle, cuando chocamos en el descansillo a oscuras. Las bolsas de papel marrón con las que cargaba salieron volando en todas direcciones. Las dos exclamamos «¡Ay!» y retrocedimos; yo, contra la barandilla de la escalera; ella, contra la pared con la pintura desconchada. Me agaché, muerta de vergüenza, para ayudarla a recoger el contenido de las bolsas desperdigado por el rellano y descubrí que tenía una brillante mata de pelo rojo que le formaba un tupé y que le caía por la espalda y los hombros. Sus rasgos eran estrechos y angulosos (los ojos almendrados, la boca y la nariz delgadas y marcadas) y era ancha de hombros a pesar de su delgadez. Me recordó a las imágenes de Greta Garbo. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Nunca antes había visto a una mujer hermosa.

—No te preocupes por las bolsas —me dijo—. Sal a jugar. Hace sol. No te quedes aquí encerrada. Venga, vamos.

Hablaba con acento, como las demás mujeres del edificio, pero su voz era delicada, casi musical, y sus palabras me cogieron por sorpresa. Mi madre nunca me había apremiado a no perderme un placer, aunque fuese solo el placer del sol en la calle. Bajé corriendo la escalera, emocionada. Sabía que era la nueva vecina. («Una pelirroja *Ukrainishe* casada con un judío», había señalado mi madre con sequedad apenas dos o tres días antes).

Un par de noches más tarde, mientras terminábamos de cenar, sonó el timbre y me levanté a abrir la puerta. Ahí estaba.

—Es que... yo... —Soltó una risa vergonzosa y entrecortada—. Tu madre me ha invitado a venir.

Tenía un aspecto distinto, ahí parada en la puerta, torpe y burda, una campesina de cara bonita, en absoluto la hermosa criatura del descansillo. Inmediatamente me sentí serena y generosa.

—Pase. —Me eché cortésmente a un lado de la diminuta entrada para cederle el paso a la cocina.

—Siéntese, siéntese —dijo mi madre con su voz cortante pero amable, que se diferenciaba de su voz cortante a propósito—. Tómese un café y un trozo de pastel. —Le dio un empujón a mi hermano—. Y tú échate a un lado. Deja que la señora Levine se siente en el banco. —Un banco de madera con respaldo se extendía a un lado de la mesa. Mi hermano y yo reclamamos un buen hueco en el banco tan rápido como pudimos.

—¿Le apetece una copita de aguardiente?

Mi apuesto y caballeroso padre sonrió, orgulloso de que su esposa fuese tan educada con una gentil.

—No, gracias —rehusó Nettie—, se me sube a la cabeza. Y, por favor —se dirigió fervientemente a mi madre—, tutéeme.

Mi madre se ruborizó, entre halagada y confusa. Como siempre, cuando no estaba segura de algo, se batía en retirada soltando una insinuación.

—Todavía no he visto al señor Levine, ¿es posible? —dijo. Para ella, esta era una pregunta neutral; a oídos de los demás, era un enunciado categórico que rayaba en la acusación.

—Claro. —Nettie sonrió—. No está aquí. Ahora mismo está en algún

lugar del océano Pacífico.

—Oy, vay, ¡está en el Ejército! —exclamó mi madre mientras el color iba abandonando sus mejillas. Estábamos en plena guerra. Mi hermano tenía dieciséis años; mi padre, casi cincuenta. A mi madre la habían hecho sufrir. Su culpa era desmedida.

—No —contestó Nettie con aspecto desconcertado—. Está en la marina mercante.

No creo que Nettie comprendiese bien la diferencia. Desde luego, mi madre no la sabía. Dedicó un gesto inquisitivo a mi padre. Él se encogió de hombros, inexpresivo.

—Es marino, mamá —se apresuró a contestar mi hermano—. Trabaja como marinero, pero no está en el Ejército. Trabaja en barcos para empresas privadas.

—Pero yo pensaba que el señor Levine era judío —protestó cándidamente mi madre.

La cara de mi hermano se puso roja y luego morada, pero Nettie se limitó a sonreír con orgullo.

—Así es —respondió.

Mi madre no se atrevía a decir lo que pensaba: ¡imposible! ¿Qué judío se prestaría a trabajar voluntariamente en un barco?

Todo lo relacionado con Nettie acabó por resultar imposible. Era una gentil casada con un judío, y ningún judío que conociamos había hecho eso. Se pasaba sola la mayor parte del tiempo y, aunque en principio era libre de vivir donde le apeteciese, había elegido hacerlo entre judíos de clase obrera que no le ofrecían ni sus bienes materiales ni su caridad. Una mujer cuyo atractivo sexual atraía miradas enconadas de envidia y curiosidad parecía, sin embargo, valorar desmesuradamente la vida de cualquier mujer sin estilo que se ganase su respeto. Alababa profusamente a mi madre por sus habilidades domésticas —su capacidad de estirar un sueldo magro, de que su hogar siempre oliese bien y de que los niños siempre estuviesen contentos de estar en casa— como si estos dones fueran un tesoro, una valiosa dote que le había sido negada y que simbolizaba una existencia de la que hubiese sido excluida. Mi madre, que a escondidas estaba tan fascinada como la que más por el encanto que desprendía Nettie, se quedaba mirándola pensativamente cuando

esta intentaba explicar (a veces con vaguedades e incoherencias) las diferencias que había entre ellas, y le decía: «Pero ahora eres una esposa. Ya irás aprendiendo esas cosas. No es nada. No hay nada que aprender». Entonces, Nettie se sonrojaba dolorosamente y sacudía la cabeza diciendo que no. Mi madre no la comprendía, y ella no sabía explicarle.

Rick Levine volvió a Nueva York dos meses después de que Nettie se mudase al edificio. Presumía como loca de su marino alto, moreno y con barba —lo exhibía por la calle ante las adolescentes con las que había hecho amistad, lo trajo a casa para que lo conociésemos, lo llevaba con ella a hacer la compra— y se mostraba visiblemente cambiada. Una especie de iluminación se asentó en su piel. Sus verdes ojos almendrados estaban salpicados de luz. Una gracia nueva retocaba sus gestos: su modo de caminar, de mover las manos, de echarse el pelo hacia atrás. De pronto había en ella una aristocracia de corte físico. Su belleza se hizo más intensa. Se volvió intocable.

Vi el cambio que se había operado en ella y me quedé atrapada como por un imán. Me levantaba por la mañana y me preguntaba si aquel día me la encontraría en el rellano de la escalera. Si no era así, encontraba una excusa para llamar a su timbre. No es que quisiera verla junto a Rick: la de él era una belleza mustia, taciturna y basta, y no había nada entre ellos que despertase mi interés. Era a *ella* a quien quería ver, solo a ella. Y quería tocarla. Mi mano siempre amenazaba con salir disparada de mi cuerpo en dirección a su cara, a su brazo, a su costado. La anhelaba. Irradiaba una especie de promesa de la que era incapaz de apartarme. Quería... quería... no sé *qué* es lo que quería.

Pero el júbilo fue efímero: el suyo y el mío. Una mañana, a la semana de volver Rick, mi madre se encontró con Nettie al salir de casa. Nettie le dio la espalda.

—¿Qué te pasa? —le interrogó mi madre—. Date la vuelta. Quiero verte la cara.

Nettie se volvió hacia ella poco a poco. Un enorme cardenal le rodeaba el ojo derecho, que apenas podía abrir.

—¡Dios mío! —resopló mi madre, impresionada.

—No lo hizo queriendo —lo excusó Nettie—. Fue un accidente. Quería

bajar al bar a ver a sus amigos y yo no le dejé. Le costó mucho pegarme.

Tras aquel incidente recuperó el aspecto que tenía antes de que él llegara. Dos semanas más tarde, Rick Levine se había ido de nuevo, esta vez para cuatro meses. Juró a su suplicante esposa que aquella sería su última travesía. Cuando volviera a casa en abril, dijo, buscaría un buen trabajo en la ciudad y por fin sentarían cabeza. Ella creyó que esta vez iba en serio y por fin le dejó que le apartase los brazos del cuello. Seis semanas después de que Rick se embarcara, Nettie descubrió que estaba embarazada. A finales del tercer mes desde que él se marchara, Nettie recibió un telegrama en el que se la informaba de que Rick había muerto de un disparo durante una pelea en una taberna portuaria en algún lugar del mar Báltico. Su cuerpo había sido repatriado a Nueva York y el tema de su seguro estaba siendo investigado.

El día a día de Nettie se entrelazó tan rápido con el nuestro que siempre me ha costado recordar cómo era todo antes de que viniera a vivir al lado. Se pasaba a última hora de la mañana a tomarse un café, luego por la tarde otra vez, y debía de cenar con nosotros tres veces a la semana. Enseguida me sentí con la libertad de entrar en su casa a cualquier hora, y a mi hermano le consultaba a diario sobre el desconcertante asunto del seguro de Rick.

—Menuda desgracia —no dejaba de decir mi madre—. Viuda, embarazada, pobre y abandonada.

En realidad, la inesperada viudedad le permitió a Nettie inspirar pena y convertirse en otra sin meterse en líos. Era como si hubiera estado intentando, mucho antes de que su marido muriera, que mi madre supiera que se hallaba privada de sus derechos de una manera en la que ella nunca lo estaría, posada temporalmente sobre un escenario en el que mi madre estaba arraigada y, cuando Rick le hizo el favor de buscarse la muerte, esta verdad latente salió a la luz. Mi madre ahora podría sostener el peso de la belleza de Nettie sin perder el equilibrio, y Nettie podría servirse del buen nombre de mi madre sin ser humillada. El convenio fue sellado sin que cruzaran palabra. A diario recibíamos en la cocina la hermosura de Nettie, y Nettie recibía en el edificio la protección de mi madre. Cuando la señora Zimmerman llamó al timbre para preguntar maliciosamente por la *shiksa*<sup>[4]</sup>, mi madre la cortó de pleno y

le dijo que andaba muy ocupada, que no podía perder el tiempo en tonterías. Después de eso, nadie se atrevió a cotillear sobre Nettie delante de nosotros.

La lealtad de mi madre, una vez concedida, era inquebrantable. Sin embargo, no le impedía criticar a veces a Nettie; la única diferencia es que expresaba sus reservas de un modo menos directo del habitual. Se sentaba en la cocina con su hermana, mi tía Sarah, que vivía a cuatro manzanas, y comentaba los hombres que habían comenzado a aparecer, uno tras otro, frente a la puerta de Nettie en las semanas que siguieron a la muerte de Rick. Estos hombres eran sus compañeros, sobre todo los que habían embarcado con él en aquel último viaje. Acudían a darle el pésame a la viuda de uno de ellos y a hablarle del asunto del seguro de vida de los marineros que, evidentemente, se le estaba negando a Nettie por la forma en que Rick había muerto. Había, decía mi madre maliciosamente, algo «raro» en la manera en la que estos hombres la visitaban. «Ah, ¿sí?», decía mi tía levantando con interés una ceja. ¿Qué tenía de raro exactamente? Bueno, explicaba mi madre, algunos se presentaban solo una vez, lo cual era normal, pero otros aparecían dos y hasta tres veces, un día tras otro, y aquellos que aparecían dos y hasta tres veces tenían una pinta extraña, seguramente estaba equivocada, pero tenían pinta de estar sacando tajada de todo aquello. Y la propia Nettie actuaba de forma rara con ellos. Tal vez eso fuera lo más inquietante: los extraños ademanes que Nettie parecía adoptar en presencia de los hombres. Mi madre y mi tía intercambiaron «miraditas».

—¿Qué queréis decir? —pregunté casi a gritos—. ¿Qué tiene de malo su comportamiento? No tiene nada de malo. ¿Por qué habláis así?

En ese momento las dos se callaron y ninguna respondió ni volvió a mencionar a Nettie durante el resto del día, al menos mientras yo estuve delante.

Un sábado por la mañana entré sin llamar en casa de Nettie (su puerta siempre estaba cerrada, pero nunca ponía el pestillo). La pequeña mesa de la cocina estaba pegada a la pared que había junto a la puerta del apartamento —su recibidor era más pequeño que el nuestro y uno prácticamente se daba de bruces con la cocina— y si entrabas sin avisar, «pillabas» enseguida a la gente que estaba sentada a la mesa. Aquella mañana, vi a un hombre alto y delgado de pelo pajizo sentado a la mesa de la cocina. Frente a él estaba

sentada Nettie, con la cabeza agachada hacia el mantel de algodón estampado que tanto me gustaba (nosotros teníamos un hule brillante y aburrido). Tenía el brazo estirado, y su mano descansaba inmóvil sobre la mesa. La mano de aquel hombre, enorme y de nudillos voluminosos y sobresalientes, tapaba la suya. Contemplaba la cabeza agachada de Nettie. Entré por la puerta como una exhalación, un torbellino de indiscreción de nueve años. Nettie se sobresaltó y levantó la cabeza rápidamente. En sus ojos había una expresión que vería muchas veces en los años venideros, pero que aquel día vi por primera vez y, aunque no poseía las palabras para definirla, tuve la conciencia de sentirme sacudida por ella. Estaba evaluando la impresión que esta escena me acababa de provocar.

Es una tarde nublada de abril, gris y templada, el aire porta el dulzor de la nueva primavera. El tipo de clima que induce a que se agiten sentimientos sin nombre escondidos en resquicios insondables. Al mismo tiempo, es el aniversario del gueto de Varsovia. Mi madre quiere asistir a la reunión anual de conmemoración en el Hunter College. Me ha pedido que vaya con ella. Me he negado, pero he aceptado acompañarla por la avenida Lexington hasta ahí. Ahora, mientras caminamos, narra una anécdota que le sucedió ayer por la calle.

—Estaba en la avenida —me cuenta—, esperando a que cambiara el semáforo y una niña como de siete años estaba a mi lado. De repente, antes de que se pusiese en verde, avanzó para cruzar la calle. Tiré de ella hacia atrás y ya en la acera le dije: «Bonita, nunca, pero nunca, cruces en rojo. Cruza solo cuando esté en verde». La cría me mira con auténtica cara de pena y me dice: «Señora, lo ha entendido todo al revés».

—Esa niña no va a llegar a los ocho —comento.

—Eso mismo pienso yo. —Mi madre se ríe.

Estamos en Lexington, a la altura de las calles que comienzan por cuarenta. Es domingo. La calle está desierta, las tiendas y los restaurantes cerrados, hay muy poca gente paseando.

—Tengo que tomarme un café —anuncia mi madre.

Sus deseos son simples, pero innegociables. Los experimenta como

necesidades. Justo en este momento se tiene que tomar un café. No nos desviaremos de este deseo que ella llama necesidad hasta que la taza de líquido humeante repose en sus manos y esté a punto de alcanzar sus labios.

—Vayamos hasta la Tercera Avenida —le digo—. Seguro que por allí hay algo abierto. —Cruzamos la calzada y nos dirigimos hacia el este.

—Esta mañana estaba comentando con Bella —me cuenta cuando llegamos al otro lado de la calle mientras mueve la cabeza de un lado a otro — lo cruel que es la gente. No lo entiendo. Tiene un hijo médico que, permíteme que te diga, es un desgraciado. Es que no lo entiendo. ¿Qué le costaría llevarse a su madre un domingo al campo?

—¿El campo? Pensaba que el hijo de Bella trabajaba en Manhattan.

—Sí, pero vive en Long Island.

—¿Y eso lo consideras campo?

—¡No es la Quinta Avenida!

—Bueno, vale. ¿Y qué ha hecho ahora?

—No es lo que ha hecho ahora, es lo que hace siempre. Esta mañana estaba hablando con sus nietos y uno de los críos le dijo que ayer por la tarde vino de visita un montón de gente y que lo pasaron todos de maravilla cenando en el porche. Ya te puedes imaginar cómo se sintió Bella. Llevan meses sin invitarla. Ni el hijo ni la nuera la quieren lo más mínimo.

—Mamá, que ese hijo haya conseguido sobrevivir teniendo a Bella de madre, y encima se haya sacado la carrera de Medicina ya es algo digno de estudio, y lo sabes.

—Pero es su madre.

—¡Por Dios!

—No me vengas con esas. Es así y punto. Es su madre. Simple y llanamente. Se privó de muchas cosas para dárselas a él...

—¿Qué cosas? ¿Sus locuras? ¿Su ansiedad?

—La vida. Simple y llanamente. Ella le dio la vida.

—Eso pasó hace mucho, mamá. No le alcanza tanto la memoria.

—Que no se acuerde de eso me parece una barbaridad.

—Sea como fuere, no es pretexto para obligarlo a pedirle a su madre que pase la tarde del sábado con sus amigos ahora que llega la primavera.

—Es su deber hacerlo, lo quiera o no. Y no me pongas esa cara. Sé bien

de lo que hablo.

Encontramos un café en la Tercera Avenida, un bar de comida grasienta con pretensiones, superficies de formica, mobiliario de escay, candelabros de latón con bombillas en forma de vela ardiendo en medio de una tarde pretenciosamente oscurecida.

—¿Te parece bien aquí? —pregunta mi madre animadamente.

Si le dijese: «Mamá, este sitio es horrible», me diría: «Vaya con la tiquismiquis de mi hija. Yo me crie en una casa sin agua caliente y con el baño en el rellano de la escalera, pero esto no está a tu altura. Bueno, pues elige tú un sitio», y acabaríamos recorriéndonos agotadas la Tercera Avenida. Pero le dije que sí, me senté con ella en una mesa junto a la ventana y me preparé para beber una taza de un café horroroso mientras seguíamos con nuestra intensa conversación sobre padres e hijos.

—Caliente —le dice mi madre al camarero de pesados párpados y pelo negro que se acerca con parsimonia hasta nuestra mesa—. Quiero el café bien caliente.

Él se queda mirando con una cara tan inexpresiva que las dos estamos seguras de que no ha entendido bien. A continuación se vuelve hacia mí y me pregunta con un movimiento de las cejas. Mi madre le pone la mano en el brazo y, ladeando la cabeza, le sonrío desmedidamente.

—¿De dónde es usted?

—Mamá —le digo.

Mientras sujeta con fuerza al camarero repite:

—¿De dónde?

El camarero sonrío.

—Griego —le contesta—. Yo griego.

—Griego —repite, como si tasase el valor de la nacionalidad que le ha puesto delante—. Bien. Me gustan los griegos. Recuerda. Caliente. Quiero el café bien caliente.

Él suelta una carcajada. Mi madre tiene razón. Sabe de lo que habla. Soy yo la que no entiende cómo funciona el mundo, no ella.

Arreglado el asunto, retoma el debate.

—No insistas. Di lo que quieras: ahora los hijos no quieren a sus padres como cuando yo era joven.

—Mamá, ¿de verdad que crees eso?

—¡Pues claro que sí! Mi madre murió entre los brazos de mi hermana, con todos sus hijos alrededor. ¿Cómo voy a morir yo? ¿Me lo puedes decir? Seguro que pasará una semana antes de que encuentren mi cadáver. Pasan días sin que tenga noticias tuyas. A tu hermano lo veo tres veces al año. ¿Y los vecinos? ¿Quiénes? ¿Quién está pendiente de mí? Manhattan no es el Bronx, eso ya lo sabes.

—Exacto. De eso se trata: Manhattan no es el Bronx. Tu madre no murió en brazos de su hija porque tu hermana la quisiese más de lo que nosotros te queremos a ti. Tu hermana odiaba a tu madre y lo sabes. Estaba ahí porque era su deber y porque durante toda su vida de casada vivió al lado. No tenía nada que ver con el amor. No era una vida mejor, era una vida de inmigrante, una vida de clase obrera, una vida de otro siglo.

—Llámalo como quieras —me responde enfadada—, era un modo de vivir mucho más humano.

Nos quedamos calladas. El camarero llega con el café. Mi madre tiene la taza entre las manos antes de que él se retire. Da un sorbo, pone mala cara una vez que el camarero ya se ha ido.

—¿Crees que está caliente? —pregunta—. No está caliente.

—Pues díselo.

Sacude el aire con la mano.

—Qué más da. Me lo beberé así, tampoco me voy a morir por eso.

Está claro que la conversación la está deprimiendo.

—Bueno, lo único que puedo decir es que si no fuese hijo suyo, Bella no se dignaría a mirarlo a la cara.

—Eso es lo mismo al revés, ¿no te parece? Él tampoco se dignaría a mirarla a la cara si no fuese su madre. ¿A que no?

Mi madre me mira fijamente desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué dices, mi hija sabelotodo?

—Lo que digo es que hoy en día el amor hay que ganárselo, incluso entre madres e hijos.

Se queda boquiabierta y los ojos se le hunden de lástima. Acabo de soltar tal majadería que pierde la capacidad de hablar. A continuación, mientras mueve la cabeza adelante y atrás, dice:

—Te voy a responder lo que me respondió a mí la niña: «Señora, lo ha entendido todo al revés».

En ese momento el camarero pasa con una cafetera llena de café humeante. Mi madre extiende con fuerza la mano, y casi le hace perder el equilibrio.

—¿Ese está caliente? —le reclama—. Es que este no lo estaba.

El camarero se encoge de hombros, se detiene y le sirve café en la taza. Se lo bebe con avidez y asiente de mala gana.

—Está caliente. —Al fin está satisfecha—. Vámonos ya —ordena mientras se pone de pie—. Se hace tarde.

Desandamos nuestros pasos y seguimos subiendo por la avenida Lexington. El aire es más dulce que antes, más templado, más denso, con un anuncio de lluvia en el extremo más brillante de su superficie gris. Una delicia. Un estallido de esperanza brota sin previo aviso pero, como a menudo sucede, no llega muy lejos. En lugar de limitarse a crecer recto y sin complicaciones, se revuelve, se cierne sobre sí mismo y se va sofocando hasta morir; un ciclo al que estoy hecha, a mi pesar. Miro a mi madre por el rabillo del ojo. Debo de estar imaginándomelo, pero me da la sensación de que su rostro refleja el mismo demente periplo emocional lleno de rodeos. Hay color en sus mejillas, pero tiene una mirada de sobresalto y la boca entreabierta. ¿Qué ve, me pregunto, cuando me mira? El estado de ánimo del día comienza a tomar una deriva peligrosa.

Estamos ya a la altura de las calles que comienzan por cincuenta. Enormes lunas de escaparates llenos de color y diseño flanquean la avenida. Qué alivio que sea domingo, las tiendas estén cerradas y no haya que tomar decisiones. Mi madre y yo compartimos el gusto por la ropa, por vernos bien vestidas, pero no soportamos ir de tiendas. Ninguna de las dos. Siempre llevamos la misma variedad escasa de prendas de vestir que hemos pillado a toda prisa de la balda que estaba más a mano. Cuando estamos como ahora, ante un escaparate, obligadas a ser conscientes de que existen mujeres que visten de forma deliberada, nos damos cuenta de nuestra común incapacidad y nos convertimos en lo que de verdad somos: dos mujeres con inhibiciones sorprendentemente similares unidas en virtud de haber vivido una dentro de la esfera de la otra casi la totalidad de nuestras vidas. En dichos instantes, el

hecho de ser madre e hija añade un toque pintoresco. Sé que es precisamente porque *somos* madre e hija que nuestras respuestas son reflejo unas de las otras, pero aun así, la palabra «filial» parece no tener cabida aquí. Por el contrario, el concepto de familia, la idea de que somos una familia, de *vida* familiar, parece totalmente desconcertante: una incertidumbre en ella, y también en mí. Estamos tan habituadas a pensar en nosotras como un par de mujeres desdichadas e incompetentes (ella, viuda; yo, divorciada), eternamente incapaces de conformar por sí mismas una vida familiar. No obstante, ante el escaparate, el término «vida familiar» parece tener tanto de fantasía remota en ella como en mí. La ropa exhibida me hace sentir que ambas llevamos toda la vida confusas acerca de quiénes somos, y cómo llegar a serlo.

De pronto, me siento desgraciada. Sumamente desgraciada. Una oleada de derrota me atraviesa. Me siento desolada, sin dirección ni objetivo en la vida, todos mis afanes diarios son confusos e insignificantes. Me quedo sin palabras. No solo callada, sino sin palabras. Mi madre se da cuenta de que me he hundido. No dice nada. Seguimos caminando, ninguna de las dos abre la boca.

Llegamos a la calle Sesenta y nueve, doblamos la esquina y nos dirigimos a la entrada del auditorio Hunter. Las puertas están abiertas. Dentro, doscientos o trescientos judíos permanecen sentados, escuchando los testimonios que conmemoran su inenarrable historia. Estos testimonios son el engrudo que los mantiene unidos. Mantienen vivo el recuerdo y persuaden. Sanan y conectan. Otorgan sentido a la vida de las personas. Los discursos se suceden monótonamente. Mi madre y yo estamos de pie en la acera, juntas y solas, frente al sonido que flota hacia nosotras y que teje una cultura.

—Somos un pueblo maldito —declara el conferenciante—. Periódicamente somos destruidos, volvemos a plantar cara a la adversidad y renacemos. Ese es nuestro sino.

Las palabras causan en mi madre el efecto de la adrenalina. Sus mejillas recobran el color. Las lágrimas iluminan sus ojos. Se le tensa la mandíbula. Se le tonifica la piel.

—Entra conmigo —me dice suavemente, pensando que me ayuda—. Entra. Te sentirás mejor.

Le digo que no con la cabeza.

—Ser judía ya no me sirve de consuelo —replico.

Me aprieta con fuerza el brazo. Ni niega ni confirma mis palabras, se limita a mirarme fijamente.

—Recuerda —me dice—. Eres mi hija. Fuerte. Tienes que ser fuerte.

—¡Ay, mamá! —protesto, y mi vida asustadiza y ávida de libertades emerge desde mi interior y se derrama por mi rostro de piel suave, el mismo que ella me ha dado.

Nettie dio a luz un día de agosto terriblemente caluroso después de un parto de cincuenta horas que casi la parte por la mitad. El bebé pesó casi cinco kilos y medio. Lo llamó Richard. Desde el momento que mi madre y yo acompañamos a ambos del hospital a casa, comenzamos a criarlo junto a Nettie y, a veces, incluso en su lugar. Le dimos sustento de diversas clases y de tanto en tanto, le dimos también la vida. Era un bebé enfermizo, que desarrollaba crisis asmáticas que solo se aliviaban inhalando vahos. Invariablemente, eran mi madre o mi hermano quienes se sentaban bajo el humidificador improvisado (una toalla colocada sobre una olla de agua hirviendo) con el niño, que se ahogaba, y nunca Nettie, a la que se consideraba inútil durante estas crisis. Se dedicaba a dar vueltas por la habitación y a tirarse del pelo tan pronto como comenzaban a darle pitos al niño.

Nettie, como pronto se comprobó, no tenía dotes de madre. Muchas mujeres carecen de ellas. Reproducen los gestos y ademanes que recuerdan de las mujeres en las que han sido entrenadas para convertirse y esperan que todo salga bien. Pero Nettie había sido entrenada para atraer, no para domesticar, y estaba en la inopia. Era incapaz de dominar el arte de preparar purés, de hervir pañales, de bañar en el fregadero... Sus dedos eran torpes, sus movimientos inútiles, y su mente era incapaz de asimilar el más rudimentario esquema de organización. Su cocina apestaba a pañales usados, el niño estaba sucio y tenía la piel irritada, el fregadero rebosaba de cacharros sin lavar con una costra de leche quemada. La propia Nettie se encontraba en un estado de perpetuo aturdimiento. Andaba siempre dando vueltas por la

cocina con las piernas desnudas, el tupé deshecho, el ceño fruncido y el dedo índice sobre los labios, intentando recordar dónde había puesto sin darse cuenta alguna cosa que le hacía falta... Vamos a ver, ¿dónde habré dejado a ese bebé?

Richie sobrevivió en un maremágnun mudo. Tengo el recuerdo de verlo un día en el brazo derecho de Nettie, con el pañal lleno de caca, la cara pringada de los restos de sus dos últimas comidas y los deditos agarrados a un mechón de cabello rojo, aferrándose a la vida, mientras su madre da vueltas sin parar en un estado de alarma silenciosa. Como ella está en silencio, a él le lleva un rato alarmarse. Hay en su rostro un interés desconcertado que poco a poco se desmorona convirtiéndose en pánico.

El silencio de Nettie. Esa era otra cosa que la separaba de las otras mujeres del edificio. Entre las demás, la respuesta más inmediata a la confusión o la necesidad era un estallido verbal de muchos decibelios. No ocurría lo mismo con Nettie. Su incapacidad la habría congraciado con las vecinas, habría creado una apertura natural dentro de su mundo —«Oh, enséñeme, cuénteme, ¿es así como lo hace?, muchas gracias, señora Zimmerman-Roseman-Shapiro-Berger, sabe usted tanto de esto... Y yo soy una ignorante y estoy contentísima de aprender lo que pueda enseñarme»—, pero no podía hacerlo, ni sabía siquiera por dónde empezar. Ante las vecinas se sentía desprotegida y era callada, recelosa, ocultaba su necesidad. Con todas excepto con mi madre.

Mi madre fue el salvavidas de Nettie durante el primer año de vida de Richie. Tampoco es que mamá hiciera tantas cosas por ella, aunque cada poquito de ayuda (subirle a casa pan y leche, quedarse con Richie durante una hora, bañarlo o darle de comer de vez en cuando) sin duda le hacía más llevadera la existencia. Era, sobre todo, que mamá siempre estaba ahí como depositaria de su ansiedad. Periódicamente, mamá se colaba en la cocina de Nettie y en dos o tres horas de trabajo concentrado ponía orden y lo dejaba todo como los chorros del oro. A continuación, miraba a Nettie como diciendo «Ahora ya está todo listo. Puedes empezar a vivir». Nettie le dedicaba una sonrisa de oreja a oreja, la regaba de besos y abrazos y tres días después volvía a estar todo como antes. Nettie aceptaba el trabajo de mi madre no como una mujer joven que observa a una más mayor para aprender

a hacerlo ella misma, sino más bien como una niña que es temporalmente salvada por algo así como una voluntariosa hermana mayor. Y, en efecto, Nettie se cobijaba junto a Richie como si fuesen niños huérfanos: le cantaba al oído y se acurrucaba a su lado, escondidos los dos durante días bajo las sábanas de la cama matrimonial que ocupaba la mayor parte de lo que en teoría era el salón, pero que en la práctica no lo era.

El apartamento de Nettie era el más pequeño, el peor iluminado y el menos amueblado del edificio. La cocina, que compartía con la nuestra las vistas al callejón y la luz de la mañana, era la única habitación agradable. Tras ella había dos cuartos de tamaño desigual cuyas ventanas daban a un muro de ladrillo. Una de ellas debería haber sido el salón y la otra, un comedor, pero Nettie no sabía cómo organizar un salón. La habitación más grande contenía una cama matrimonial, una cómoda, unas pocas estanterías y una mesa esquinera desvencijada. La otra se convirtió en un trastero, un armario grande donde podía apartar de la vista lo peor de su desorden sin remedio.

Aun así, para mí el apartamento, como la propia Nettie, estaba dotado de encanto y esperanza. No conocía la palabra «belleza», así que no era capaz de expresar que la belleza estaba ausente en nuestra casa. Solo sabía que pequeños fragmentos de deleite visual transformaban el minúsculo apartamento de Nettie y me hacían sentirme feliz e ilusionada en cuanto cruzaba su puerta. La maternidad la había enloquecido, había trastocado sus extravagantes y encantadores hábitos hogareños y la había arrojado al caos, pero, con todo: la cama estaba cubierta por una colcha de cachemir de fina lana ucraniana, había un candelabro de plata sobre la desvencijada mesa esquinera, de la pared colgaba un icono, la mesita plegable de cartón de la cocina estaba oculta por un llamativo mantel de estampados geométricos y en el alféizar de la ventana había un enorme geranio podado siempre con esmero, con la tierra húmeda y oscura y las hojas de un verde vivo. En los días de poca luz, el rojo brillante, el negro y el verde eran motivo de regocijo. No eran los objetos en sí —nosotros poseíamos un maravilloso samovar de bronce en el salón en el que no reparé hasta que tuve veinticinco años—, era la forma que tenía Nettie de colocar y disponer las cosas, un don para esparcir gracia y belleza donde antes no existían. Y además, por supuesto, estaban los

encajes. Los encajes de Nettie por todas partes.

Nettie tenía talento como encajera. Precisamente trabajaba en un taller de encaje cuando conoció a Rick Levine. Sabía hacer vestidos y abrigos, paños y colchas, pero nunca emprendía labores de tal calado. Se limitaba a los tapetes, las fundas de almohada, y los antimacasares para los respaldos; apaños y adornos para dar vida al diminuto apartamento. Nunca tenía una idea específica o un diseño fijo en mente cuando se sentaba a hacer encaje, solo se centraba en la tarea. Se apostaba en una silla de la cocina cada vez que Richie se quedaba frito al final de la tarde o ya de noche (nunca lo ponía a dormir, esperaba a que cayese rendido), enroscaba una medida del suave y sedoso hilo de algodón en torno a la muñeca y al índice, cogía la aguja de ganchillo de acero y se ponía a ello. Trabajaba para ahogar las penas, para entretenerse y para aplacar sus nervios alterados (no había momento en el que Nettie no estuviese recuperándose de la maternidad). No se tomaba su talento en serio. Observando cómo trabajaba, saltaba a la vista que sentía interés — los diseños parecían emerger de la aguja y cogerla por sorpresa, quería saber cómo iba a salir cada labor de encaje—, pero su interés no era constante: tan pronto estaba absorta y concentrada, como de repente descartaba la pieza y la daba por olvidada. El encaje era para ella poco más que una compañía medianamente apreciada, una compañía cuando estaba nerviosa o relajada, esperanzada o tensa, excitada o desinflada.

Si contara las horas que me pasé sentada a la mesa de aquella cocina mientras Nettie hacía encaje, llegaría a los dos o tres años. Solía pasarme las tardes ahí, a veces hasta la hora de la cena. Trabajaba el encaje mientras yo observaba el movimiento de la aguja y nos sumergíamos en una compañía mutua. Ella se dedicaba a fantasear en voz alta a la vez que trabajaba y yo la escuchaba muy atentamente.

«¿No sería maravilloso si...?» era su comienzo ritual. A partir de esta frase, iba tejiendo historias de salvación que incluían amor o dinero tan fácilmente como desenredaba el hilo sedoso de entre sus dedos. Como en los argumentos de las novelas rosas que leía (sus labios se movían a medida que su ojo se iba desplazando poco a poco por la superficie de la página), sus fantasías eran simplonas, repetitivas y tediosas. Las que trataban de dinero solían ser de este estilo: «¿No sería maravilloso que una ancianita estuviese

cruzando la calle y un camión estuviese a punto de atropellarla y que yo la salvase y que me dijese “¡Ay, querida!, ¿cómo podría agradecérselo? Tome, para usted” y me diese el collar que llevase puesto y que yo lo vendiese por mil dólares?». O bien: «¿No sería maravilloso si estuviese sentada en un banco del parque y, metida entre las tablillas, hubiese una bolsa de papel de estraza que nadie se atreviese a tocar de lo arrugada y sucia que estaba, y que yo la abriese y que dentro hubiera mil dólares?». (A finales de los cuarenta, en ciertos ambientes, mil dólares equivalían a un millón).

Las historias que iban de amor le resultaban infinitamente más atractivas y las abordaba con mucho más detalle: «¿No sería maravilloso si yo me bajase del tranvía y resbalase y me torciese un tobillo y me llevasen al hospital y que el médico que acudiese a auxiliarme fuese alto y guapo y amable y educado y me mirase a la cara, y yo a la suya, y no pudiésemos apartar los ojos el uno del otro como si estuviésemos pegados con cola, que nos hubiéramos pasado la vida buscándonos el uno al otro y que ahora no nos atreviésemos a apartar la mirada apenas un minuto y que me dijese: “Llevo esperando tanto por ti, ¿quieres casarte conmigo?”, y que yo le dijese: “Pero si usted es médico, un hombre de carrera y yo soy una pobre mujer, ignorante y sin estudios. Le pondría en evidencia”, y que él me dijese: “Debo tenerte a mi lado, la vida no merece la pena sin ti y no hay nada más”, y desde este instante estuviéramos juntos para siempre?».

En ocasiones, al cabo de una hora o más de historias, me decía: «Ahora cuéntame tú lo que te gustaría que te pasase». Y yo le decía: «¿No sería maravilloso si hubiese una inundación o una epidemia o una revolución y, aunque soy una niña pequeña, fuesen a buscarme y me dijeren: “Hablas tan maravillosamente bien que debes sacar a la gente de este desastre”?». Nunca fantaseaba con dinero ni amor, siempre soñaba con que daba discursos elocuentes que movían a miles de personas a sentir la vida y a *actuar*.

Nettie se quedaba mirándome cuando le contaba lo que me gustaría que sucediese. La chispa de sus ojos titilaba y sus ágiles dedos se apaciguaban sobre su regazo. Creo que siempre tenía la esperanza de que *aquella* vez fuese distinta, que *aquella* vez llegara con una historia más parecida a las suyas, una que le hiciera sentirse bien, no rara ni desconcertada. Pero debía de saber que era mucho pedir. Si no, me hubiera pedido más veces de las que

lo hizo que le hablase de la magia que yo anhelaba.

Cuando tenía catorce años, los encajes de Nettie tuvieron un papel muy importante en una fase de desarrollo crucial de mi vida interior. Fue el año que siguió a la muerte de mi padre, el año en el que comencé a sentarme en la escalera de incendios por las noches a inventarme historias en mi cabeza. El ambiente de nuestra casa era el de una morgue. La pena de mi madre era primitiva y apabullante: devoraba todo el oxígeno del aire. Una intensa sensación de embotamiento se apoderaba de mi cabeza y de mi cuerpo cada vez que volvía al apartamento. Ninguno de nosotros —ni mi hermano, ni yo, ni mucho menos mi madre— encontraba consuelo en los otros. Solo nos hallábamos en un exilio común, atrapados en un pesar compartido. La soledad del espíritu me embargó por primera vez de manera consciente y volví el rostro hacia la calle, hacia la ensoñadora y melancólica sensualidad interior que se había convertido en el único alivio de lo que yo pronto percibí como un estado continuo de pérdida y de derrota.

Comencé a sentarme en la escalera de incendios en la primavera y me seguí sentando allí cada noche a lo largo de aquel primer verano, desmedidamente largo, con mi madre echada en el sofá que tenía a mi espalda, lamentándose, llorando, y a veces dando gritos de madrugada, y mi hermano vagando sin rumbo, leyendo o caminando de arriba abajo. La única conversación que teníamos era la de unos parientes mínimamente educados: «¿Me das un vaso de agua?», o: «Cierra la ventana, que hay corriente», o: «¿Bajas a la calle? Trae leche cuando vuelvas». Descubrí que podía sentirme mejor con solo colgar las piernas del alféizar y volver el rostro al exterior, lejos de la habitación que había detrás de mí.

Las sucias callejas de barriada a las que daban las ventanas de nuestra casa se transformaban con la oscuridad y el silencio. Había en el aire nocturno una claridad, una suavidad y una plenitud indescriptiblemente dulces que intensificaban el mágico aislamiento que perseguía y que pronto se convirtió en un vehículo para la ensoñación. Un ansia de fantasía se activaba tan pronto como me sentaba con la espalda apoyada contra la fachada del apartamento y mis ojos apuntaban hacia la calle. Estas quimeras

no estaban muy lejos de los «¿No sería maravilloso si...?» de Nettie, pero suponían un paso importante. Las mías empezaban con «Supongamos que...» y proseguían no con historias de salvación inmediata, sino con fantaseos en un «sentido más amplio». Es decir, las cosas siempre acababan mal, pero en la debacle había grandeza. La moraleja de mis historias era precisamente que la vida es trágica. Estar «en estado de tragedia» equivalía a salvarse de lo que yo asumía que eran los banales pesares de mi propia vida, a los que no encontraba ningún sentido. Salvarme de aquel sinsentido, presumía yo, lo era todo. La amplitud de sentido era la redención. Eran los inicios de una escritora adolescente: había comenzado a mitificar.

Ya entrado el verano, una mujer a la que nunca antes había visto apareció por el barrio y comenzó a pasearse de noche por delante de nuestra manzana, recorriendo la acera frente a la escalera de incendios donde yo me sentaba. Nunca la veía de día, pero aparecía puntualmente a las once de la noche. Era delgada y de piel pálida. Una maraña de cabellos negros se le enredaba en torno a la cara. Tenía los hombros huesudos y estrechos. Llevaba maquillaje y zapatos de tacón. Las medias de nailon le quedaban holgadas y arrugadas a la altura de los tobillos y en su manera de andar había una especie de desconexión entre sus músculos, como si hubiera sido desbaratada de un golpe como una marioneta y la hubieran vuelto a armar de mala manera. A veces llevaba puesto un chal ligero con un estampado de diseños tropicales. Era una criatura absolutamente peculiar para aquellas calles, tan rebosantes de respetabilidad de clase obrera, pero yo acepté su aparición sin pararme a pensar, igual que hacía con el resto de rarezas humanas del edificio. O al menos, eso pensaba yo.

Una noche, a comienzos del otoño, mientras observaba cómo se zarandeaba al caminar, volví la vista al salón, donde mi hermano estaba leyendo y mi madre descansaba echada en el sofá. Le dije a mi hermano que se acercase a la ventana y señalé a la mujer que iba por la calle.

—¿La has visto? —le pregunté.

—Sí, claro —respondió.

—¿Quién es?

—Una prostituta.

—¿Una qué?

—Una persona sin hogar —puntualizó mi madre.

—Ah —dije yo.

En aquel momento me di cuenta de que la mujer de la calle me había conmovido. Su presencia, su aspecto habían despertado algo en mi interior. Sentí que era una criatura rota, rota y enferma, y me puse a imaginar que yo la curaba. Aquella imagen se abrió entonces paso a través de la gasa de mi pensamiento semiconsciente e inmediatamente se desarrolló. Mientras yo la curaba, ella iba cambiando: sus hombros se ensanchaban, su cutis se limpiaba, su pelo se acomodaba y, sobre todo, sus ojos adquirían gravedad y resolución. Aun así, las noches se iban haciendo más frías y ella tiritaba bajo aquel vestido ligero y aquel chal hecho trizas. Me imaginaba cómo la arropaba con un tejido agradable que al tiempo que la calentaba tenía el poder mágico de acelerar el proceso de curación. Durante mucho tiempo no pude ver con claridad de qué material se trataba. ¿Era delgado o grueso?, ¿liso o estampado?, ¿oscuro o claro? Pero una noche lo observé con atención y vi que era encaje. Una serie de imágenes fugaces me dejaron confusa. Vi la cara de Nettie enmarcada por un retal de su propio encaje. Me vi a mí misma, a la prostituta y a Nettie, a las tres con nuestras caras apretadas con tristeza contra aquellos pequeños retales de encaje. Ni siquiera un manto de encaje para ninguna, solo retazos y retales, y las tres llorábamos nuestra pena contra aquellos retazos de tela.

Paseamos en dirección oeste por la calle Veintitrés. Es el final de la jornada y cientos de trabajadores salen en torrente del Metropolitan Life Building. Mi madre, experta paseante urbana (sin mencionar su habilidad para cazar asientos en el metro), se abre paso a codazos entre la multitud, y yo la sigo justo detrás. Va avanzando con premura hasta que un hombre le bloquea el paso a propósito. Ella se echa hacia la izquierda y él se echa hacia la izquierda. Ella se echa hacia la derecha y él se echa hacia la derecha. Mi madre se queda mirando fijamente el pecho del hombre y entonces, rauda como un pájaro asustado, alza la vista a su cara; después de todo, esto es Nueva York. Durante un instante todos sus sistemas de respuesta se desconectan. Deja de reaccionar. Se limita a quedarse allí. Entonces, de

repente, vuelve a ser ella.

—¡Maddy! —le grita mi madre al hombre—. Madison Shapiro. ¡Vaya por Dios!

Ahora me toca a mí desconectarme. Conozco perfectamente el nombre de Maddy Shapiro, pero no reconozco el rostro que tengo ante mí. ¡Ah, ahora lo entiendo! No es porque lleve más de veinte años sin ver a Maddy Shapiro, es porque se ha operado la nariz. Me asombra que mi madre lo haya reconocido bajo esa nueva cara que lleva puesta.

El hombre que está de pie ante nosotras tiene cincuenta años. Su pelo ensortijado es castaño y canoso, sus ojos son de un azul glaciar, el cuerpo que hay bajo el traje bien cortado es delgado y sexi, y lo embellece la línea recta y estrecha de una hermosa nariz: una nariz que no resulta demasiado larga ni demasiado corta, que es simplemente perfecta. En una vida anterior aquella nariz era un apéndice ofensivamente judío, siempre arrastrando entera la triste cara del joven Maddy hasta el fondo mismo de su alma. Su madre, la señora Shapiro, que vivía en el tercero, siempre lo perseguía por la calle con el vaso de leche que no se quería terminar. Los niños le gritaban «Bébetela-leche-Maddy-bébetela-leche» y a Maddy le crecía aun más la nariz, y la boca se le precipitaba hacia el adusto silencio que adoptaba como permanente mecanismo de supervivencia.

Cuando éramos adolescentes Maddy nos sorprendió a todos una noche en una fiesta del vecindario con su extraordinaria habilidad para bailar el fox-trot («Un Fred Astaire del montón», sentenció mi madre). Nos preguntamos dónde habría aprendido a bailar así. No era la forma de bailar que se aprendía viendo a Astaire el sábado por la tarde en la penumbra de un cine ni ensayando pasos a solas frente al espejo. Ese baile se aprendía directamente de alguien. Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Tenía acaso Maddy una vida en *otro* sitio? Nos hicimos la pregunta, pero nadie esperaba, ni mucho menos buscaba, una respuesta.

Apenas veíamos a Maddy una vez que comenzó el instituto, pero una noche, mientras Marilyn Kerner y yo andábamos haciendo el tonto en mi habitación, Maddy entró y se unió a nosotras. Comenzamos a jugar a «¿Qué quieres que sea tu marido (o tu esposa, Maddy)?». Yo dije que el mío tenía que ser muy inteligente. Marilyn dijo que en realidad no quería marido, pero

que, si tenía que tener uno, tenía que dejarle hacerle lo que ella quisiera. Maddy se puso a bailar por la habitación con los ojos cerrados y sosteniendo entre sus brazos a una pareja imaginaria: «Tiene que ser guapa de verdad», dijo, «y tiene que ser una gran bailarina». Lo que no podía decir todavía, al menos en parte porque aún no estaba seguro ni él mismo, era que, más que una gran bailarina, tenía que ser un gran bailarín.

—Me encontré a tu madre hace unos meses —comienza a decirle mi madre— y me contó que nunca la llamas. ¡Menudos estáis hechos! —La miro admirada. No ha visto a Maddy Shapiro en más de veinte años y se siente con la libertad de...

Maddy se echa a reír y le da un abrazo mientras la gente nos empuja al pasar, molesta por bloquearles su abstraído paso hacia el metro.

—Menudas estáis hechas *vosotras* —responde con cierto cariño en la voz. Lo miro. Sé que si la señora Shapiro le estuviera diciendo esto, Maddy se sonrojaría de enfado y sufrimiento, pero en boca de mi madre esas frases suenan *amablemente* horribles, *profusamente* exasperantes. De esos momentos de desapego nace el relato que contamos de nuestras vidas.

—Nada cambia, ¿verdad? —Maddy sacude la cabeza.

—No, no es verdad —contesta mi madre astutamente—. *Tú* has cambiado. No sé lo que es, pero eres una persona completamente distinta.

—Completamente no —replica Maddy—. Después de todo, me ha reconocido, ¿a que sí? Dentro del nuevo Maddy *usted* sabía que todavía estaba el antiguo y lo ha localizado. No se la puede engañar, ¿a que no?

Vaya, vaya, Maddy.

Una ronda más de preguntas y respuestas y alcanzamos el límite del interés mutuo. Intercambiamos números de teléfono, nos prometemos seguir en contacto y nos marchamos sabiendo que no volveremos a vernos jamás.

Mi madre y yo seguimos caminando en dirección oeste por la calle Veintitrés. Me agarra del brazo y se inclina hacia mí, en tono de confesión.

—Dime una cosa —dice—. ¿Maddy es eso que llaman homosexual?

—Sí —contesto.

—¿Y qué hacen los homosexuales? —pregunta.

—Pues lo mismo que tú, mamá.

—¿A qué te refieres?

—Follan igual que tú.

—¿Y cómo lo hacen? ¿Por dónde?

—Por el culo.

—Eso debe doler.

—A veces sí, pero la mayoría de las veces no.

—¿Y se casan? —me dice riéndose.

—Algunos sí, pero la mayoría no.

—¿Y se sienten solos?

—Tan solos como nosotras, mamá.

Ahora está en silencio. Se queda mirando al vacío de esa forma extraña y abstracta que ha adoptado durante el último año más o menos. Detrás de esa mirada distante se siente sola, pero esta sola es diferente del sola al que estoy acostumbrada, el que deforma sus rasgos en una mueca de amargura, el que la hace recrearse en sus tristezas y decepciones. Este sola es suave, no agrio, está lleno de interés, y no tiene ni ápice de autocompasión. Ahora, cuando entrecierra los ojos lo hace para asimilar con mayor claridad lo que sabe, para concentrarse en lo que ha vivido. Se sacude como si estuviera saliendo de un sueño penetrante.

—La gente tiene derecho a vivir como le apetezca —dice tranquilamente.

Mi padre murió a las cuatro de la mañana un día de finales de noviembre. A las cinco y media nos enviaron un telegrama desde el hospital en el que llevaba ingresado una semana, aterrorizado, bajo una tienda de oxígeno que decían que le salvaría la vida pero que yo sabía que no. Le habían dado tres infartos en cinco días. El último acabó matándolo. Tenía cincuenta y un años. Mi madre, cuarenta y seis. Mi hermano, diecinueve. Y yo, trece.

Cuando llamaron a la puerta, mi hermano fue el primero que se levantó de la cama; mamá lo seguía y después iba yo. Nos apelotonamos en la diminuta entrada. Mi hermano estaba en la entrada, bajo la luz de una bombilla de sesenta vatios, con la mirada fija en un billete de papel amarillo pálido. Mi madre le clavó las uñas en el brazo.

—Papá ha muerto, ¿no?, ¿no?

Mi hermano se derrumbó contra el suelo y comenzaron los gritos.

—¡Ay! —gritó mi madre.

—¡Ay, Dios! —gritó mi madre.

—¡Ay, Dios, ayúdame! —gritó mi madre.

Las lágrimas se derramaron y desbordaron, inundaron el rellano, se extendieron por la cocina, atravesaron el salón, golpearon las paredes de los dos dormitorios y nos arrastraron como una marea.

Mujeres plañideras y hombres temerosos rodeaban a mi madre día y noche. Se tiraba del pelo, se desgarraba la carne y se desmayaba sin cesar. Nadie se atrevía a tocarla. Estaba sola, encerrada en un ciclo de peculiar cuarentena. La cercaban pero no se adentraban. Se había vuelto mágica. Estaba poseída.

Conmigo hicieron lo que quisieron. Pasándome de unos a otros en un éxtasis de compasión ritual, me aislaron más que si me hubieran ignorado. Me ahogaron contra sus pechos, me cebaron con comida que era incapaz de digerir, aterrorizaron mis oídos con un parloteo de consuelos anestésicos. Mi única esperanza era retirarme. Dejé de reaccionar y así me quedé.

De vez en cuando, el lloroso ojo de mi madre reparaba en mí. En aquellos momentos chillaba mi nombre y decía:

—¡Huérfana! ¡Ay, Dios! ¡Te has quedado huérfana!

Nadie tuvo el valor de recordarle que, según las costumbres judías, solo eras huérfana si tu madre moría, y medio huérfana si se moría tu padre. Puede que no fuera una cuestión de valor. Puede que comprendieran que en realidad no se refería a mí, sino a sí misma. La había embargado un sentimiento de pérdida tan primigenio que había acaparado toda la pena. La pena de todos. La de la esposa, la de la madre y la de la hija. La pena la había llenado y la había vaciado. Se había convertido en un recipiente, en un conducto, en una manifestación. Una fluidez extraordinaria, sensual y agotadora, era ahora suya. Yacía sobre el sofá hecha una muñeca de trapo, con los ojos inexpresivos, sin poder ver, con la lengua asomando por la boca entreabierta, y los brazos colgando sin fuerza. De pronto, se incorporaba de una sacudida, con el cuerpo tenso y alerta, ojo avizor, la frente regada de sudor y una vena del cuello latiéndole. Dos minutos más tarde daba vueltas en el sofá, se postraba y se dejaba caer al suelo, blanca como el papel, con los ojos fuertemente cerrados y la boca firmemente apretada. Se pasó así horas. Días.

Semanas. Años.

Me veía a mí misma como una pieza de atrezo dentro del tremendo drama que fue el luto de mi madre. No me importaba. No sabía qué debía de sentir y no había tenido tiempo de averiguarlo. En realidad, tenía miedo. No me negaba a tener miedo. Supongo que es una reacción tan buena como cualquier otra. Solo que tener miedo imponía ciertas responsabilidades. Por ejemplo, implicaba no apartar ni un segundo los ojos de mi madre. Nunca lloré. Ni una sola vez. Oí a una señora murmurar: «Esta niña no es normal». Recuerdo pensar: «Esta mujer no entiende nada. Papá ya no está y mamá puede irse en cualquier momento. Si lloro, no podré verla. Si no la veo, desaparecerá. Y entonces me quedaré sola». Así comenzó mi obsesión consciente de tener siempre a mi madre a la vista.

El día en que enterramos a papá, empezó a nevar en mitad de la noche. Retorciéndose en el sofá empapado de llanto, mi madre vio caer la nieve.

—¡Ay, qué desgraciada soy! —gritaba—. ¡Te está nevando encima, amor mío! ¡Estás completamente solo bajo la nieve!

En casa, un nuevo calendario había comenzado a marcar el paso del tiempo: la primera vez que nevó sobre la tumba de papá, la primera vez que llovió, el primer verdor del verano, el primer tono dorado del otoño. Cada primera vez quedaba anunciada con un lamento tenue y agudo que comenzaba a clavarse como una aguja en mi corazón para acabar haciéndolo en mi cabeza.

El funeral. Veinte años después, cuando trabajaba como periodista en Oriente Medio, presenciaba casi todas las semanas funerales árabes: cientos de hombres y mujeres corrían por las calles rasgándose las vestiduras, profiriendo gritos animalescos a un volumen aterrador, desmayándose, siendo pisoteados, mientras la multitud se arremolinaba sin dejar de chillar. Otros occidentales que contemplaban la escena a mi lado sacudían la cabeza con asombro ante una imagen tan exótica que en su fuero interno les convencía de que aquella gente no era como ellos. Para mí, en cambio, todo resultaba completamente familiar, solo que algo más ruidoso de lo que lo recordaba, y la locura estaba bastante más repartida. En mi recuerdo, mi madre ocupaba a todas horas el centro del escenario.

Cuando me desperté la mañana del funeral, estaba tirada sobre el mismo

sofá donde se había pasado las últimas cuarenta y ocho horas vestida con una ropa que no quiso cambiarse, ya llorando. El llanto era rítmico, repetitivo: comenzaba con un lamento en voz baja y pronto alcanzaba un tono de estridencia para ir aminorando a medida que agotaba sus fuerzas hasta que retomaba el quejido inicial. Cada ciclo se completaba en cuestión de dos o tres minutos y se repitió sin variación a lo largo de aquella interminable mañana, mientras ocho o diez personas (mi hermano y yo, unos cuantos tíos y tías y los vecinos) deambulábamos sin rumbo por el apartamento; entrando y saliendo de la cocina, entrando y saliendo del salón, entrando y saliendo de los dormitorios.

No recuerdo ninguna conversación, como tampoco recuerdo ni siquiera un abrazo sin palabras. Entre nosotros era habitual el comportamiento explosivo en tanto que nos costaba consolar con ternura, pero fue mamá la que nos sumió en el silencio. El sufrimiento de mamá elevaba la muerte de papá, nos hacía al resto partícipes de un hecho trascendental, nos transmitía que había sucedido algo que no íbamos a ser capaces de soportar, de sobrellevar o que, como mínimo, nos dejaría anulados a perpetuidad. Aun así, mamá era la que acaparaba el foco de la función, mientras nos movíamos sin lágrimas ni voz entre un lodazal de gris pesadumbre. Era como si su espectacular abandono nos hubiera absorbido a todos, como si nos hubiésemos convertido en espectadores de su propia pérdida en vez de estar de luto nosotros. Era mamá la que estaba en nuestras mentes mientras vagábamos por el sombrío apartamento —¿quién podría acordarse de papá en medio de semejante tumulto?—, era a mamá a la que había que vigilar y atender; mamá, cuya mortal agonía amenazaba con derrumbarla del todo. El desastre parecía inminente en lugar de acabar de producirse.

A mediodía, la casa rebosaba de gente que, en vez de ir directamente a la funeraria como se le había dicho, se presentó en el apartamento. Fueron los que nos llevaron al límite. A cada nuevo rostro que aparecía delante de ella, mi madre se sentía obligada a ofrecerle un aluvión fresco de lamentos y sollozos. Mi terror se disparó. Seguro que ahora alcanzaba un grado de histeria del que nunca se recuperaría.

Llegó la hora de levantarla del sofá, estirarle la ropa y sacarla por la puerta. Tan pronto como le movieron las piernas, comenzó a sentir espasmos

y a retorcerse entre convulsiones. Los ojos se le pusieron en blanco y el cuerpo, flácido; sus pies se negaron a tocar el suelo y hubo que arrastrarla hasta la puerta como a un condenado a muerte, llevada por un tropel de hombres y mujeres que lloraban, suplicaban, chillaban y se desmayaban por contagio solidario.

En la funeraria intentó subirse encima del ataúd. En el cementerio trató de arrojar a la tumba abierta. Hubo otros momentos del funeral dignos de ser recordados para siempre —mi hermano se quedó inconsciente, yo me quedé mirando tan fijamente el féretro que tuvieron que apartarme de delante, un camarada político declaró ante la tumba que mi padre había sido un obrero explotado en los Estados Unidos—, pero a todos estos momentos les falta claridad o nitidez. Quedan empañados frente al brillo implacable del ataque de locura de mi madre.

El día del funeral pareció durar diez días. Nunca había menos de doce personas pululando por el apartamento. Mi madre yacía sobre el sofá llorando y desmayándose. Uno a uno, cada hombre y cada mujer presente fue turnándose para estar a su lado, la miraba impotente durante unos minutos, le aseguraba que lo peor ya había pasado y a continuación le decía que la vida era *así*. Que ya no se podía hacer nada. Que tenía que ser fuerte y seguir adelante. Dicho esto, la persona se levantaba aliviada y se dirigía a la cocina, donde había siempre de dos a cuatro mujeres esperando para servirle una taza de café, un cuenco de sopa y un plato de carne con verduras. (No recuerdo que nadie cocinara. Todos los días aparecía por arte de magia comida ya preparada).

La cocina era con diferencia el lugar más interesante en el que estar. Invariablemente, dos de las mujeres que estaban ahí eran mi tía Sarah y la señora Zimmerman, que sentían menos que un vínculo afectuoso hacia sus maridos y sin duda consideraban que el matrimonio era un sufrimiento. Ambas, sin embargo, se habían quedado sin argumentos ante la asombrosa reacción de mi madre. Aunque de vez en cuando la irreprimible señora Zimmerman, mientras removía la sopa puesta a cocer, murmuraba: «Mírala ahí tirada llorando como una loca. Si al llegar a casa me encontrase a mi marido muerto, sería una bendición del cielo». Sarah se quedaba callada, pero siempre había alguien en la cocina, otra tía, una prima, una amiga (¿por qué

siempre parecía haber allí una mujer con un sombrero negro y un velo punteado?) que reprendía a la señora Zimmerman:

—¡Por favor, señora! —decía—. *Ella* no es *usted*. Y tenga un poco de consideración por el difunto, si no le importa.

La señora Zimmerman se ponía roja y abría la boca pero, antes de que saliese de ella sonido alguno, Sarah le ponía la mano en el brazo y le rogaba que no montase una escena. Yo permanecía sentada en el banco de madera, a menudo acurrucada bajo el brazo de Nettie. Animada por el intercambio de pareceres, me sentía decepcionada por la interrupción de Sarah. A continuación, Nettie bajaba la cabeza y sentía su boca sonriente contra mi pelo. Me hacía sentir tan bien como cuando la señora Zimmerman hablaba. Y al cabo de un breve rato, la señora Zimmerman volvía a hablar. Y otra respuesta acre cortaba el aire.

Yo desconocía que no toda mujer que enviudaba armaba el berrinche que armó mamá, pero me daba cuenta de que la conversación de la cocina era enormemente interesante. Una hablaba de manera mordaz, otra de manera especulativa y una tercera de manera imperiosa. La charla no dejaba títere con cabeza, desprendía genialidad y aportaba empaque e intensidad a la sala. Nettie, como no podía ser de otro modo, apenas intervenía, pero su cuerpo, a menudo en contacto directo con el mío, hablaba por ella con un lenguaje oculto, inquieto y distraído. No me enteraba bien de lo que ocurría en la cocina, pero la capacidad de respuesta de aquellas mujeres me decía que aquello era un asunto candente. ¡Y cómo metían baza! Me encantaba. Me sentía nutrida y protegida, complacida y reconfortada. Recuerdo, sobre todo, la sensación de alivio.

No había dulzura en ninguna parte, ni en la cocina ni en el salón; no existía elemento amoroso o calmante con el que aplicarse una cura, ni siquiera para frotarse una herida. A pesar de ello, la diferencia entre el salón y la cocina era la diferencia entre el ahogo y la supervivencia. El salón era un temor monótono, cuajado y sofocante. En cambio, en la cocina se podía tomar aire profundamente, aguantarlo hasta la asfixia y luego soltarlo o tragarlo. En la cocina había volumen e intensidad y el ambiente sufría un continuo vaivén, se apagaba para después volver a agitarse. Había movimiento y espacio, luz y aire. Se podía respirar. Se podía vivir.

Nettie estaba en casa gran parte del tiempo. A mi lado, no al de mamá. Rondaba por la puerta o la entrada, se sentaba tímidamente en la cocina, pero apenas entraba en el salón. Todas aquellas respetables señoras judías: no podía abrirse paso entre ellas para llegar hasta mamá. De cuando en cuando cruzaba el umbral y se quedaba de pie como una niña, retorciendo las manos tras la espalda. Mi madre tenía que avistarla primero, estirar el brazo y gemir: «¡Nettie, he perdido a mi amor!» para que Nettie se sintiese libre (es decir, con la obligación) de acudir a la carrera, arrodillarse junto al sofá y romper a llorar.

Conmigo, sin embargo, no solo se sentía libre, sino también igual y necesaria. Se sentaba conmigo en el banco de la cocina, me pasaba el brazo por el cuello en un abrazo relajado y me peinaba los cabellos con sus largos dedos. Las dos sabíamos que no poseía ni la sabiduría ni la autoridad para calmar mi angustia (ni siquiera servía de confidente, pues a ella le costaba menos hablar conmigo que a mí con ella), pero sí podía convertirse en otra huérfana, acurrucarse a mi lado, tal y como hacía con Richie, para que me sintiese acompañada y proporcionarme así el consuelo de su cuerpo cálido e indefenso.

Algo más comenzó a suceder durante aquellas horas de velatorio que compartimos en el banco de la cocina. Cuando las mujeres hablaban de hombres y matrimonio, y yo sentía la sonrisa secreta de Nettie sobre mi pelo y cómo ahogaba la risa contra mi espalda, una emoción desconcertante me recorría. Nettie sabía algo que ninguna de las presentes sabía y yo notaba que ella deseaba atraerme hacia ese conocimiento, que me uniese a ella, que me convirtiera en su amiga de verdad.

La invitación estaba implícita en el desplazamiento de su cuerpo contra el mío, en su libertad y en su intimidad. Sus movimientos eran rítmicos; su abrazo, reconfortante. Me acarició el pelo y el hombro. Me sentía calmada y sedada. Me apoyé contra ella. Su tacto comenzó a volverse insistente. Me sentí arrastrada. Hacia qué, no lo sabía. Era como si Nettie estuviese situada en la boca de algo oscuro y suave que me atrajese. Su cuerpo me decía: «Ven. No temas. Yo te ayudaré». Una neblina de ensueño se extendió por mi cabeza y por mi pecho hasta disolverse. Yo dormitaba apoyada en ella: abierta deseosa excitada.

De repente, el terror apareció en forma de hormiguelo. Tenía la sensación de estar precipitándome de cabeza hacia delante. Aquel lugar suave y oscuro resultó ser un negro vacío. ¿Y ella? ¿Quién era ella? Solo una muchachita que sonreía en secreto, una niña grande. Cuando intercambiábamos fantasías siempre me sentía mayor que ella. Si me internaba en la oscuridad con ella, seríamos dos niñas solas. ¿Cómo podía confiar en ella? No era la persona en quien depositar mi confianza. Mi cuerpo se puso rígido en sus brazos. Ella dio un brinco, tan perdida como yo en aquel instante hipnótico, sorprendida y alarmada por lo repentino de mi retirada.

—Quiero ir con mamá —dije.

Los ojos de Nettie se volvieron opacos y, como un gato, estiró el cuello y recolocó los brazos y las piernas. Tenía su permiso para irme de la mesa.

En el salón me eché en el suelo junto a mi madre, que inmediatamente apretó mi cabeza contra sus pechos. Sus fuertes brazos me ciñeron y sus gemidos me sacudieron. En cuestión de segundos, el poder del adormecedor embeleso de Nettie se había disipado. Sentí un escalofrío, como si me hubiese escapado por los pelos. Notaba mi angustia fría y repugnante. Dejé que mamá me estrujase contra su cálido regazo. No me resistí. Mi sitio estaba con mamá. Con ella la cosa estaba clara: me costaba respirar, pero me sentía segura.

Ha estado lloviendo y ahora, a la una de la tarde, durante un minuto y medio, Nueva York parece recién lavada. Las calles refulgen bajo la pálida luz primaveral. Los coches desprenden una felicidad desempolvada. Los escaparates centellean distraídamente. Hasta parece que las personas han sido rehechas.

Caminamos por la Octava Avenida para bajar hasta el Village. En la esquina de la Octava con Greenwich hay una hamburguesería de la cadena White Tower donde un grupo de indigentes con residencia permanente hacen de anfitriones a los forasteros que acuden desde la calle Cuarenta, Chelsea e incluso el Bowery. Esta tarde, la cuadrilla de la esquina, a menudo escandalosa, definitivamente está de capa caída, inmune al cambio de clima. Mientras traspasamos las puertas del local, sin embargo, un caballero se

separa del grupo, da dos o tres pasos inseguros y nos corta el paso. Se planta balanceándose frente a nosotras. Es negro, de entre veinticinco y sesenta años de edad. Tiene la cara cortada e hinchada, y sus párpados permanecen prácticamente cerrados. Su pelo es como un centenar de rabillos de cerdo estropajosos y enmarañados, se sujeta los pantalones con un trozo de cuerda, calza unos zapatos un par de números más grandes y lleva los pies desnudos. Igual que el pecho, visible bajo un mugriento abrigo de *tweed* que se le abre cada vez que se mueve. Esta criatura nos planta cara, tiende las palmas de sus manos hacia arriba y se pone a hablar:

—Señoritas, ¿me dejan mil dólares para un martini? —nos pregunta.

Mi madre lo mira directamente a la cara.

—Ya sé que hay inflación —responde—, pero ¿mil dólares por un martini?

El hombre se queda con la boca abierta. Es la primera vez, desde sabe Dios cuándo, que una de sus víctimas ha reparado en su existencia.

—¡Qué hermosa es usted! —le barbotea a mi madre—. Hermosísima.

—Fíjate —me dice mi madre en *yiddish*— Fíjate en él.

El hombre vuelve sus párpados amodorrados hacia mí.

—¿Qué ha dicho? —me reclama—. ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que le partes el corazón —le respondo.

—¿Eso ha dicho? —Sus ojos apenas se abren—. ¿Eso ha dicho?

Lo confirmo con un gesto de la cabeza. Se gira hacia mi madre.

—Llévame a casa y hazme el amor —le canturrea galantemente. Y en medio de la calle, a plena luz del día, comienza a aullarle a la luna—. Te necesito —le ulula a mi madre mientras se dobla sobre sí mismo, con el puño en el estómago—. Te necesito.

Mi madre asiente.

—Yo también tengo necesidades —le responde secamente—. Pero, por suerte o por desgracia, tú no eres lo que necesito.

Y me empuja para que rodee al ahora inmóvil indigente. Paralizado por la atención recibida, ya no nos cortará el paso.

Atravesamos Abingdon Square y entramos en Bleeker Street. El gentrificado West Village nos rodea, no nos concede paz, pero nos calma. Caminamos manzana tras manzana de almacenes de antigüedades, tiendas de

productos *gourmet* y *boutiques*, sin decir palabra. Pero ¿cuánto aguantamos mi madre y yo sin hablar?

—Pues estoy leyendo la biografía que me dejaste —dice.

Miro hacia ella con desconcierto y entonces caigo en la cuenta.

—¡Ah! —Sonríe encantada—. ¿Te está gustando?

—Escúchame bien —comienza. La sonrisa se me borra de la cara y el estómago se me encoge. Ese «Escúchame bien» significa que va a criticar el libro que le dejé. Va a decir: «¿Qué? ¿Qué cuenta? ¿Qué cuenta que yo no sepa ya? Yo viví esa época. Ya me lo conozco. ¿Qué puede contarme este escritor que yo no sepa ya? Nada. A *ti* te puede interesar, pero ¿a mí? ¿Cómo me va a interesar?».

Y seguirá dándole vueltas una y otra vez, como hace cuando cree que no entiende algo, tiene miedo y busca refugio en el desprecio y la crítica despiadada.

El libro que le dejé es una biografía de Josephine Herbst, una escritora de los años treinta, una mujer obstinada, tenaz y embravecida, entusiasmada por la política, el amor y la escritura, que luchó por todo hasta su último aliento.

—Escúchame bien —me dice mi madre en ese tono de condescendencia que ella considera conciliador—. Igual a *ti* te interesa el tema, pero a mí no. Viví esa época. Ya me lo conozco. ¿Qué puedo aprender yo de esto? Nada. A *ti* te puede interesar, pero a mí no.

Invariablemente, cuando habla así, me hierva la sangre y antes de que dejen de brotar frases de su boca, ya la estoy fustigando.

—Eres una ignorante, no tienes ni idea, solo una persona inculta hablaría así. El hecho de que hayas vivido aquella época, como tú dices, solo hace que el ambiente te resulte familiar y eso enriquece la lectura, no significa que tú podrías haber escrito ese libro. Hay personas con una formación mil veces mejor que la tuya que lo han leído y han aprendido de él, pero *tú* eres incapaz de aprender nada de él.

Y seguiremos dándole vueltas y vueltas hasta estropear la tarde entera.

Sin embargo, en el último año ha comenzado a darse una extraña circunstancia. En ocasiones, no me llega a hervir la sangre. Me irrito, pero permanezco tranquila. No entro en cólera, no hago de la tarde un holocausto. Hoy, al parecer, sobreviene uno de esos momentos. Me vuelvo hacia mi

madre, le paso el brazo por la espalda aún firme, coloco mi mano derecha sobre su brazo y le digo:

—Mamá, si el libro no te interesa, no pasa nada. Me lo puedes decir. — Me mira con reserva, con los ojos como platos, medio vuelta hacia mí; ahora sí que muestra interés—. Pero no digas que no puedes aprender nada de él, que no vale nada. Es indigno de ti, del libro y de mí. Nos rebajas a todos cuando dices eso.

Escúchame. Cuánta sabiduría. Y toda ella obtenida hace diez minutos.

Silencio. Un largo silencio. Caminamos otra manzana. Silencio. Mira abstraída al vacío. Me adelanto, acompasando mis pasos a los suyos. No digo nada, no la presiono. Otra manzana en silencio.

—La Josephine Herbst esta —comenta mi madre—, la armó buena, ¿no? Feliz y aliviada, le doy un abrazo.

—Tampoco sabía bien lo que hacía pero sí, mamá, la armó buena.

—Le tengo envidia —me espeta mi madre—. Le tengo envidia porque vivió su vida. Yo no viví la mía.

Mamá se puso a trabajar a las cinco semanas de morir mi padre. Él nos había dejado dos mil dólares. Trabajar o no trabajar no era una cuestión debatible. Pero cuesta imaginar qué hubiera pasado si la necesidad económica no la hubiera forzado a salir de casa. Tal como estaban las cosas, me daba la sensación de que se habría pasado veinticinco años echada sobre un sofá en una habitación medio a oscuras con la mano en la frente y murmurando: «No puedo». Aun así, podía y eso hizo.

Se puso la faja y su viejo traje gris, se calzó sus recios zapatos negros de ante, se aplicó polvos de maquillaje, se pintó los labios y tomó el metro para acudir a una agencia de empleo del centro donde consiguió un trabajo de empleada en una oficina por veintiocho dólares a la semana. Después de aquello, se levantaba todas las mañanas, se vestía, bebía café, me hacía una lista de la compra, me la dejaba en la cocina al lado del dinero, recorría cuatro manzanas hasta llegar a la boca del metro, compraba el Times, lo leía en el vagón, se bajaba en la calle Cuarenta y dos, entraba en su edificio de oficinas, se sentaba en su puesto, cumplía con su jornada, volvía a casa a las

cinco, entraba por la puerta, se desplomaba sobre el banco de la cocina para cenar algo y luego sobre el sofá, donde instantáneamente se sumía en una depresión que acogía con el mismo placer que un baño caliente. Era como si se hubiera pasado el día trabajando para ganarse el abatimiento que la esperaba fielmente al final de su reticente viaje a la vida cotidiana.

Los fines de semana, por supuesto, la depresión no remitía. Un paño fúnebre negro y mudo caía sobre el apartamento durante todo el sábado y el domingo. Mamá ni cocinaba, ni limpiaba ni hacía la compra. No hablaba de nimiedades, el intercambio de banalidades que llena la sala de presencia humana y declara el interés por estar vivo. No reía, ni reaccionaba ni tomaba parte en ninguna de las charlas que habitualmente los demás teníamos en la cocina: mi tía Sarah, Nettie, mi hermano, yo... Decía lo mínimo y aun entonces su voz era tensa, lastimera, empujando siempre a su interlocutor a recordar con detalle su «condición». Si descolgaba el teléfono, su voz descendía un tono cuando respondía; en caso contrario, no confiaba en que la persona que llamaba fuera capaz de calibrar adecuadamente la naturaleza inmutable de su padecimiento. Durante cinco años no fue al cine, ni a un concierto ni a ningún acto público. Trabajaba y sufría.

La viudedad le otorgó un estado de superioridad. Al rehusar recuperarse de la muerte de mi padre, había descubierto que su vida estaba dotada de una seriedad que sus años en la cocina le habían negado. Se pasó treinta años entregada a dicha seriedad. Nunca se cansó de ella, nunca se aburrió ni se impacientó en su compañía, siempre halló nuevas formas de mantener vivo el interés que merecía y que sin duda se había ganado.

Guardar luto por papá se convirtió en su ocupación, en su identidad, en su imagen ante el mundo. Años más tarde, mientras pensaba en el ambiente político en el que habíamos vivido (el marxismo y el Partido Comunista), me di cuenta de que personas que trabajaban como fontaneros, panaderos o costureras se consideraban pensadores, poetas y estudiosos porque pertenecían al Partido Comunista, vi que mi madre había asumido su viudedad de una manera muy similar. Eso la elevó a sus ojos, la convirtió en una persona relevante espiritualmente al tiempo que otorgaba intensidad a su pesadumbre y retórica a su discurso. La muerte de papá se convirtió en una religión que contaba con su propio ceremonial y doctrina. Una «mujer-que-

ha-perdido-al-amor-de-su-vida» era ahora su ortodoxia y le concedía una atención talmúdica.

Papá nunca me pareció tan real mientras vivía como una vez muerto. Siempre fue una figura en cierto modo imprecisa, benigna y sonriente, siempre detrás del dramatismo con el que mamá impregnaba el amor marital, que devino y se mantuvo como el instrumento necesario para la devastación perpetua de mi madre. Era casi como si hubiera vivido con papá para prepararse para este momento. Su aflicción resultaba tan absorbente que parecía un mandato. Ciertamente, para mí, imprimió un nuevo orden al mundo.

El aire que respiraba estaba embebido de su desesperación, que lo volvía denso y adormecedor, fascinante y peligroso. Su dolor se convirtió en mi elemento natural, mi patria de residencia, la ley ante la que me inclinaba. Me dominaba, me hacía reaccionar contra mi voluntad. Anhelaba incesantemente alejarme de ella, pero no podía siquiera abandonar la habitación cuando ella estaba presente. Temía su regreso del trabajo, pero siempre estaba allí cuando ella volvía a casa. En su presencia, la ansiedad hinchaba mis pulmones (sufría opresión en el pecho y a veces sentía como si un aro de hierro me aprisionara la cabeza), pero me encerraba en el baño y lloraba a raudales por su culpa. Los viernes me preparaba para dos días ininterrumpidos de suspiros y llantos, y la misteriosa reprimenda que la depresión vierte al aire como un escape continuo de gas cuando el piloto de luz se ha apagado. Me despertaba con culpa y me acostaba con culpa, y los fines de semana la sensación de culpa se acumulaba como una leve infección.

Me hizo dormir con ella durante un año y durante los veinte años siguientes no pude soportar que una mujer me rozara. Como tenía miedo a dormir sola, echaba un brazo sobre mi estómago, me atraía hacia ella y sin darse cuenta me clavaba los dedos nerviosa, distraídamente. Yo me encogía cada vez que me tocaba; ella nunca se dio cuenta. Ansiaba arrimarme a la pared, pero nunca llegaba a alcanzarla porque ella siempre tiraba de mí. Mi cuerpo se convirtió en una columna de dolorosa rigidez. Debería haber sentido emoción, pero no hay duda de que me generaba rechazo.

Estuvo dos años arrastrándome al cementerio cada dos o tres domingos por la mañana. El cementerio quedaba en Queens. Esto implicaba coger tres

autobuses y viajar durante una hora y quince minutos a la ida y otro tanto a la vuelta. Cuando nos subíamos al tercer autobús, se ponía a llorar. Yo la abrazaba impotente. Sus lamentos cada vez sonaban más fuerte. Inflamado por la incomodidad, el brazo que le pasaba por los hombros se me entumecía, y me quedaba mirando hacia el suelo de goma negra. El autobús alcanzaba la última parada justo cuando ella llegaba al borde del síncope.

—Hay que bajarse, mamá —le rogaba entre susurros.

Se sacudía la pena de encima con reticencia (odiaba perder impulso una vez que se había enfrascado en un lamento serio) y bajaba lentamente del autobús. En cuanto atravesábamos las puertas del cementerio, sin embargo, recobraba fuerzas al servicio de su causa. Me agarraba del brazo y me arrastraba a lo largo de kilómetros de lápidas (parece que ninguna de las dos nos acordábamos nunca de la ubicación exacta de la tumba), tropezando como una borracha, haciendo eses y chillando:

—¿Dónde está papá? ¡Ayúdame a encontrar a papá! Han perdido a papá. ¡Ya voy, amor mío! ¡Espera, espera un poco, que ya llego!

A continuación encontrábamos la tumba y se abalanzaba sobre ella, alcanzada por fin en medio de un arrebato de descarga emocional culminante. De vuelta a casa era como una muñeca de trapo. ¿Y yo? Paralizada y muda, daba gracias por haber sobrevivido al terror de las horas precedentes.

Una noche, cuando tenía quince años, soñé que todo el apartamento estaba vacío, despojado de muebles y pintado de un blanco esplendoroso, las habitaciones radiantes por la luz del sol y la blancura de las paredes. Una larga cuerda se extendía a lo largo del apartamento, enroscándose a la altura de la cintura por todas las habitaciones. Seguí la cuerda desde mi cuarto a la puerta de entrada. Allí, ocupando el hueco de la puerta, se hallaba mi padre fallecido, con el rostro de color gris, rodeado de neblina y tinieblas, con la cuerda atada a la cintura. Cogí la cuerda con mis manos y empecé a tirar de ella, pero por mucho que lo intentase no podía sacarlo del umbral. De pronto apareció mi madre. Puso sus manos sobre las mías y comenzó a tirar a su vez. Yo trataba de quitármela de encima, enfurecida por su interrupción, pero ella no desistía y yo estaba tan empeñada en tirar de él que me dije: «Vale, dejaré que se quede con él si entre las dos conseguimos meterlo dentro».

Durante años pensé que el sueño no precisaba de interpretación, pero hoy

en día creo que anhelaba sacar a mi padre del umbral, no por la culpa y la competitividad sexual, sino para liberarme de mi madre. Me ponía la piel de gallina. Estaba en todas partes, encima, dentro y fuera de mí. Su influjo se asía como una membrana a mis fosas nasales, a mis párpados y a mi boca abierta. La introducía en mí cada vez que inhalaba aire. Me adormecía dentro de su atmósfera anestésica, no podía escapar de la naturaleza apabullante y claustrofóbica de su presencia, de su ser, de su asfixiante y sufriente calidad de mujer.

No tenía ni idea de nada.

Una tarde, el mismo año que tuve aquel sueño, estaba sentada con Nettie. Ella tejía encaje y yo bebía té. Nettie empezó a soñar en voz alta.

—Me parece que este año vas a conocer a un chico verdaderamente encantador —dijo—. Alguien mayor que tú. A punto de acabar la carrera. Dispuesto a conseguir un buen trabajo. Se enamorará de ti y te casarás muy pronto.

—Eso es ridículo —dije muy seria.

Nettie dejó que sus manos, con el encaje aún entre ellas, cayeran sobre su regazo.

—Suenas igual que tu madre —respondió con suavidad.

*Eso es ridículo.* A veces me da la sensación de que nací diciendo «Eso es ridículo». Sale de mí con la misma facilidad que la retahíla de buenos-días-buenas-tardes-que-pases-buen-día-cuídate. Es mi respuesta automática más habitual. La variedad de comentarios ajenos que permite que las palabras «Eso es ridículo» pasen de mi cerebro a mi lengua es asombrosa.

—El adulterio es la causa de que el matrimonio funcione hoy en día —afirma alguien.

—Eso es ridículo —respondo yo.

—Edgar Allan Poe es el escritor más infravalorado de la literatura estadounidense —afirma otro.

—Eso es ridículo.

—El deporte influye en los valores de la gente.

—Eso es ridículo.

—Las películas influyen en las fantasías de la gente.

—Eso es ridículo.

—Si pudiese tomarme un año sabático mi vida cambiaría.

—Eso es ridículo.

—¿Sabes que la mayoría de las mujeres que sufren maltrato se niegan a dejar a sus maridos?

—¡Eso es ridículo!

Hace tres años me encontré a Dorothy Levinson por la calle. Nos dimos varios besos y abrazos. Se puso a repetir mi nombre. A continuación sonrió y me preguntó:

—¿Sigues diciendo «Eso es ridículo»?

Me quedé mirándola fijamente. No la había visto desde que tenía trece años. Sentí cómo la sangre me azotaba las mejillas. «Sí», afirmé, «lo sigo haciendo». Echó la cabeza hacia atrás y casi le da un infarto de la risa que le entró. Me invitó en el acto a cenar aquella noche con su marido y con ella en un restaurante. ¡Una noche para recordar!

Dorothy Levinson. Tan bella que al verla te daba un vuelco el corazón. Ahí estaba, con cincuenta años, delgada, adorable, rebosante de agudo ingenio judío y un cariño que se reflejaba en las arrugas de sus ojos, con una cara tan parecida a la de su madre a esa edad: tierna y bondadosa, levemente desconcertada, levemente triste.

Los Levinson. Los había querido muchísimo a todos —a Dorothy, a los cuatro chicos, a aquellos padres tan locos—, pero sobre todo había querido a Davey, el menor de los chicos, cuando los dos teníamos doce años. Y cuánto había sufrido porque él no me correspondía. Ahí estaba él, delgado y atlético, tenía una cabellera de lustrosos rizos negros y unos ojos brillantes y oscuros (todas las niñas andábamos detrás de él) y ahí estaba yo, rechoncha, huraña y con complejo de superioridad. La cosa no tenía mucho futuro.

Los Levinson eran nuestros amigos de verano. Desde mis diez a mis trece años estuvimos veraneando en los Ben's Bungalows en las Montañas de Catskill. Dos contingentes dominaban la colonia de bungalós: gente como nosotros, del Bronx, y gente como los Levinson, del Lower East Side. O, como decía mi madre: «los políticamente ilustrados y los gánsteres judíos».

En las montañas, los gánsteres judíos les sacaban ventaja a los

políticamente ilustrados. Aprendían pronto dónde estaban las diversiones en el campo y corrían a su encuentro con la misma resolución con la que iban a Grand Street en busca de ambiente. Se adentraban en el lago más que nosotros, se alejaban lo más posible en busca de frutas silvestres y se internaban en el bosque más adentro que nadie. Bailaban durante las tormentas eléctricas, dormían al raso en el monte las noches de calor, se esforzaban por perder la virginidad tan pronto como fuera posible y en hacérsela perder también a los demás.

Los más retorcidos y salvajes eran los Levinson —desde Sonny, el mayor, hasta Dorothy, la única hija, pasando por mi amado Davey—. Eran todos tan bellos que dolía mirarlos directamente. Durante dos veranos seguidos compartimos un bungalow doble con ellos y yo estaba permanentemente fuera de mí cada vez que abrían o cerraban de un portazo la puerta con mosquitera sujeta por el mismo marco endeble que la nuestra. Recuerdo aquellos veranos como destellos de sedosos rizos negros bajo el sol del mediodía o miradas fugaces en la deslumbrante sombra de un par de ojos oscuros colmados de una risa intrigante. Siempre estaban yendo a alguna parte o planeando algo. Cualquier cosa que hiciesen era imitada por el resto. Allá donde iban ellos, todo el mundo quería ir. Anhelaba que me pidieran que les acompañase, pero nunca lo hacían. Me quedaba en el bungalow con mi madre o leyendo cerca sobre la hierba, mientras que ellos echaban a correr hacia la intensidad del dulce aire estival para atrapar ranas y salamandras, explorar casas abandonadas, zambullirse una y otra vez en el lago, sentir el sol quemando su morena piel desnuda hasta mucho después de que a mí me hubieran llamado para cenar.

Dorothy, su marido y yo fuimos a un restaurante del Village y la charla se enfocó de lleno en el pasado. El marido de Dorothy, contable, sabía que no tenía nada que hacer y se contentó amablemente con hacer de público aquella noche. Dorothy y yo, absorbidas por cada recuerdo —Grand Street, el Bronx, Ben's Bungalows—, nos interrumpíamos al hablar y nos reíamos a carcajadas por cualquier cosa.

Dorothy no dejaba de preguntar si me acordaba de cosas. «¿Te acuerdas de la casa abandonada del bosque?», «¿Te acuerdas de cuando íbamos a por moras a ese monte que quedaba tan lejos?», «¿Y de cómo se nos quedaba el

culo después de echarnos sobre las zarzas a darnos el lote?», «¿Te acuerdas de lo cariñosas y malhabladas que eran las mujeres que se sentaban en el porche los domingos por la noche?». Los recuerdos de Dorothy estaban llenos de detalles, los míos eran rudimentarios. No solo porque tenía ocho años más que yo, sino porque era una Levinson. Había vivido todo con mucha más intensidad que yo.

Entretanto, yo no dejaba de preguntarle. «¿Cómo está Sonny?», «¿Cómo están Larry y Miltie?», «Y tu padre, ¿cómo está?». (No pregunté por su madre porque había muerto, ni tampoco por Davey, que ahora era rabino y vivía en Jerusalén, porque no quería saber).

—¿Sonny? —me preguntó Dorothy—. Lo único que hacemos juntos es terapia. Terapia y más terapia. Cuando Sonny estaba en el ejército, mamá cayó enferma. Papá la abandonó. Sonny volvió a casa, se puso de rodillas a los pies de la cama y le dijo: «Yo te cuidaré, mamá». Pero ella dijo: «Que venga Jake». Sonny salió del apartamento. Más tarde, me dijo: «Cuando me di cuenta de que a él lo quería más que a mí, me dije: “Que se vaya la mierda”». Pero nunca lo superó. Tiene una mujer estupenda, buenos hijos y vive cerca de mí. Sabrás que todos seguimos viviendo en el centro, ¿no? Seguro que sí. Así que Sonny entra en el apartamento, se encuentra con una amiga mía que está sentada en el sofá, contempla la situación, señala con la cabeza el dormitorio y dice: «Tenemos que hablar», y mi amiga se echa a reír. Pero eso es todo. En realidad no hablamos de mucho. Viene a mi casa, hacemos terapia y vuelve a la suya. ¿Larry? Pues ahora pesa 110 kilos. Tiene novia, pero sigue viviendo en el viejo apartamento de Essex Street; opina que como solo lleva seis años con ella todavía no debería comprometerse demasiado. ¡Y Davey! ¿No te apetece saber qué es de él? ¡Lo de Davey es prodigioso! ¡A quién se le hubiese pasado por la cabeza que mi hermanito iba a salir tan espiritual! Pero así ha sido: es *espiritual*.

Casi digo «Eso es ridículo». Me contuve justo a tiempo. Pero no me lo podía callar. Después de asistir en silencio al recital sobre Sonny y Larry, ahora sentía que tenía que hablar.

—Ay, Dorothy —le contesté, creo que con mucha delicadeza—. Davey no es nada espiritual.

Dorothy bajó la mirada y frunció el ceño. Cuando volvió a alzar la

mirada, los ojos le brillaban y su boca esbozaba una sonrisa incierta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si Davey se hubiera marchado de vuestra casa de Essex Street a los dieciocho, hoy en día no sería tan espiritual —dije—. Lo que busca es un modo de ordenar su vida y no posee las herramientas para hacerlo. Por eso se ha vuelto religioso. El hecho de que sea rabino en Jerusalén es un síntoma de lo perdido que está, no de cómo se ha encontrado a sí mismo.

Dorothy asintió. Cuando habló, su voz denotaba una calma poco espontánea.

—Supongo que es una forma de verlo —dijo. Yo me reí y me encogí de hombros. Cambiamos de tema.

Seguimos hablando y volvimos a rememorar una y otra vez las anécdotas de la colonia de bungalós. Dorothy era quien hablaba la mayor parte del tiempo. A medida que fueron pasando las horas, acabó siendo la única que hablaba. Lo hacía cada vez más rápido y las frases se amontonaban unas sobre otras. Comenzó a salir a la luz un mosaico de memoria emocional: cómo me veía a mí, cómo veía a mi madre, cómo veía a mi madre en comparación con la suya. Comencé a sentirme incómoda. Dorothy lo recordaba todo con tanta nitidez. Había tenido una auténtica fijación por nosotros. Especialmente por mi madre.

Reía con entusiasmo mientras hablaba. Su risa la hacía balancearse adelante y atrás. De repente, me miró directamente a la cara y dijo:

—Tú nunca disfrutaste tanto como nosotros. Siempre fuiste muy crítica con todo. Para la edad que tenías eras asombrosa. Es como si supieses que eras más inteligente que los que te rodeaban y siempre te dieras cuenta de lo estúpido, absurdo o ridículo —tu palabra preferida— que resultaba todo. Tu madre también era mejor que las demás. Lo era, lo era. Tu padre la adoraba. Solían pasear juntos; él le pasaba el brazo por la cintura y ella se agarraba a él; Dios, cómo se agarraba a él, se agarraba como si le fuese la vida en ello, se aferraba a él como a un bote salvavidas y miraba a su alrededor para que todo el mundo viese lo feliz que era con su amantísimo esposo. Era como si quisiese poner celosas a las demás mujeres. ¿Y *mi* madre? Mi padre solo aparecía un día durante todo el verano. Tu madre la hacía llorar: «Mirad lo bien que se porta él con ella y mirad cómo es Jake conmigo. Lo tiene todo, yo

no tengo nada».

Dorothy volvió a reírse, como si temiese hablar sin reírse.

—Mi madre era muy buena, tenía un corazón enorme. ¿Y tu madre? Tu madre era muy *organizada*. Mi madre se quedaba en vela junto a sus hijos cuando estaban enfermos, y hacía lo mismo contigo. Tu madre entraba en la cocina como un sargento y le decía a la mía: «Levinson, deja de llorar, ponte un sostén y arréglate un poco».

Más risas, ahora con un sabor amargo. Dorothy hizo esfuerzos para dejar el tema de mi madre y la suya. De repente, hizo que sus recuerdos se remontasen hasta antes de conocerme y comenzó a hablarnos de los místicos judíos que iban de colonia en colonia de bungalós cuando ella tenía ocho o diez años.

—Todas las mujeres tenían que sentarse en círculo a oscuras —relataba— con una vela sobre la mesa. La médium cerraba los ojos, temblaba y decía: «*Habe sich, tischele*. ¡Elévate, mesilla! (¿Y lo hacía? ¡Pues claro!)». Las mujeres se ponían a gritar y a desmayarse. «¿Eres tú, Moishe? *Oy, gevalt!* ¡Es Moishe!». Y más gritos y desmayos.

Dorothy me lanzó una intensa mirada y añadió:

—Tu madre habría irrumpido allí, habría encendido la luz y habría dicho: «¿Pero qué tontería es esta?».

El marido de Dorothy y yo nos quedamos mirándola boquiabiertos. Antes de que él pudiese detenerla, se inclinó hacia mí y me susurró:

—Nunca te quiso. Nunca quiso a nadie.

A la mañana siguiente me di cuenta de que, aunque yo no había dicho «Eso es ridículo» antes de humillar a Davey, Dorothy sí había oído las palabras. La madre que habitaba en ella había oído a la que habitaba en mí.

Hoy he vuelto a ver al hombre. Esta vez habían pasado cinco años. Mi madre y yo nos encontrábamos en la parte alta de Broadway, buscando una zapatería que nos habían recomendado por sus zapatos, especiales para andar. Cuando estábamos llegando a la calle Ochenta y tres, dobló la esquina. Me encogí sin querer.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

—Nada —respondí yo. Pero sus ojos siguieron los míos y vio que me había quedado atrapada por el rostro de un hombre como el de cualquier otro de los cincuenta con pinta de indigentes con los que una puede cruzarse en un paseo de veinte minutos por Broadway.

—¿Quién es? —me interrogó—. ¿Lo conoces?

—¿Te acuerdas de aquel hombre, hace años, que se plantó en el portal? Al que sigo viendo de vez en cuando.

—Sí, claro. ¿Es él?

Asentí.

Y ella dirigió su atrevida mirada urbana hacia él.

Sucedió hace doce años. Yo por entonces vivía en la Primera Avenida, en la esquina con la calle Veinte, en un apartamento de dos habitaciones de paredes blancas, bañado por la luz del este y un árbol fuera que en primavera y en verano llenaba la ventana de pájaros y hojas.

Al otro lado de la calle se encontraba Stuyvesant Town, uno de los proyectos inmobiliarios para la clase media más antiguos de la ciudad. En mi lado de la calle había viviendas habitadas por irlandeses e italianos. Gente que había nacido, crecido, contraído matrimonio y criado a su propia familia en aquellos mismos apartamentos. A todos nos unía el ruido y trajín de la Primera Avenida. Cuando mi tía Sarah vino a hacerme una visita por primera vez, se asomó por la ventana, aspiró el humo de los tubos de escape y exclamó:

—¡Justo lo que me encanta! ¡Follón! ¡Mucho follón!

Yo sentía lo mismo. Adoraba la Primera Avenida. La adoraba y me sentía segura en ella. La gente echaba el día sentada a la ventana observando a los vecinos. Los tenderos tomaban nota de cada rostro familiar y desconocido que pasaba por delante de sus escaparates. La ecuación era sencilla: perdías anonimato pero ganabas protección.

Una mañana de sábado de junio salí corriendo hacia el supermercado que quedaba a una manzana de mi casa para comprar un brik de leche. La avenida resplandecía con las primeras luces del sol. El aire era dulce, templado y estaba cargado de polen. A la vuelta sufrí un ataque de alergia primaveral. Estornudaba tan fuerte que no podía moverme: me quedé indefensa en plena calle, sujetándome para hacer frente al ataque racheado que se había

apoderado de mi cuerpo. Cuando la arremetida llegaba a su fin, solo quedaba un estornudo más, lo noté, levanté la cabeza a la expectativa de quedar libre de ella. En ese momento mis ojos se cruzaron con los de un hombre que se dirigía hacia mí entre la multitud de la mañana: era delgado y parecía mediterráneo, de unos cuarenta años, vestía camisa blanca y pantalones negros y llevaba su comida en una bolsa de papel de estraza. Un camarero, pensé yo, que se dirige hacia su trabajo. Al expulsar el último estornudo, mi cuello y mis hombros se alzaron como acto reflejo y en ese momento me reí mirándole a los ojos. Estaba claro que me reía de mí misma. No había otra interpretación remotamente posible del gesto. El hombre ni me devolvió la sonrisa. Sus ojos se posaron un segundo sobre mí y se apartaron instantáneamente. Prosiguió su camino. Y yo el mío.

Crucé la calle y entré en el portal de mi pequeño edificio. Mientras me disponía a meter la llave en la puerta, sentí una mano sobre el hombro. Me di la vuelta. El hombre de la camisa blanca y los zapatos negros estaba detrás de mí, bloqueándome el paso. Sus ojos estaban inyectados de cólera. Su boca estaba retorcida en un extremo, tenía los labios blancos de tanto apretarlos. Le palpitaba el cuello.

—¿Estás cansada de vivir? —me increpó.

«Ay, Dios», pensé.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté con educación.

—Te estabas riendo de mí. ¿Qué? ¿Estás cansada de vivir, eh?

—Lo ha entendido mal —le susurré descaradamente—. Me estaba riendo de mí misma. Me dan ataques de estornudos y me estaba riendo porque estornudaba tan fuerte que no podía moverme. No me estaba riendo de usted. ¿Le pareció que me estaba riendo de *usted*? ¡Ay, no!

No oyó nada de lo que le estaba diciendo. Mantuvo su rostro apretado contra el mío. Al contrario, la cólera de sus ojos se volvió más intensa. Miró el llavero que yo sostenía en la mano.

—¿Vives aquí? —dijo. Hizo un gesto con la mano hacia arriba—. Venga —dijo—. Sube.

—No —balbucí—. No vivo aquí. Vengo de visita.

—Sube —repitió—. Venga, sube.

—No vivo aquí. No podemos subir.

En un arranque de fuerza nacido del terror, coloqué la mano sobre su pecho y le di un empujón. Perdió el equilibrio y tropezó de espaldas. Lo aparté de un golpe y eché a correr atravesando la muchedumbre. Corrí hasta el final de la manzana, luego hasta la siguiente y me metí en el supermercado. Me quedé dentro, justo detrás de las cajas, resoplando. No sabía qué hacer, adónde ir, con quién hablar. Sin aviso, lo cotidiano se había convertido en una pesadilla.

Me pasé treinta minutos deambulando por el supermercado y a continuación salí de allí a paso veloz, con la cabeza gacha, y me alejé del edificio; por alguna razón ya no llevaba en la mano el brik de leche. Horas más tarde, totalmente agotada, volví a la Primera Avenida y crucé el umbral de mi puerta a toda velocidad y sin que nadie me importunase, y no dejé el apartamento durante el resto de aquel día ni aquella noche.

Tres años más tarde divisé al mismo hombre de la camisa blanca y los pantalones negros en la calle Catorce Este. Era finales de otoño. Llevaba una chaqueta fina de cuero y abrazaba un paquete de papel de estraza contra su pecho. Me retiré rápidamente a un portal para quedar fuera de su campo de visión. Tenía exactamente el mismo aspecto que hacía tres años, pero a medida que se acercaba comprobé que tropezaba al andar y que sus ojos rezumaban una terrible ansiedad.

Cuatro años después lo volví a ver en la calle Ocho Este. Ahora tenía el cabello sembrado de canas, la piel amarillenta y el mentón cubierto de una incipiente barba blanca. Al llegar a mi altura, salí del portal en el que me había agazapado. Me miró atravesándome. Su mirada, tal como sospechaba, era fija, aunque no captaba lo que tenía delante.

Ahora, cinco años más tarde, estaba en Broadway; el pelo de un color gris sucio, los ojos de loco y el paso renqueante, sacudía las manos en el aire. Llevaba ropa de un albergue y su aspecto era tan enfermizo que daban ganas de ingresarlo durante un mes en un hospital sin ni siquiera discutirlo.

Mi madre me miró con curiosidad.

—¿Cómo podías tener miedo de alguien así? —me preguntó—. Podrías haberlo tirado al suelo de un manotazo.

—Mamá, hace doce años no estaba así. Créeme.

Lo siguió mirando fijamente mientras arrastraba los pies por Broadway,

chocando con la gente a izquierda y derecha.

—Os estáis haciendo viejos los dos —contestó—. Tú y tus temores.

Tengo catorce años. Es una noche de finales de primavera. Empujo la puerta del apartamento de Nettie. La cocina se halla inmersa en una especie de penumbra violácea, suave, plena, intensa. La habitación está vacía: bañada por aquella amorosa media luz, pero vacía. Me detengo. La puerta no estaba cerrada, debe de haber alguien en casa. Camino hasta el cuarto interior. Me detengo en el marco de la puerta. La luz aún es más tenue aquí. Mi vista se adapta. Veo a Nettie y al cura acostados sobre la colcha estampada de la cama. Ella está desnuda y él, vestido. Él está tumbado boca arriba. Ella yace sobre él. Él mantiene rígido el cuerpo, el de ella se desborda. Veo su sonrisa medio a oscuras. Se mueve sobre él como una gata y como una gata observa con detenimiento incluso mientras ronronea. Arquea la espalda y se alza solo para volver a caer sobre él. El pecho de ella reposa sobre la mano inerte de su amante. Una energía me atraviesa como una sacudida eléctrica. Los siento a los dos. Dentro de mí. La siento a ella y lo siento a él. Soy el pecho y soy la mano. Soy el placer de ella y el dolor de él. Me estremezco. El estremecimiento se convierte en un temblor y el temblor en una sacudida. La sacudida me pone bruscamente en contacto con algo que hay cerca. Miro al suelo. A mi lado está Richie, con cinco años, amarrado a una silla, contemplando la escena que discurre sobre la cama. Retrocedo, girándome hacia la puerta de entrada.

A la mañana siguiente, Nettie está sentada con un vestido de flores a la mesa de la cocina, cosiendo una falda, con la cabeza agachada, sonriendo para sus adentros. Levanta hacia mí la mirada, sus ojos verdes falsamente inocentes.

—¿Viniste anoche? —me pregunta.

Esta mañana todos somos sus enemigos derrotados. Con calma, pienso: «Odia a los hombres».

¿Cómo comenzó? ¿Cuándo empezó a recorrer las calles? ¿O a sentarse junto al estanque de las barcas? ¿Cuándo trajo al cura a casa por primera vez? ¿O al hombre del parque? ¿Cuándo apareció el dueño de la pollería que se parecía a

Iósif Stalin en la puerta, bien temprano por la mañana? ¿Cuándo se presentó por primera vez en el apartamento Whitey, el único delincuente serio que había en el bloque? Mamá dijo que al año de morir Rick.

—Durante un año se portó bien —solía señalar—. Y luego se puso a hacer la calle.

¿Cuándo comencé a darme cuenta? ¿Y qué opinión tenía? ¿Cuándo *supe* por primera vez algo de ella en un mundo en el que los hombres eran sexo, pero y las mujeres? ¿No se suponía que teníamos que apartarnos cuando lo veíamos llegar?

Marilyn Kerner y yo montábamos en bici por el parque del Bronx un día de finales de mayo después del colegio. Esta era nuestra actividad diaria desde que comenzaba la primavera hasta que terminaba el otoño. Entrábamos en el parque a dos manzanas de nuestra casa, cerca del acceso al zoo, y nos poníamos a pedalear. A veces cruzábamos el parque a toda velocidad sin detenernos hasta el Bronx Park East, a una hora larga de casa. A veces íbamos a lugares especiales, algún risco con matorrales que hubiéramos reclamado como propio. A veces nos conformábamos con dar vueltas por el parque y hablar, más interesadas en la conversación que en la excursión en bicicleta, pero aun así en reconfortante movimiento. Sobre las bicis nos sentíamos libres y valientes: exploradoras inteligentes en tierra extraña. La calle, yo lo sabía, era mía —la calle era trato humano, experiencia de vida, en la calle yo era la reina—, pero ¿y en el parque? Los cuadros de Henri Rousseau me recuerdan a cómo me sentía en el parque. Podía vislumbrar lo salvaje y lo primitivo en un rincón ajardinado del mundo rehecho cuidadosamente para emular el enredo original y ahí iba yo, de frente, la niña judía en bicicleta incapaz de imaginarse de otra manera que hablando.

Aun así, nos pasábamos aquellas tardes de primavera pedaleando, el viento y el revuelo que levantábamos eran reflejo de lo que crecía en nuestro interior, la luz y la velocidad irradiaban, la bicicleta era una ráfaga extraordinaria, excitante y aterradora, un sobresalto de emociones.

Siguiendo el sendero que venía del zoo habían instalado esclusas a lo largo del río Bronx y creado un pequeño lago y una cascada. En el lago había barcas que se alquilaban por horas en una caseta construida en el extremo más cercano a la cascada. Había sido vistosamente decorada y estaba situada

a orillas del lago en un patio de cemento de forma circular construido por el servicio de parques, con bancos en hilera colocados en forma de semicírculo por el borde. Los bancos se pintaban de verde brillante cada primavera. Desde ciertos ángulos de los bancos, el lago parecía no acabarse nunca. Había ido al lago mil veces, conocía cada curva de su trazado, sabía exactamente por dónde discurrían sus confines y aun así, cada vez que me sentaba en los bancos, soñaba con el agua e imaginaba que al otro lado de la curva, fuera de mi vista, el lago se extendía hacia un misterioso canal y se internaba por un lugar en el que no había estado jamás. Pensaba que todo el mundo que se sentaba en los bancos que daban al agua tenía los mismos pensamientos, que los bancos estaban llenos de soñadores, que la gente iba allí para soñar.

Marilyn y yo hacíamos una excursión en bici que acababa en los bancos. Era una excursión corta, pero tan ardua que parecía que durase todo un día, y cuando atardecía temprano la hacíamos para no sentir que nos robaban tiempo de bicicleta. Tomabas un sendero al otro extremo de la cascada que subía por un tramo pedregoso sobre el río, serpenteaba e iba a dar a una maleza intrincada y espesa, atravesaba un promontorio de roca negra lisa y sinuosa en la cima y luego iba haciendo curvas raudas en dirección al lago, bajaba despreocupadamente hacia la caseta de las barcas a través de un trecho de una pradería despejada y hierbas altas, el mundo entero bajo un cielo despejado y el viento en los pulmones, una emoción de la que nunca te recuperarías, frenando con todas las fuerzas justo cuando ibas a chocar contra el patio de cemento. Goce. El recorrido era puro goce.

Esa tarde de mayo, Marilyn y yo bajábamos en nuestras bicicletas por el prado y mientras frenábamos vimos a Nettie sentada en un banco de la terraza inferior, la más cercana al agua. No muy lejos de ella había sentado un hombre que yo no había visto antes. Ellos parecían conocerse, pero, al mismo tiempo, parecían no conocerse. El hombre estaba sentado con los brazos estirados sobre el respaldo del banco, con las piernas tendidas hacia delante. Llevaba un sombrero de fieltro marrón calado hacia delante y tenía un palillo en la boca. Su rostro no estaba orientado directamente hacia Nettie, sino en ángulo hacia ella. Nettie también parecía estar sentada de una forma peculiar. La mitad superior de su cuerpo apuntaba directamente al lago, pero la inferior

estaba torcida hacia el hombre, su esbelto talle aún más alargado por su postura. Llevaba un vestido ligero de verano aunque apenas estaba mediada la primavera. Su melena pelirroja le caía por los hombros. Llevaba las piernas al aire y en los pies un par de sandalias de tacón alto. Columpiaba una pierna adelante y atrás y la sandalia se le descalzaba por el tobillo cada vez que su pierna asomaba. Sabía, incluso antes de detener la bicicleta, que los dos, sentados en aquella postura, apuntando el uno al otro pero sin mirarse directamente a la cara, hablaban de algo. La postura era más que elocuente. No podía descifrar el mensaje, pero golpeó con fuerza contra la luz de mis ojos, la alegría de mi pecho y la energía que recorría mis brazos y piernas.

Marilyn también se había fijado en Nettie y en aquel hombre. Sin consultarlo entre nosotras, detuvimos las bicis a cierta distancia de los bancos para que Nettie no nos viese y nos sentamos apoyadas en los manillares. Ninguna de las dos habló durante un buen rato, nos limitamos a observar:

—Está coqueteando con él —dijo Marilyn en voz baja.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Es un desconocido y está coqueteando con él.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No te das cuenta por cómo están sentados? Y, aparte, eso es lo que viene a hacer la gente aquí.

—Venga ya. ¿Cómo sabes eso?

—*Todo* el mundo lo sabe.

—¿Estás *segura*?

—Segurísima.

De modo que la gente que venía aquí por las tardes en primavera y verano no lo hacía para soñar con canales inesperados de agua que quedaban fuera de su campo de visión, sino que marcaban el rumbo de la aventura humana que aguardaba en el banco de al lado. Me quedé mirando fijamente a Marilyn, pero la creí. Sabía más de estas cosas que yo.

¿Dónde, me he preguntado siempre, se encontraba Richie aquella tarde? Mamá de hecho dijo que Richie se pasaba la mayor parte del tiempo con Nettie, que él le proporcionaba más valor y legitimidad. Sin mencionar que no tenía a nadie con quien dejarlo ni sitio para hacerlo. Me preguntaba cómo se enteraba de todo mamá, ya que Nettie nunca comentó con nosotras sus

incursiones callejeras. Deducíamos las andanzas de sus consecuencias. Veíamos a hombres entrar y salir de su apartamento. Algunos venían una vez y no regresaban, otros venían dos o tres veces y otros estuvieron viniendo semanas o meses. No creo que les cobrase dinero. Lo más probable es que les permitiese regalarle cosas (un abrigo para el invierno, una bolsa de la compra llena, una excursión a la costa), pero Nettie no lo hacía por dinero.

Los traía de fuera: de paseos por los barrios contiguos, de sus viajes en metro al centro. Al cura lo sacó de ahí. Tras su boda con Rick había decidido no volver a poner el pie en una iglesia y estaba criando a Richie para que supiese que era judío, pero a causa de su soledad se veía atraída hacia el consuelo más arraigado de su vida. Se tomó en serio su apostasía y pensaba que no era adecuado acercarse al altar, tenderse de rodillas o pedir la comunión, pero se dedicaba a buscar iglesias de toda clase para sentarse en los bancos del fondo y darse un breve respiro en el interior iluminado por la penumbra de las velas mientras Richie jugueteaba con los botones de su vestido, hipnotizado por los resuellos de su pecho mientras suspiraba, temblaba y lloraba un poco.

Un día deambulaba por los grandes almacenes de la calle Treinta y cuatro. Pasó por delante de una iglesia cerca de Gimbel's. Siguiendo un impulso, entró y fue hasta el confesionario. El sacerdote era joven y seguro que quedó conmovido enseguida por sus murmullos quebrados, sus vulnerabilidades susurradas, su marginalidad confesa entre las mujeres judías que le negaban compasión y amistad, que no veían los sentimientos de su corazón, que no se daban cuenta de lo sola que estaba en este mundo, protegidas como estaban por sus maridos y su buena reputación. El cura la animó a volver y a que se desahogase de nuevo. Regresó una y otra vez. El sacerdote se decía a sí mismo que estaba atendiendo en su casa a una feligresa en apuros.

—Lo devoró a mordiscos —decía mi madre—. Estuvo viniendo durante meses. Ella se excitaba tanto que lo devoró a mordiscos. Le vieron las marcas y le preguntaron que dónde había estado. ¿Y qué podía decir? Así que lo encerraron en el monasterio.

—Mamá, no es un monasterio —la corregí—. Es una iglesia que queda cerca de Gimbel's.

—Como leches lo llamen —contestó con impaciencia. Odiaba que le interrumpiesen el hilo de la historia con correcciones.

El sacerdote estuvo meses viniendo. De eso me acuerdo. Una vez apareció al final de la tarde, a veces se presentaba dos veces a la semana, pero aquella noche de primavera cuando los vi en la cama probablemente fue cuando lo devoró a mordiscos, porque no tengo recuerdo de haberlo vuelto a ver desde entonces.

Debió de pasar muchos malos tragos. Recuerdo la mañana en la que el dueño de la pollería se presentó en su casa. Eran las siete y de repente se oyó un ruido tremendo en el rellano. Mamá abrió la puerta de golpe y ahí estaba Iósif Stalin, plantado ante la puerta de Nettie con un pollo desplumado en una mano y Nettie en camisón con otro pollo en la mano, pegándole en la cara con el ave desollada mientras chillaba: «¿Por un pollo? ¿Te crees que voy a hacerlo por un *mísero* pollo?».

Pero todo el mundo, y mamá la primera, pensaba que se lo buscaba. La consideraban provocativa, sugerente y tentadora. Si pedías más detalles, les costaba dártelos. Las frentes se arrugaban, los párpados se entrecerraban y las bocas se fruncían. Nadie sabía decirte *qué* tenía de malo. Por otro lado, nadie se desdecía. No es lo que lleva puesto, comentaba una vecina, es *cómo* lo lleva. No es lo que dice, sino *cómo* lo dice. No es la cara que pone, es la cara que tiene. ¿Entiendes a lo que me refiero? No sabría decir exactamente qué es, pero yo sé a lo que me refiero. Yo asentía. También sabía a lo que se referían.

Recorría la manzana de un modo que me hacía sentir incómoda desde que cumplí diez años. Ninguna de las mujeres del barrio caminaba como ella. Los andares de una mujer pueden ser enérgicos o perezosos, pero los de ellas inevitablemente llevaban el ritmo de un ama de casa que ha salido a hacer recados; sus piernas estaban unidas a su torso con el mero propósito de posibilitar un desplazamiento práctico, no caminaban para sentir su cuerpo en movimiento o para que los demás se fijasen o reaccionasen ante él. Pero Nettie sí. Se movía a pasos largos y muy estudiados. Movía primero una pierna y luego la otra, cimbreando las caderas. Todo el mundo sabía que esta mujer no iba a ningún lado, que caminaba por caminar, para sentir el efecto que causaba en la calle. Sus andares acentuaban las carnes ocultas bajo la

ropa. Iba declarando: «Este cuerpo tiene el poder de despertar tu deseo». No había nadie como ella en mil kilómetros a la redonda. Los hombres y las mujeres la ansiaban por igual. Era horrible. Yo percibía cómo iba despertando pasiones, pero esas pasiones parecían vinculadas al castigo, no al privilegio. La manera en que la gente la miraba —la crueldad de los hombres, la rabia de las mujeres— me daba miedo. Sentía que se hallaba en peligro. Nettie caminando por la acera se entretejió con la tela de mis primeras angustias.

Ella, claro está, iba sin miedo a todas partes. Se exhibía en cada rincón. Cada par de ojos que se posaban sobre ella eran correspondidos por los suyos: grandes, inocentes y provocativos. Aquella malicia sexual corría tan libremente por sus venas que constituía su esencia: primitiva, calculadora, tenaz; rabiosa en el fondo; impulsada a actuar con desvergüenza debido a un apremiante imperativo que oponía resistencia a un límite exterior cambiante, enteramente determinado por lo mal que se sentía consigo misma y con su vida cualquier día de la semana. No conocía otra manera de sentirse mejor que provocando el deseo a su paso. Sabía que la manera de menear las caderas, de elevar poco a poco los párpados, de pasarse con languidez la mano por su melena, despertaba promesas en la entrepierna. Lo *sabía*. Era lo único que sabía. Pensaba que ese conocimiento le daba poder. Pensaba que su crueldad *era* poder: «Tú sentirás, pero yo no», decía su cuerpo bamboleante, «y eso te hará a ti débil y a mí, fuerte». Pero comprendía su situación apenas con imperfección. Era, al fin y al cabo, una campesina de una aldea de Ucrania con pocas entendederas. Richie se enteraba más que ella de lo que sucedía en realidad y una tórrida noche de verano, cuando yo tenía diecisiete años y él ocho, me demostró lo que sabía.

Estábamos a finales de agosto. Hacía un calor intenso y severo. Un calor acumulado que nunca llegaba a evaporarse del todo de las calles ni de los apartamentos. Uno sufría el calor con mayor o menor intensidad. Por las noches, lo peor del bochorno del mediodía iba amainando y una tenue brisa entraba por las ventanas, que dejábamos abiertas porque tenían mosquiteras. Un voluptuosidad convaleciente se adueñaba de las habitaciones en penumbra. Comenzábamos a recuperarnos del envite del día.

Yo estaba sentada en el sofá del salón en plena modorra, intentando

aprovechar la última hora de luz del día para leer. Richie, a mi lado, estaba reclamando atención. Era un niño hermoso de ojos oscuros y pelo negro, de piel clara y mejillas sonrosadas, sonrisa irresistible y una voz como la de su madre, suave e insinuante. Sabía que en nuestra casa tenía más derechos que obligaciones. Consciente de ello, se permitía rozar el descaro, aunque raramente cruzó un límite del que no pudiese retirarse a tiempo. Esta noche en particular, no obstante, Richie *quería* que yo estuviese con él. Lo aparté de un codazo sin quitar la vista de la página. Rechazó mi rechazo.

—Richie —dije con crispación, con la vista aún puesta en el libro—, ahora no.

—Sí —contestó—, ahora.

—¡Que no!

—¡Que sí!

Me entró la risa, pero seguí leyendo. Richie se encaramó a mi regazo y se puso a jugar con la parte de delante de mi vestido, de cuello *halter*, blanco y de tela de verano, sujeto por una cremallera que iba del cuello al ombligo. Le di unos golpecitos distraídos y débiles en la manos, sin dejar de leer. Puso sus brazos alrededor de mi cuello y apretó sus labios abiertos contra mi garganta. Pasmada, sentí su boca en acción sobre mí. Lo empujé con fuerza pero ya era demasiado tarde: había percibido mi vacilación. Siguió agarrado a mí, apretándose contra mi pecho como si tuviese derecho sobre mí. Era fuerte, más fuerte que yo. Nos enzarzamos en una pelea como si ambos fuésemos adultos o ambos, niños. De repente, en un gesto increíble, Richie me bajó la cremallera del vestido hasta el final, me metió una mano por debajo del sujetador y la otra dentro de mis bragas. Antes de darme cuenta de lo que pasaba, me había atrapado un pezón entre dos dedos y estaba dirigiendo el dedo corazón de su otra mano hacia mis ingles. Me levanté como una centella, en un súbito espasmo. En medio segundo había logrado apartarle las manos y sujetarlo por las muñecas hasta inmovilizarlo. Lo miré a la cara con asombro. Él me devolvió la mirada. Pude ver en su rostro lo que él vio en el mío. Y también pude ver el efecto que causaban en él las cosas que veía. Su cara rebosaba de triunfo, interés y excitación. Y tras la excitación, algo aún más curioso: una especie de tristeza, de seriedad. Me acordé del Richie de cinco años amarrado a aquella silla, contemplando a Nettie y al sacerdote

sobre la colcha estampada de la cama. Había ido aprendiendo desde aquella noche. Sabía que la vida de su madre no era un ejercicio de poder, sino un intercambio de humillaciones. Ahora estaba probando lo que había aprendido.

Un día glorioso, el de hoy: Nueva York se recorta en el trasparente sol otoñal, los edificios se dibujan con nitidez contra el cielo despejado, las calles están abarrotadas de pirámides de frutas y verduras, hay flores metidas en jarrones de papel maché dispuestos en círculos sobre la acera, quioscos de prensa con sus vivos blancos y negros. En la avenida Lexington, en particular, una efusión de hermoso ajeteo humano al mediodía, una densidad de apetitos urbanos y ensimismamientos.

He quedado con mi madre para caminar más tarde, pero he subido hasta aquí temprano para dar una vuelta a mi aire, sentir el sol, empaparme de la calle y estar en el mundo sin las entrometidas interpretaciones de una compañía tan voluble como la suya. En la calle Setenta y tres, dejo la avenida Lexington y me dirijo hacia el Whitney con el deseo de echar un último vistazo a una exposición temporal. Mientras me acerco al museo, unos dibujos de expresionismo alemán expuestos en el escaparate de una galería reclaman mi atención. Entro, me vuelvo hacia la pared más cercana a mí y me encuentro cara a cara con dos grandes acuarelas de Nolde, sus famosas flores. He contemplado a menudo las flores de Nolde, pero ahora es como si las viera por primera vez: ese difuminado intenso y exuberante y, de pronto me doy cuenta, intencionado de sus contornos. Veo la imperiosa cualidad del propósito de Nolde, la concienzuda paciencia con la que las flores lo mantienen absorto, la clara y terca concentración del artista en el sujeto. La veo. Y pienso: es la concentración lo que otorga intensidad a la obra. El espacio que hay en mi interior aumenta de tamaño. Ese rectángulo de luz y de aire que hay en mi interior, donde el pensamiento se esclarece, el lenguaje brota y la respuesta se vuelve inteligente, ese famoso espacio rodeado de soledad, ansiedad y autocompasión se abre de par en par mientras contemplo las flores de Nolde.

En el vestíbulo del museo me detengo en la exposición permanente del

circo de Alexander Calder. Como es habitual, hay una concentración de gente alrededor que ríe y se queda boquiabierta ante lo prodigioso de los pedazos de tela y alambre de Calder que suspiran, lloran y se regocijan. A mi lado hay dos mujeres. Me fijo en sus rostros y las despacho al instante: rubias de mediana edad del Medio Oeste, con ojos azules y ensoñadores. Entonces, una exclama:

—Es como una segunda infancia.

La otra responde con sequedad:

—Mejor aún que la primera.

Estoy sorprendida, complacida, avergonzada. Pienso: «Qué tonta eres por asombrarte como una estúpida ante el hecho de que *la mujer* pudiera decir *aquello*». De nuevo, siento que el espacio que hay en mi interior se ensancha inesperadamente.

Ese espacio. Comienza en el centro de mi frente y termina en el centro de mis ingles. Varía de tamaño; unas veces es tan ancho como mi cuerpo y otras, tan estrecho como una rendija en el muro de una fortaleza. En los días en los que el pensamiento fluye libremente o, mejor aún, se esclarece con esfuerzo, se expande magníficamente. En los días en los que la angustia y la autocompasión lo anegan, se encoge, ¡qué rápido se encoge! Cuando el espacio es amplio y lo ocupo plenamente, degusto el aire, siento la luz, mi respiración se acompasa y se vuelve más pausada. Me siento en paz y emocionada, fuera del alcance de influencias o amenazas. Nada puede tocarme. Estoy a salvo. Soy libre. Pienso. Cuando pierdo la batalla del pensamiento, los límites se estrechan, el aire se contamina, la luz se nubla. Todo es vapor y niebla, y me cuesta respirar.

Hoy es un día prometedor, tremendamente prometedor. Vaya adonde vaya, vea lo que vea, roce lo que roce mi mirada o mi oído, el espacio irradia expansión. Quiero pensar. No, lo que quiero decir es que hoy quiero pensar *de verdad*. El deseo se ha anunciado con la palabra «concentración».

Voy al encuentro de mi madre. Vuelo. ¡Estoy volando! Quiero regalarle un poco de esta esplendorosidad que revienta en mi interior, insuflarle mi inmensa alegría de vivir. Solo porque es la persona que conozco desde hace más tiempo y porque en este momento amo a todo el mundo, incluso a ella.

—¡Ay, mamá! ¡Qué día he tenido! —le digo.

—Cuéntame —me responde—. ¿Este mes te ha llegado para el alquiler?

—Escucha, mamá —insisto.

—Esa reseña que escribiste para el *Times* —prosigue—, ¿seguro que te la van a pagar?

—Mamá, cállate ya. Déjame que te cuente lo que siento —replico.

—¿Por qué no llevas nada de abrigo encima? —me grita—. Estamos casi en invierno.

El piloto del espacio que hay en mi interior empieza a parpadear. Sus muros de derrumban hacia dentro. Se me corta la respiración. Trago lentamente y me digo: «Ten calma». A mi madre le digo:

—Tú sí que sabes qué decir y cuándo. Es notable este don que tienes. Me deja sin palabras.

Pero no lo pilla. No sabe que estoy siendo irónica. Ni tampoco sabe que me ha dejado hecha polvo. No sabe que me tomo su angustia de manera personal, que me siento aniquilada por su depresión. ¿Cómo puede saberlo? Ni siquiera sabe que estoy delante de ella. Si le contase que para mí es como la muerte que ni siquiera sepa que estoy ahí, me miraría desde esos ojos en los que se agolpa una aflicción desconcertada, esta niña de setenta y siete años, y gritaría airada:

—¡No lo entiendes! ¡No lo has entendido nunca!

Mamá y Nettie se pelearon y yo entré en el City College. En la memoria de mis sentimientos ambos sucesos acarrearán igual importancia. Ambos inauguraron un conflicto abierto, ambos abrieron una brecha entre mi inconsciente y yo, ambos fueron vividos como subversivos y beligerantes. En efecto, el conflicto entre Nettie y mi madre parecía un plan estratégico para sitiar y conquistar. Tan incoherente como la propia guerra, atravesado de rabia y engaño, con objetivos aparentemente confusos y siempre negados, sin perder nunca de vista al enemigo: el corazón inteligente de una chica que si no tomaba partido por una perdería a las dos. El City College parecía igual de preocupado por sitiar la mente ignorante, si no el corazón inteligente. Benévola en su intento, apenas un pasaporte para la tierra prometida, la universidad, evidentemente, era la auténtica invasora. Violentó mis

emociones más de lo que ni mamá ni Nettie hubieran soñado que era posible, me separó de las dos, provocó y alimentó una vida no compartida dentro de mi cabeza que se convirtió en un acto de traición. Vivía entre los míos pero había dejado de ser uno de ellos.

Creo que esto nos sucedía a la mayoría de los que íbamos al City College. Seguíamos usando el metro, seguíamos recorriendo las calles de costumbre entre clase y clase, seguíamos volviendo a nuestros barrios al acabar el día, hablábamos con nuestros amigos del instituto y nos acostábamos en nuestras camas de siempre. Pero en secreto habíamos comenzado a vivir en un mundo dentro de nuestras cabezas, donde leíamos, hablábamos, pensábamos de una manera que nos diferenciaba de nuestros padres, de la vida doméstica y de la de la calle. Habíamos sido iniciados, habíamos aprendido la diferencia entre las ideas que se ocultaban y las que se expresaban. Esto nos convirtió en unos subversivos dentro de nuestros propios hogares.

Como miles de personas antes que yo han dicho: «Para nosotros era o el City College o nada». Disfrutaba de la solidaridad que esas palabras evocaban, pero rechazaba la privación que implicaban. En el City College me sentaba a hablar en una cafetería subterránea hasta las diez o las once de la noche con media docena de compañeros a los que tampoco les apetecía volver a Brooklyn o al Bronx y fue en esa cafetería donde mi formación arraigó. Ahí aprendí que Faulkner era los Estados Unidos, que Dickens era política, que Marx era sexo, Jane Austen la idea de cultura, que yo provenía de un gueto y que D. H. Lawrence era un visionario. Ahí cuajó mi amor por la literatura y floreció mi asombro ante la vida intelectual. Descubrí que las ideas transformaban a las personas y que las conversaciones intelectuales podían ser tremendamente eróticas.

Nunca dejábamos de hablar. Quizá porque no hacíamos mucho más (limitados por el temor al sexo y nuestra economía de clase obrera, ni íbamos al teatro ni hacíamos el amor), pero no cabe duda de que si hablábamos tantísimo es porque la mayoría de nosotros nos habíamos pasado desde los seis años leyendo dentro de un silencio embotellado y el City College resultó ser nuestra liberación total. No era al claustro al que debía el City su reputación de calidad intelectual, sino a sus estudiantes, a nosotros. No es que destacásemos intelectualmente, no, pero nuestra energía voraz daba vida a

aquel lugar. La idea de vida intelectual ardía en nuestro interior. Mientras perseguíamos ideas nos sentíamos reconocidos, ante nosotros mismos y ante los demás. El mundo cobraba sentido, teníamos en qué apoyarnos, un lugar en el mundo para nosotros. El City College me hizo consciente de la cohesión interna como valor primordial.

Creo que mi madre tuvo muy pronto sentimientos enfrentados sobre mí y la universidad, aunque había querido que yo fuese a la facultad, de eso no hay duda, y su empeño por que así fuese le había infundido fuerzas (en medio del primer año de su viudez me ordenó que eligiese el itinerario académico en el instituto en lugar del comercial); incluso se puso de uñas cuando se planteó como tema de discusión en la familia:

—¿Dónde está escrito que la hija de una viuda de clase obrera tenga que ir a la facultad? —le preguntó uno de mis tíos un sábado por la mañana mientras se tomaba un café en nuestra cocina durante mi último año de instituto.

—Aquí es donde está escrito —le replicó golpeando fuertemente la mesa con el dedo corazón—. Aquí mismo es donde está escrito. La chica va a la universidad.

—¿Por qué? —insistió mi tío.

—Porque lo digo yo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué crees que va a conseguir con eso?

—No lo sé. Lo único que sé es que es lista, que se merece una formación y que la va a tener. Esto son los Estados Unidos. Las chicas no son vacas que pacen a la espera de que las crucen con un toro.

Me quedé mirándola. ¿De dónde había salido *eso*? Mi padre llevaba muerto apenas cinco años, estaba en plena etapa de viudedad.

La situación estaba cargada de conflictividad y bravuconería. Sentía las palabras que pronunciaba, pero sabía lo que significaban. Ni siquiera sabía lo que quería decir con «una formación». Cuando después de licenciarme se enteró de que yo no era maestra, actuó como si la hubieran timado. En su mente una joven entraba por una puerta con un cartel que decía «facultad» y salía por otra con un cartel que decía «maestra».

—¿Quieres decir que no eres maestra? —me dijo mientras abría los ojos desmesuradamente y sus dos fuertes manos depositaban mi título sobre la

mesa de la cocina.

—No —le contesté.

—¿Y a qué te has dedicado todos estos años? —me preguntó con serenidad.

—A leer novelas —respondí.

Se quedó cortada ante mi desfachatez.

Pero en realidad no era una cuestión de lo que podía o no podía hacer con mi título. Eramos personas que sabíamos salir adelante; nunca dudó de que encontraría el modo. No, lo que la sacaba de quicio, y nos dividía, era que yo pensase por mí misma. No había comprendido que ir a la universidad significaba que comenzaría a pensar: con coherencia y en voz alta. Esto la dejó descolocada. Mis frases se volvieron más largas al cabo de un mes de comenzar las primeras clases. Más largas, más complejas, construidas con palabras cuyo significado no siempre conocía. Yo nunca había pronunciado una palabra que ella no conociese. O formado una oración cuya lógica no pudiese seguir. O hilvanado una opinión a partir de un concepto abstracto. La ponía de los nervios. Su rostro comenzaba a adquirir el aspecto de un animal astuto en cuanto yo comenzaba una oración que no terminaría antes de lanzar tres frases al aire. La astucia desencadenaba el enfado, el enfado provocaba la ira.

—¿Qué estás diciendo? —me gritaba—. ¿Qué estás diciendo? ¡Habla en cristiano! En esta casa todos hablamos el mismo idioma. ¡Háblalo tú también!

Su forma de reaccionar me dejaba estupefacta. No la entendía. ¿No le hacía ilusión que pudiese decir algo que ella no comprendiese? ¿No se trataba de conseguir eso? Yo era la vanguardia. Iba a abrirle las puertas de un mundo nuevo. Lo único que tenía que hacer era adorar a la persona en la que me estaba convirtiendo y, en cambio, la rechazaba. Yo pronunciaba mis nuevas frases y ella se volvía en mi contra como si hubiera cometido un acto de infamia ahí mismo, en la mesa de la cocina.

Ella, sobra decirlo, estaba tan confusa como yo. No sabía por qué se enfadaba y si alguien le hubiera dicho que se enfadaba, lo habría negado y habría encontrado el remedio para persuadirse tanto a sí misma como a cualquiera que le prestase oídos de que estaba orgullosa de que yo fuese a la

facultad, pero que no hacía falta que fuese una resabiada. ¿Eso era ir a la universidad? Mira, por ejemplo, al señor Lewis, el del seguro, un hombre con una formación como pocos, se licenció en el City College en 1929, ¡fíjate bien, 1929!, y nunca te dejaba en evidencia, siempre se expresaba con frases sencillas, pero luego te quedabas pensando en lo que había dicho. ¡Así es como tiene que hablar una persona con estudios! Y no como la mocosa esta que entra en la cocina a soltar sus palabros, sus frases sin pies ni cabeza...

Yo tenía diecisiete años y ella, cincuenta. Yo aún no había madurado como discutidora digna de tener en cuenta, pero me hacía respetar como contendiente y ella, naturalmente, le daba mil vueltas a cualquiera. Las reglas estaban puestas, y ninguna decepcionaba a la otra. Cada una picaba constantemente en el cebo que la otra le ponía delante. Nuestras broncas hacían saltar la pintura de las paredes, resquebrajarse el linóleo del suelo y temblar los cristales de las ventanas. Llegábamos casi a las manos y más de una vez nos acercamos a la catástrofe.

Una tarde de sábado estaba echada en el sofá mientras yo leía en una silla cercana. Distraídamente, me preguntó:

—¿Qué lees?

Distraídamente, le respondí:

—Una historia comparada del concepto de amor durante los últimos trescientos años.

Se me quedó mirando un momento.

—Eso es ridículo —dijo lentamente—. El amor es el amor. Es lo mismo en todas partes y en todas las épocas. ¿Qué hay que comparar?

—Eso no es cierto en absoluto —contraataqué—. No tienes ni idea de lo que hablas. Es solo un concepto, mamá. Eso es el amor. Solo un concepto. ¡Tú piensas que es una función del misterioso ser inmutable, pero no es así! Es más, no existe algo tal como el misterioso ser inmutable...

Bajó las piernas del sofá con tal velocidad que no las vi moverse. Cerró las manos en puños, entornó los ojos y vociferó:

—Yo a ti te mato. Víbora de mis entrañas, yo a ti te mato. ¿Cómo te atreves a hablarme así?

Entonces vino hacia mí. Era pequeña y fornida, como yo, pero me sacaba treinta años. Me levanté de la silla antes de que su brazo me rozase y eché a

correr y correr por el apartamento, disparada hacia el baño, que era la única habitación con pestillo. La mitad superior de la puerta del baño era un panel de cristal esmerilado. Llegó justo mientras yo echaba el pestillo y no le dio tiempo a frenar. Atravesó el cristal de un puñetazo para alcanzarme. Sangre, gritos, cristales rotos a ambos lados de la puerta. Esa tarde pensé: «Una de las dos va a morir a causa de este apego».

Agravando nuestras disputas, estimulando nuestra angustia y agrandando nuestra confusión estaba el sexo. Los chicos y yo, la virginidad y yo, sobrevivir a todo aquello y yo. Salvaguardar mi virtud era una preocupación primordial. Cualquier chico que traía a casa ponía nerviosa a mi madre. No podía evitar adelantarse en sus pensamientos hasta el inevitable momento en que el muchacho amenazaría su interés primordial. Pero sabía que el peligro venía no tanto de ellos como de mí. Con su inusitada fijación por el amor romántico, y su certeza de que las chicas de mi generación vivían con igual desdicha que las de la suya la pérdida de la virginidad antes del matrimonio, no obstante sabía que en mí se había desatado algo que nunca se había desatado en ella; que ella y yo no éramos en este caso aliadas en una causa común. Si llegaba a medianoche arrebolada, con la ropa y el cabello revueltos y feliz, ella me estaba esperando tras la puerta (saltaba de la cama tan pronto como oía la llave en la cerradura). Me atrapaba el brazo entre el dedo pulgar y el corazón y me interrogaba: «¿Qué te ha hecho? ¿Dónde?», como si estuviese interrogando a una colaboracionista.

Una vez, convencida de que me había acostado con un chico con el que estaba saliendo, me pellizcó el brazo hasta que se me pusieron los ojos en blanco de dolor.

—Te lo has beneficiado, ¿verdad? —me acusó con voz plana, acusadora y derrotada. Aquel era su eufemismo preferido para referirse a las relaciones sexuales—. Te lo has beneficiado, ¿verdad?

La frase siempre hacía mella en mí. La sentía en mis terminaciones nerviosas. El melodrama de la represión, la malicia de la pasividad, la ira por la ausencia de poder, todo estaba concentrado en aquellas palabras y lo supe desde la primera vez que las oí. Cuando las pronunciaba, nos enfrentábamos

la una a la otra en una tierra de nadie de dimensiones inciertas, pero inequívocas.

Nettie nos escuchaba con estupefacción y con evidente regocijo, convencida de que cada discusión sería que teníamos me iba acercando poco a poco hacia ella. Aquel año se hizo evidente que había empezado a competir con mamá por mi lealtad. Deseaba ejercer la influencia principal sobre mí. Lo que ella sabía sobre hombres y mujeres, sobre la vida y el mercado, sobre educación y el marido adecuado me sacaría de la zona de la clase obrera del Bronx y me llevaría a la zona de la clase media del Bronx. Todas las madres del vecindario sabían que el objetivo era ese —Selma Berkowitz fue la primera de la que nos enteramos que se operó la nariz porque su familia planeaba mudarse al Concourse<sup>[5]</sup> y conseguirle «un marido médico»— y Nettie pensaba que yo podía llegar más lejos que cualquiera de aquellas mujeres. ¿Mi madre? Mi madre era Anna Karenina. ¿Qué sabía ella de cómo maniobrar en el mundo real para que una chica se convirtiese en el mejor partido? Nada, absolutamente nada.

Nettie me apartaba el cabello de la cara, daba un paso atrás y me miraba con ojos críticos.

—Tus ojos son tu mejor baza —decía—. Lleva el pelo de forma que la gente se fije en él nada más verte.

Me estiraba la falda por la cadera y la blusa por los hombros.

—Tienes un tipo sexi —señalaba—. Lleva ropa sencilla. Sin perifollos.

Entornaba pensativa los ojos y añadía otro consejo sobre cómo debía conducirme para causar la mejor impresión. Estaba colocando un objeto en un espacio enmarcado. Así, me recordaba, era como se desenvolvía una mujer en el mundo. Se arreglaba y se presentaba, y lo que esperaba obtener de la vida venía determinado por ello. Nettie quería que memorizase cómo se conducía para que yo la mejorase. Esperaba no solo que la imitase, sino que también la superase.

Sabía que enseñarme a ser una seductora de hombres conllevaba un peligro, pero el peligro no era su campo. Su campo era prepararme para, entre las dos, sacarme el mayor partido posible en la vida. Huelga decir que si me convertía en la beldad del edificio corría el riesgo de ser violada y de quedarme embarazada, pero así eran las reglas del juego, ¿no? Una chica

tiene que ser *sensata*. Saber dar lo mínimo posible para conseguir lo máximo posible era algo que tenía que haber mamado de la teta materna. Mi virginidad daba igual. Tarde o temprano me acostaría con alguien, independientemente de lo que ella o quien fuese dijera. El problema sería, por supuesto, quedarme embarazada. Eso sí que sería un problema. Seguro que no necesitaba que me explicaran cómo evitarlo, ¿no? Era una chica lista, una universitaria. Ahora, veamos, el verde definitivamente es tu color.

Pero nada de esto arraigó en mí. Estaba en trance durante nuestras sesiones de feminidad. La forma que Nettie tenía de hablar de los hombres era emocionante (¡su desprecio estaba tan bien trabajado!) y me encantaba verla arreglarse, pero yo no lograba concentrarme en la tarea que tenía entre manos y su objetivo último seguía constituyendo para mí una abstracción. Yo quería que la ropa me quedara como a ella, pero no lo suficiente. Cuando estaba con ella, me quedaba embobada con el glamur de la costura, pero al alejarme volvía a caer en mis viejos y descuidados hábitos de vestir y no recordaba qué iba con qué y cómo combinarlo todo. Definitivamente, no era capaz de recordar que la forma de vestirme y comportarme eran las herramientas de aquel oficio, instrumentos de futuro provecho, un medio fundamental para lograr la imagen que traería a mi esfera de influencia al hombre que podía proporcionarme tanta vida y mundo como tenía derecho a esperar.

No es que dudase de la necesidad de cultivar mis encantos: ¿quién era yo para poner en duda lo que todo a mi alrededor parecía suscribir? ¿No era mi madre igual cuando me decía con cada aliento que exhalaba: «La vida es insoportable sin un hombre al lado»? ¿Y no me estaba diciendo Nettie en realidad: «Los hombres son un asco pero tienes que cazar a uno»? El mensaje no estaba abierto a interpretaciones, hasta un niño de tres años habría sido capaz de repetirlo: «Si no consigues un marido, eres tonta». «Si consigues uno y lo pierdes, eres inepta». Sabía, de modo inconsciente, que esta era una verdad innegociable. Pero era incapaz de prestarle atención. Yo era como una de esas chicas modernas de las novelas del siglo XIX: «Sí, sí, pero en este momento, no».

En aquel momento, había solo dos cosas que reclamaban mi interés: hablar de libros e ideas en la facultad y excitarme mientras me besaba con

Paul, Ralph o Marty en el portal, en los bancos del parque o en el asiento trasero de un coche. Criatura de experiencias inmediatas, no me sentía impelida por los beneficios potenciales de un futuro que no podía ver ni palpar. Pero insisto, ¿quién se veía impelido por ellos? Todas éramos criaturas de experiencias inmediatas, ninguna de nosotras postergaba la gratificación. Nettie *decía* que me estaba animando a sacarme partido para poder sacar buena tajada, pero de hecho era ella la que estaba enganchada a la práctica diaria de la seducción. Mi madre *decía* que necesitaba el amor para experimentar la vida en un plano superior, pero de hecho el luto por su amor perdido era el plano más alto de vida que ella había alcanzado. Todas nos entregábamos a nuestros placeres. Nettie quería seducir, mamá quería sufrir y yo quería leer. Ninguna de nosotras sabía cómo imponerse una disciplina que condujese a la consecución de una vida femenina ideal y corriente. Y, de hecho, ninguna de nosotras lo logró.

A pesar de todo, nunca nos libramos de la idea de una vida así y día a día, mes a mes y año tras año, nos sumíamos cada vez más en el conflicto. Era un hecho que cuanto más inseguras nos sentíamos, más superiores moralmente nos creíamos. Cada una de nosotras necesitaba sentirse especial, diferente, destinada a un fin superior. Divididas entre nosotras, nos negábamos el apoyo mutuo. En secreto, cada una identificaba en las otras un repertorio de rasgos indeseables de los cuales se mantenía apartada, como si la disociación equivaliese a la salvación.

—¡Gracias a Dios que no soy *así!* —se decía cada una a sí misma de las otras, al menos una vez al día. Pero la crítica no implicaba una mejora. No conseguíamos desprendernos ni de nuestras fantasías ni de nuestra rabia. Bajo una superficie intacta, cada una se consumía en silencio. Era dicha consunción lo que estaba acabando con nosotras. La disputa entre mamá y Nettie, cuando estalló, se extendió a la velocidad de un incendio forestal. Nacida de un calor subterráneo, ardió tan fuerte y tan rápido que en pocos segundos aniquiló todo: en ese suelo nada volvería a crecer.

Me cuesta recordar el momento en el que me di cuenta por primera vez de que el tono de cada una había comenzado a cambiar notablemente al hablar de la otra, pero un día mi madre dijo:

—A lo único que se dedica esa es a menear el culo por la acera. ¿Por qué

no se pone a trabajar? Es una vergüenza para las mujeres cómo se comporta.

Levanté la vista de la mesa de la cocina (yo estaba haciendo los deberes y ella, planchando). Había pronunciado esas mismas palabras con frecuencia pero, anteriormente, la dureza siempre había quedado diluida por una exasperación en su voz que denotaba afecto. Ahora el tono, al igual que sus palabras, era solo severo.

—Pues no trabaja —dije sin alterarme—. ¿Y qué? ¿Te parece mal que esté cobrando el desempleo?

—Lo que me parece mal no es que cobre. Es cómo se comporta con los hombres. Lo encuentro *asqueroso*.

—¿De verdad? Pues la mayoría de las mujeres envidia ese comportamiento. Les gustaría ser tan buenas como ella en eso.

—¡Yo me moriría antes que ser así con un hombre! —respondió mi madre. Las palabras le reventaban en la boca.

—¿En serio? —murmuré—. ¿Te morirías antes?

Apartó la vista de la tabla de planchar, volvió su rostro hacia mí y con la voz temblando de desprecio me soltó:

—Eres una niña, no sabes nada de la vida, nada.

De repente me sentí incómoda. ¿De qué estábamos hablando? Es decir, ¿de qué estábamos hablando *en realidad*? Siempre se había visto obligada a moderar sus críticas hacia Nettie. Ahora, cierta osadía la llevaba a dejar a un lado la contención. ¿Por qué? ¿Qué le daba tanta rabia? La luz de la tarde, siempre suave en la cocina, parecía debilitarse perceptiblemente, palidecer y atenuarse. Una frágil amenaza flotaba en el aire. Me estremecí y sentí ansiedad. La melancolía me asfixiaba.

Un día, por la misma época, Nettie y yo estábamos probándonos unos vestidos viejos que había rescatado del fondo del armario. Me puso un jersey ceñido y las dos nos dimos cuenta a la vez de lo femenino que se había vuelto mi cuerpo. Las manos de Nettie se unieron encantadas.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Estás espectacular! —Se empezó a reír como una niña traviesa—. Como lleves esto por la calle, a tu madre le da algo.

Yo también me reí, pero, por debajo de la risa, algo se activó. «Es cierto», pensé, «odiaría verme vestida así, lo consideraría una traición».

—Diría que vas hecha una zarrapastrosa —dijo Nettie—. Diría que

pareces yo.

Volví de golpe la cabeza hacia ella.

—Ella nunca ha dicho que vas hecha una zarrapastrosa.

—Igual no, pero lo piensa.

—¿Por qué dices eso?

—Anda, *venga*.

—Estás muy equivocada —le respondí—. Te quiere y se preocupa por ti.

—¿Igual que se preocupa por ti cuando te pellizca hasta que ves las estrellas? «¿Qué te ha hecho? ¿Dónde te lo ha hecho?».

Me puse roja y sentí que estaba siendo desleal.

—Tiene envidia —declaró Nettie con vehemencia—. Ahí tirada en el sofá, consumida, cinco años sin que la haya tocado un hombre. Sabes lo que se dice, ¿no? Si no lo usas, lo pierdes. Pues eso le pasa a tu madre. Quiere que yo también lo pierda. Y tú.

Lo que me descolocó no fueron las palabras. Ya las había oído antes, u otras parecidas. Fue la amargura de la voz de Nettie: inesperada y ácida. De nuevo la ansiedad flotaba en el aire, y de nuevo me sentí amenazada. Algo triste y desesperado bullía en el ambiente. Aquella congoja me dejó anestesiada. Sentía que la energía se evaporaba de mi cuerpo.

Una tarde de domingo a finales de otoño, estábamos las tres en la cocina. Nettie me estaba haciendo un peinado nuevo y mamá, en un insólito ramalazo de cocinera, estaba haciendo tortitas de patata. El ambiente entre nosotras era distendido. Sarah se había pasado una hora por casa y, como siempre, había traído unos jugosos cotilleos de la calle. Hoy había entrado por la puerta diciendo:

—La señora Kerner cada día está peor de la cabeza. Me acabo de cruzar con ella y ¿a que no sabéis qué me ha dicho?

Mamá aportó la transición retórica.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que el vello púbico le arde porque el vecino de abajo le envía radiaciones.

—¿Queeé? —exclamamos las tres al unísono.

A Nettie le entró tal ataque de risa que tuve que sujetarla para que no se cayese del banco.

—Dios mío; Dios mío. —Mamá sacudió la cabeza y se llevó una mano a la mejilla—. Está para que la encierren.

—¿En serio que dijo vello púbico? —pregunté. Sarah asintió—. ¿Y radiación? ¿Dijo radiación? —Sarah volvió a asentir—. ¿Lo veis? —declaré victoriosa—. Ya os decía yo que era una mujer *muy* inteligente.

Pues bien, un par de horas más tarde, todavía teníamos en la cabeza a la señora Kerner. Mamá levantó el borde de una tortita del aceite chisporroteante, echó un vistazo a la parte de abajo y anunció:

—Esa mujer no debería haberse quedado en casa. Tendría que haberse buscado un trabajo.

A mi lado, Nettie se puso rígida. Yo también me puse alerta. Aquellas palabras podían ser el preludeo a la clase de crítica velada que mamá emitía con frecuencia. Fingiendo estar hablando de otra cosa, soltaba un discurso, claramente dirigido a Nettie, sobre las virtudes de trabajar.

—¿Cómo iba a ponerse a trabajar —pregunté— si es incapaz de hacer nada?

—Si hubiera querido hacer algo, lo habría hecho. Querer es poder.

—¿Algo por lo que le pagaran? El señor Kerner dice que le deberían pagar por hacer que ella no salga de casa. —Sin previo aviso, había destilado un fragmento de sabiduría acerca del matrimonio—. Pensándolo bien, a él le pagan *justo* por eso. ¿Por qué otro motivo trabaja él si no es para que ella no salga de casa?

Nettie dejó escapar una risa breve. Aún no estaba segura de cuál era su postura en aquella discusión.

—Qué lista la niña —refunfuñó mi madre de manera ominosa—. Si ella trabajara, él no tendría que encerrarla en casa. No estaría mal de la cabeza y podría mandar al marido al carajo. ¿No se te ha pasado por la cabeza, sabelotodo? Me he dado cuenta de que, cuando una mujer no puede mandar a un hombre al carajo, con frecuencia acaba loca.

Nettie, llegada a este punto, estaba mirándose las uñas y sonriendo para sus adentros. Mamá se apartó inesperadamente de las tortitas. Vio la sonrisa.

—Tú crees que los mandas al carajo, ¿no? —dijo con suavidad.

Nettie y yo intercambiamos una mirada fugaz. Mamá percibió nuestra complicidad y se sintió excluida.

—Te crees más que nadie porque no trabajas, ¿verdad? —gritó—. ¿A que sí? Pues te voy a decir una cosa. ¿Sabes lo que van diciendo de ti por ahí?

—¡Mamá!

La cara lívida, los labios apretados, el pálpito de su cuello: mi madre luchaba por no perder los nervios. Demasiado tarde. La propia Nettie estaba lívida y se había levantado del banco.

—¿Qué dicen de mí por ahí? —preguntó con una peligrosa sonrisa en la voz.

—Dicen que...

—¡Mamá! ¡Para! ¡Para ya!

Nettie se dirigió a la puerta de la cocina. Yo la seguí. Mamá fue tras nosotras. Nettie salió a la entrada. Lo mismo hice yo. Mamá se interpuso entre las dos. Conciliadoramente, posó sus dedos sobre el brazo de Nettie. Nettie apartó los dedos de su brazo y, con una mano en el pomo de la puerta, siseó:

—Sabes que siempre le gusté.

Durante un instante que duró un siglo las tres permanecimos inmóviles, apiñadas en la diminuta entrada. Ninguna se inmutó. La boca se me abrió y no fui capaz de cerrarla. La mano de Nettie seguía descansando sobre el pomo. Los dedos de mamá acariciaron el aire. La luz de la tarde, llena de amenaza y ansiedad, cayó sobre nosotras desde la lejana ventana de la cocina.

«Se acostó con mi padre», pensé, y una emoción inmensa recorrió mi cuerpo.

—Putá —susurró mi madre—. Puta guarra. Sal de esta casa.

Nettie cerró de un portazo y mamá atravesó corriendo el apartamento. Se arrojó sobre el sofá y estalló en sollozos, en lágrimas desgarradas. Dividida entre la lástima y la fascinación, me dediqué a contemplarla durante todo el tiempo que permaneció allí tumbada. Se pasó horas llorando.

Meses más tarde, volvía a casa desde la facultad a las seis de la tarde. Cuando estaba a punto de meter la llave en la cerradura, la puerta de Nettie se abrió.

—Entra —me suplicó. Me quedé con la llave en la mano y los ojos puestos en ella. Podía oír a mi madre trajinando al otro lado de la puerta—.

Por favor —susurró Nettie de nuevo—. Solo será un segundo. No se enterará.

Tenía el rostro desencajado a causa del esfuerzo que le suponía suplicar. La llave estaba a un centímetro de la cerradura. No recuerdo lo que pensé, pero recuerdo lo que sentí: «Si entro ahí con ella, estoy traicionando a mamá; si no, estoy renunciando al sexo». Entré.

Era tan joven. No tenía ni idea de que traicionar a mamá no garantizaba que no renunciaría al sexo.

—¿Por qué no eres capaz de encontrar a un buen hombre que te haga feliz? —me pregunta mi madre—. Alguien bueno y sencillo. Ni un intelectual ni un filósofo.

Bajamos caminando por la Novena Avenida después de un concierto matinal en el Lincoln Center. Extiende una mano con la palma boca arriba.

—¿Por qué eliges a un *shlemiel*<sup>[6]</sup> tras otro? Dime, ¿lo haces aposta para fastidiarme? ¿O qué pasa?

—Por Dios, mamá —respondo débilmente—. Yo no «elijo» a los hombres. Simplemente estoy aquí, en el mundo. Las cosas pasan, nace una atracción y reaccionas ante ella. A veces, en algún lugar recóndito de la mente, durante una fracción de segundo, piensas: «¿Esto podría ir a más? ¿Es posible que llegue a intimar con este hombre? ¿Que se convierta en mi pareja?». Pero la mayor parte del tiempo apartas ese pensamiento porque esta es nuestra *vida*, mamá. Líos. Aventuras. Pasiones que siguen su curso. Incluso cuando incluyen casarse.

Sabe que tengo todas las de perder, así que se lanza:

—Pero ¿un alcohólico? —pregunta.

—Un exalcohólico, mamá.

—Alcohólico, exalcohólico, lo mismo da.

—¡Mamá! Lleva cuatro años sin probar una gota.

—También lleva dos semanas sin llamarte.

Marilyn Kerner me había dicho casi lo mismo. Marilyn (nunca se casó), que ahora tiene cuarenta y seis años, es abogada y vive en el Upper West Side, sigue siendo una voz censora en mi vida. Cuando no deseo el consuelo fácil de la cultura terapéutica, sino la apreciación implacable de la abanderada

del Bronx, llamo a Marilyn. En el vocabulario de Marilyn no tienen cabida los eufemismos. Prepárate para un análisis que te va a dejar KO o no llames a Marilyn. Pero la había llamado para invitarla a opinar sobre mi arrebató más reciente y ella también me había dicho:

—¿Un exalcohólico? No suena muy prometedor.

—Pero Marilyn —protesté—, si es justo lo contrario. Ya ha pasado por ello. Se ha sentido tan impotente como una mujer. Ha adquirido experiencia. Créeme. Este hombre está extraordinariamente desprotegido. La amistad entre nosotros ha sido maravillosa: con cada palabra, cada gesto, cada comportamiento, me ha dicho: «Soy tan vulnerable a esto como tú, tan sensible a tus miedos e inseguridades como a los míos».

—Pues con los suyos no ha sido muy sensible —respondió Marilyn—. Se ha pasado quince años macerando en alcohol.

—Ahora es otro —repliqué—. Por Dios, ¿es que nadie se merece una segunda oportunidad en el Bronx?

—No es eso —apostilló Marilyn—. Es que si eres del Bronx, no pasas por alto lo que es evidente. No te lo puedes permitir.

Ahora, por supuesto, la evidencia juega en mi contra. Este hombre y yo nos conocimos en un congreso de periodismo. El deseo prendió rápido y la felicidad nos cogió por sorpresa. Pasamos juntos un mes. Luego nos separamos, yo había vuelto a Nueva York y él, al Medio Oeste para completar un encargo. Planeamos reencontrarnos seis semanas después en Nueva York, y que él me llamaría en cuanto yo llegara a casa. Ya han pasado dos semanas: ninguna llamada. Se desplaza de un sitio a otro. No tengo manera de contactar con él. Han sido dos semanas de tristeza acumulada. Es lo primero en lo que pienso nada más despertarme, y lo último antes de irme a la cama. Duermo tan mal que muchas veces me despierto en mitad de la noche, me pongo a recordar y el dolor me ciega. A estas alturas, no soy un personaje de un relato de Doris Lessing, soy un relato de Doris Lessing. El mundo es un espacio acotado lleno de obsesiones. Recorro su extensión con aire lúgubre y los ojos fijos, una mujer moderna condenada a saber que la experiencia del amor se volverá a reproducir repetidamente a una escala cada vez menor, pero siempre con un complemento íntegro de fiebre y náusea, intensidad y negación.

Entretanto, mientras caminamos, la ciudad nos devuelve una versión callejera del drama con el que estoy lidiando. Estamos en la zona del mercado italiano. Nos rodean hombres ocupados en la faena de entregar pedidos de carne, verduras y otros productos. Pero en Nueva York nada se separa, así que las vidas de las personas también se entregan por la calle. Un hombre de pie frente a una cabina telefónica la emprende a patadas contra ella como un loco mientras grita al aparato: «¡Te he dicho que voy! ¿No te he dicho ya que voy? ¿Por qué no dejas de preguntarme si voy?». En la esquina, tres chicas de instituto, maquilladas a rabiar y vestidas con ropa de imitación de alta costura, caminan haciendo piña entre ellas. Cuando pasamos a su lado, una le está diciendo a las otras dos: «Y yo le dije: “Tony, no te me acerques *tanto*, no me gustan los hombres que se me acercan tanto”».

Mi madre y yo escuchamos con atención al hombre de la cabina y a la chica de la esquina. Caminamos dos manzanas sin decir palabra. De pronto, mi madre me mira de reojo y dice:

—¿Sabes qué dicen los rusos?

Le digo que no, que no sé que dicen los rusos. Dice una frase en ruso y traduce:

—Si quieres montar en trineo, tienes que estar dispuesto a arrastrarlo.

A las dos nos entra la risa y cuando llego a casa me siento depurada.

Suena el teléfono nada más entrar en mi apartamento. Es Marilyn.

—¿Te ha llamado?

—No.

—Bueno... —comienza a decir.

—Le he escrito una carta —le digo.

—¿Una carta? ¿Para qué?

—Primero, para poner fin a esta pasividad. Esta espera inútil es horrible. Y también porque quiero que sepa lo que pienso de todo esto. Debo decir que lo que he escrito es brillante.

—¿Sí? —recela Marilyn.

—Sí —le contesto. Procuro obviar el tono circunspecto de su voz—. ¿Quieres oírlo? Recuerdo partes enteras.

—Vale.

—Pues bueno, he empezado diciéndole que aunque me ha dolido mucho

que sus sentimientos no hayan durado más de diez minutos en el mundo real, puedo asumirlo y vivir con ello. Pero que lo que no asumo es que nos haya hecho volver a caer en la crueldad de la desfasada dinámica hombre-mujer, convirtiéndome en una mujer que espera una llamada que nunca llega y a él en un hombre que debe evitar a la mujer que espera. Le he dicho que pensaba que éramos amigos con un interés mutuo en ser personas civilizadas, personas en las que se podía confiar aunque estuviesen enamoradas.

—Está bien —opina Marilyn con reserva—, pero que muy bien.

—Ahora viene la parte brillante. Le he preguntado cómo es posible que no haya sido capaz de ponerse en mi lugar, de imaginar el dolor y la aprensión que he sentido, de no experimentar la necesidad de coger el teléfono aunque solo fuera para decir: «Mira, no quiero seguir con esto». Que ha sido concretamente *eso* lo que me ha parecido ofensivo, incluso aterrador. Escucha bien. Le escribí: «Ese fracaso de la imaginación compasiva, cuando se da entre dos personas que han intimado, se me asemeja a un desastre natural. Me invade de asombro y temor. El mundo parece entonces un lugar salvaje, sin esperanza de tierna estima». ¿No me ha quedado genial?

Silencio. Un largo e inesperado silencio. Después, Marilyn suspira.

—Eres igualita a tu madre —dice.

—¿Cómo? —chillo—. ¿A qué viene eso?

—Sigues eligiendo a tipos marginales como este, idealizándolos y luego no te entra en la cabeza que no sepan a lo que están. Te asombra que te hagan esto *a ti*. ¿No se dan cuenta de que deberías ser tú la que los dejara a ellos, no ellos a ti? Y luego actúas con superioridad.

—¿Y en qué se parece eso a mi madre?

—Tu madre idealizó un matrimonio y cuando este *la* dejó... Rellena tú el espacio en blanco.

Mi hermano se marchó de casa nada más acabar la carrera y Nettie no cruzaba el umbral de nuestra puerta. Estábamos solas en el apartamento mamá y yo, como siempre había supuesto que acabaríamos. Se echaba sobre el sofá y se quedaba mirando al vacío. Yo me asomaba por la ventana. Su mirada era impávida, silenciosa, acusadora. Nada la perturbaba. Yo me

sentaba en la habitación, decía lo que se me pasaba por la cabeza y no sucedía nada, absolutamente nada. Era como si no hubiera hablado. Su rechazo era poderoso. Me hipnotizaba, me intimidaba hasta lograr mi sumisión.

Incapaz de obtener lo que esperaba de la vida, lo que pensaba que le hacía falta, lo que sentía que le era debido, mi madre desapareció bajo un manto de infelicidad. Bajo este manto se sentía frágil, inválida y digna de lástima. Cuando se le decía que su incesante melancolía resultaba oprimente para los que estábamos obligados a presenciarla, se quedaba sorprendida. Su boca y sus ojos centelleaban con resquemor y decía: «No puedo evitarlo. Así es como me siento. Solo puedo actuar según lo que siento». En secreto, consideraba su estado de depresión como una muestra de sensibilidad, de que poseía sentimientos más intensos y un espíritu refinado. No se hacía a la idea de que su comportamiento afectase a los demás para mal, y la noción de que existe cierto nivel de interacción social por debajo del cual no está permitido caer le resultaba ajena. Era incapaz de ver que su infelicidad persistente constituía una acusación y una crítica. «Tú», decía con cada suspiro de resentimiento, «tú no eres la adecuada. Tú no puedes proporcionar consuelo, ni placer ni mejora. Pero tú eres mi máspreciado tesoro. La tarea que te ha sido encomendada es la de entender, tu destino es vivir sabiendo que no bastas para sanar mi vida de sus carencias».

Ante tal voluntad superior, yo me perdí por completo. La trampa, evidentemente, es que ella no podía recibir. No quería nada; yo lo quería todo, lo que fuese. Yo me enfurecía y le recriminaba («¡Brilla el sol! ¡Es un pecado quedarse aquí dentro!»), pero en mi interior me estaba volviendo apática y aborregada, aletargada y atontada.

Fijadas a nuestra ventana había unas anticuadas barandillas hechas de tiras de latón con los bordes enroscados que sobresalían resueltamente hacia el aire de la calle, abombándose para formar una especie de falso balcón. Llevaban ahí desde que llegamos y seguirían ahí cuando nos fuésemos, pero yo no poseía la suficiente noción histórica para ver el asunto bajo esa perspectiva y me devanaba la cabeza preguntándome por qué no las habían quitado ahora que mi hermano y yo ya no éramos niños, sin detenerme a pensar que seguía haciendo un uso excelente de ellas.

Los fines de semana me pasaba horas y horas asomada a la ventana del

salón, apoyada con todo mi peso sobre la curva interior de la barandilla, de espaldas a la habitación, con mi madre echada sobre el sofá detrás de mí. Era muy parecido a cuando me sentaba de noche sobre el alféizar de la ventana al otro extremo de la sala con las piernas apoyadas en la escalera de incendios, aunque había una diferencia esencial entre las dos maneras de sentarse. Por las noches, sobre la escalera de incendios, fantaseaba por todo lo alto asomada al mundo. Durante el día, apoyada en la barandilla, me convertía en la princesa de la torre, una prisionera que ansiaba la calle bajo sus pies y mi sensación de aislamiento se volvía abrumadora. Miraba a gente que conocía (niños que jugaban, amigos que se reían, parejas que iban de paseo), como desde una distancia inconmensurable hacia una forma de vida ajena a mí y permanentemente fuera de mi alcance. Ser la mitad de una comunicación humana cualquiera en el ilimitado mundo exterior parecía, durante las horas que pasaba asomada a la ventana, impensable. Esto es, inimaginable.

Lo imaginable siempre había resultado problemático. Cuando era una niña, el aspecto de las cosas me invadía: profundo, estrecho, intenso. La mugre de la calle, el aire blanqueado de la farmacia, las vetas del suelo de madera de la biblioteca a pie de calle, las barras de queso en la nevera de la tienda de alimentación. Me tomaba todo tan en serio, de un modo tan literal. Carecía de imaginación. Prestaba una especie de necio interés al aspecto y al tacto de las cosas, dirigiendo una intensa mirada interior hacia el rostro prototípico del mundo. Aquellas calles eran todas las calles, aquellos edificios eran todos los edificios, aquellas mujeres y hombres, todas las mujeres y todos los hombres. No podía imaginar otra cosa que lo que tenía enfrente.

La literalidad de las emociones de aquella niña continuó ejerciendo su influencia, como si al sistema nervioso le hubieran administrado un *shock* y el flujo de imaginación se hubiese detenido.

Podía sentir con intensidad, pero era incapaz de imaginar. El granito gris de la calle, el amarillo del queso de la tienda y el melancólico tono parduzco de los edificios seguían estando allí, solo que ahora se trataba de la mujer del sofá, de la chica asomada a la ventana, del confinamiento que nos ponía coto y que yo contemplaba con la misma intensidad interior que siempre había expulsado a la fuerza la posibilidad y la incertidumbre. Pasarían años antes de

aprender que aquel extraordinario enfoque, aquel énfasis excluyente, también recibía el nombre de depresión.

Miraba por la ventana como si se tratase de una estampa mágica, la vacuidad granulada del aire detrás de mí se suspendía como un peso muerto, arrastrándonos a las dos a la profundidad de todos los años que habían sido o que serían. Nos convertimos, mi madre y yo, en mujeres condicionadas por la pérdida, desconcertadas por la lasitud, unidas en la pena y la rabia. Tras Hiroshima se hallaron cadáveres de personas que en el momento de morir llevaban puestos kimonos estampados. La bomba había deshecho la tela sobre aquellos cuerpos, pero el diseño de los kimonos había permanecido impreso sobre su piel. Años más tarde, llegué a considerar que la honda y abúlica pasividad de aquella época se había convertido en el diseño marcado a fuego en mi piel, mientras que el tejido de mi propia experiencia se había fundido hasta desaparecer.

Comencé a irme de casa a los diecinueve años y seguí yéndome hasta que me casé en el salón a los veinticuatro años, en un ruidoso acto de fe que anunció que el hecho se había completado. Mi marido era bajo (de mi altura), rubio («de aspecto insignificante», como dijo mi madre) y extranjero (no sabía hablar mi idioma). Nos unió una mutua pasión por las artes, pero él era un pintor visionario y en mí la literatura había despertado la capacidad crítica. Él era callado y yo era todo palabras. En él la represión era demoníaca; en mí, explosiva. La mayor parte del tiempo lo pasaba dándole vueltas a la cabeza y un par de veces al año se emborrachaba hasta quedar inconsciente. Yo permanecía sobria y una lengua afilada era mi inseparable compañía. Todas las diferencias eran negociables excepto una: yo hablaba mejor que él y empleaba las palabras como arma. Aquello nos desequilibró irremediabilmente. Nada más abrir la boca el poder era mío: tenía la facultad de rebanar, cortar y trinchar; de arremeter, machacar y hostigar. Él estaba indefenso ante aquel sorprendente asedio. En gran medida, así debía de ser como quería yo que fuesen las cosas, aunque no cabe duda de que en aquel entonces no era capaz de ver esta simple realidad que me empujaba en todas mis relaciones con los hombres. El recorrido que me había llevado hasta

aquel hombre y aquel matrimonio no era difícil de reconstruir (cualquier niño asiduo a la consulta de un psicólogo podía haber ofrecido una descripción creíble del terreno psicológico), pero yo permanecía en la inopia y con los pies varios metros por encima del suelo.

Una mujer del movimiento dijo una vez: «Todas éramos estrellas o *groupies*». Por *groupies* se refería a las mujeres que flotaban en torno a la órbita de los hombres corrientes con los que se habían casado y a los que seguían unidas. Por estrellas se refería al resto de nosotras: las que nos sublevábamos y pateábamos contra el destino impuesto y no podíamos procurarnos un matrimonio decente ni apartarnos totalmente de él. Recuerdo comenzar el doctorado en Berkeley y hacer frente por primera vez a las dos clases de mujeres que conformaban ese modelo. Más tarde me di cuenta de que todo estaba ahí, en aquel estrecho mundillo: las relaciones entre los sexos como nunca más las vería.

El departamento de Inglés de Berkeley era en sí un modelo de las relaciones humanas existentes. Estaban los que detentaban el poder: los catedráticos brillantes y célebres; y los que lo ansiaban: los jóvenes brillantes dispuestos a convertirse en el discípulo, el protegido, el hijo y el compañero intelectual. Juntos, profesor y protegido, formaban eslabones entrelazados en la cadena del amiguismo que aseguraba la continuidad de la empresa a la que se entregaban: la literatura inglesa en la universidad.

Codo a codo con los hombres jóvenes se hallaban las estudiantes femeninas. La mayoría provenía del Medio Oeste, llevaba vestidos de cuello babero, permanecía callada y el tercer año se emparejaba con uno de los jóvenes prometedores. Muchas de estas mujeres brillaban con luz propia: una escribía poesía intelectual, la otra psicoanalizaba a Henry James, una tercera reinterpretaba el poema «La Reina Hada». Era interesante observar cómo los miembros del departamento hablaban de una de estas mujeres una vez que se convertía en la mitad de la futura pareja de académicos. Antes nadie la mencionaba. Ahora se referían a ella en tono callado, como si los interlocutores se encontrasen en una habitación de hospital y hablasen de un enfermo, e irremediamente una acababa oyéndolos decir: «Pobre Joan. Tiene mucho talento, sí. Por supuesto, cómo no va a casarse con Mark, que al fin y al cabo es brillante y le ofrecerá la única vida digna de ser vivida, pero

¡lo que podría haber conseguido!». La mezcla de ritual y alivio en la voz del hablante era al mismo tiempo peculiar y palpable.

Luego estaba el resto de estudiantes femeninas. Intensas de un modo completamente distinto. Atrevidas, difíciles, «agitanadas» (es decir, judías de Nueva York), con una inteligencia desarrollada y no sutil, una sensibilidad agresiva y no recatada, unos modales sorprendentes por su excesiva franqueza, sin gracia ni modestia, desconcertantes. Estas mujeres no se enamoraban de Mark, que se sentaba a su lado en Introducción a la Literatura Medieval. Estudiaban con él, debatían con él, a veces hasta se acostaban con él, pero no se casaban con él. Ni él con ellas. Para Mark estas mujeres eran exóticas, un estímulo temporal que uno se concedía antes de entregarse de lleno a la vida real. Para las mujeres, Mark era un zángano con ambiciones, listo pero precavido, deseoso de adoración sin discusiones. En suma, estos jóvenes deseosos se temían, se despreciaban y se inspiraban los unos a los otros. En su fuero interno, creo, la mayoría de ellos anhelaba establecer vínculos. Pero el secreto quedaba bien guardado.

Los hombres eran capaces de convertir la ansiedad en una identidad prefabricada. Obtenían su doctorado, se casaban con Joan y emprendían la senda cuidadosamente diseñada que se les había asignado. Las mujeres no tenían tanta suerte. ¿Con quién podían identificarse? ¿Hacia dónde debían ir? En Berkeley yo sabía adonde iban. Se liaban con profesores casados, activistas negros, matemáticos antisociales... o salían por los bares que había al otro lado de la avenida Shattuck (la barrera social de Berkeley), donde encontraban aventureros en lugar de estudiantes de doctorado: camareros, pintores, nómadas de aire lírico, pescadores que volvían de Alaska, cultivadores de maría venidos de Oregón. Sus vidas estaban fracturadas. De día vivían inmersas en la poesía renacentista y la actividad del departamento de Lengua, y de noche se acostaban con hombres que cruzaban la avenida Shattuck con un visado de veinticuatro horas. Las aventuras sexuales eran un acontecimiento que solo muy de vez en cuando se convertía en experiencia. De algún modo importante aquellas mujeres permanecían tan inocentes frente a la vida, frente a sus propias vidas, como Mark y Joan, que dejaban pasar los años en uno u otro remoto campus universitario.

Huelga decir entre qué grupo hallé mi difícil acomodo. Había llegado a

Berkeley arrastrando una lista de apegos «inadecuados». Yo ya sabía que tenía problemas irresolubles con los Marks de este mundo, problemas que yo pensaba que tenían su origen en las inseguridades de ellos, en sus miedos, en sus mecanismos de defensa. Yo estaba preparada. Eran ellos los que no deseaban una esposa que les replicase, ellos los que tenían miedo de una mujer como yo. El desprecio se destilaba en aquellas palabras: «miedo a una mujer como yo». Dicho miedo era ruin, bajo, enfermizo, vil y rastrero. Un hombre temeroso de una mujer como yo merecía la clase de reprimenda que lo dejaba paralizado de cintura para abajo.

Yo no salía por los bares del otro lado de la avenida Shattuck, pero bastante a menudo me las arreglaba para encontrar hombres con esa combinación de vulnerabilidad y fortaleza necesaria para desprender atractivo sexual. Nunca alcanzaba, claro está, la satisfacción plena. En esas relaciones siempre había algo que no funcionaba. Mary McCarthy había escrito acerca de los hombres de los que sus esposas en la ficción se había enamorado: si eran inteligentes, resultaban poco agradados; si eran viriles, resultaban estúpidos. Dicha ecuación la interpretábamos, tanto yo como muchas de mis amigas, como un conocimiento ganado a pulso. Citábamos a McCarthy entre nosotras en tono triunfal. Su elegante prosa elevaba nuestra condición desde el nivel de la queja hasta el de verdad inmutable.

Lo que no asimilaba era lo siguiente: en cada uno de aquellos encuentros un ineludible elemento de control recaía sobre mí. Si un hombre era bajo o estúpido o inculto o extranjero, me sentía lo suficientemente superior como para arriesgarme a abrirme a la ternura. Podía sentirme incómoda en el ámbito social, pero me hallaba liberada. El amor era una ciénaga de proporciones apabullantes. Se extendió a sus anchas una vez que dejé atrás el firme terreno de la mísera y bendita soledad. Acostarse con un hombre significaba comenzar a ahogarse en la necesidad. Un contrapeso era absolutamente, no relativamente, sino absolutamente necesario.

Stefan no era estúpido ni inculto, pero era bajito, extranjero y artista. Se devanaba los sesos intentando buscar las palabras, no hablaba mi idioma con fluidez y yo no podía evaluar su obra aunque sí podía ser escéptica sobre ella. También era un católico no practicante dotado de un celo misionero para la pintura que apelaba con fuerza a mi fervoroso moralismo. Esto inclinó la

balanza hacia el matrimonio. Nos conocimos una noche en una fiesta en North Beach, no muy lejos de la escuela de arte donde él estudiaba, e inmediatamente comenzamos a debatir sobre el sentido del Arte, el privilegio de tener la oportunidad de dedicarnos a él, la promesa y la gloria, el sentido y la trascendencia. La conversación nos fascinaba. Quedábamos una y otra vez para volver a escuchar salir de nuestras bocas las palabras mágicas. Muy pronto comencé a imaginar una vida juntos, intensa y de principios elevados, entregada a la idea de la Gran Obra.

¿Y él? ¿Qué buscaba él en mí? Lo mismo, precisamente lo mismo. Yo, en apariencia, encajaba perfectamente en el panorama de vida que imaginaba para él. Yo estudiaba mi doctorado en Literatura: eso era bueno. Era una judía extremadamente moralista: eso era aún mejor. Rendía culto a la religión del arte: eso era lo mejor de todo. Nos decíamos mutuamente que con la estabilidad de una vida en común ambos nos entregaríamos a la gran obra que sabíamos que estábamos destinados a crear. Era un matrimonio nacido del fantaseo espiritual. No nos deseábamos el uno al otro, ni química ni románticamente. La desgracia que tenía que ser vivida antes de aquel sencillo conocimiento era nuestra.

Llamé a casa y anuncié que me casaba. Al otro lado de la línea mi madre se quedó muda. Cuando recobró el habla fue para maldecirme por meterle en casa un gentil. «¡Pero mamá, si somos comunistas!». Se calmó y me preguntó cuándo iba a volver a Nueva York y qué clase de boda quería. «Casera», le respondí riéndome. «Gracias, mamá».

Regresé y me abrazó con fuerza y enfadada. Lo *intentó*, pero le hervía la sangre, por qué, creo que apenas lo sabía..., ah, sí, iba a casarme con un gentil. Yo estaba eufórica. Comencé a sentirme asediada. Ahora tenía aún más ganas de casarme con Stefan, creía, de las que jamás tendría de ninguna otra cosa en el mundo. Debía luchar por la integridad del amor al que mi madre se oponía, luchar a muerte contra ella. Pero todos los días a las doce del mediodía me invadía una oleada de náusea y el caos golpeaba dentro de mi cabeza. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me casaba? ¿Por qué me casaba con él? ¿Quién era él? Iba a presentarme ante un juez y hacer un juramento, iba a llamar «marido» a ese hombre, adoptar su apellido... Sentía que me hundía... «No le des más vueltas, ya es tarde, ya es demasiado tarde. Si esta

vez gana ella, la que estará perdida serás tú».

La víspera de la boda una actividad frenética invadió nuestra cocina. Todo el mundo echó una mano: Sarah, la señora Zimmerman, Marilyn y su madre limpiaban, cocinaban, reían, hablaban... Cuando vuelvo a recordarlo, me doy cuenta de que la única diversión espontánea sucedió el día antes, en la cocina, mientras preparábamos el festejo. Es decir, *ellas*, las demás, se lo pasaron bien. Ni mamá ni yo lo hicimos. El rostro de mamá era una máscara de tensión. Trabajó mucho y bien, ayudó a todo el mundo, respondió a las preguntas de todos, pero una nube de depresión la rodeaba. La presencia viva y cálida de mi madre había desaparecido. En su lugar, estaba aquella lejanía que posaba como ella. Su ansiedad me resultaba insoportable. Me sacaba de quicio. Necesitaba que reaccionase, que estuviese a mi lado. Lo *necesitaba*. Al no recibir lo que necesitaba, caí en un estado de ansiedad que me dejó casi muda. Enferma de miedo y pánico, daba vueltas por la sala sonriendo débilmente: esforzándome al *máximo*, pensaba. Nos convertimos en dos actrices enfrentadas en la cocina. Las demás mujeres pusieron tierra de por medio, dirigiéndose a nosotras con cuidado, como se hace con las personas desequilibradas en potencia. Enfurecida pensé: «Esta zorra nos está aguando la fiesta». Pero entonces me di cuenta de que la conversación de las demás era tan desenfadada y escandalosamente vulgar como siempre. Solo yo estaba hecha polvo. Solo yo reaccionaba ante la miserable pena de mamá con una aún más miserable.

A última hora de la tarde se nos acabaron el azúcar y la harina. Mamá se quitó el delantal y dijo que necesitaba tomar un poco el aire y que bajaba a comprar. No podía perderla de vista. «Te acompaño», le dije. Mi madre asintió sin palabras, como si no hubiera esperado otra cosa.

Salimos de casa y caminamos trabajosamente por la manzana de edificios. Estábamos a finales de agosto. Yo llevaba un vestido ligero del verano anterior. El dobladillo se me había descosido aquella misma mañana y lo había sujetado con alfileres. En aquel momento, mientras caminábamos, una brisa ligera agitó mi vestido, dejando a la vista los alfileres. Mi madre dijo bruscamente:

—¿Qué es eso?

Seguí su mirada.

—Esta mañana se me descosió el dobladillo. —Me encogí de hombros—. No encontraba el costurero.

Justo en aquel lugar y en aquel momento, en plena calle, a mitad de camino entre nuestra casa y la tienda, perdió la cabeza.

—¡Das *asco*! —me gritó—. ¡Asco! Mírate bien, mírate. ¡Eres un desastre! ¡Eso es lo que eres! ¡Un desastre! ¿Cuándo aprenderás? ¿Crees que aprenderás alguna vez? Porque yo creo que no.

La gente comenzó a volverse, pero ella no se daba cuenta. De repente, se echó a temblar. Su piel perdió el color. Apretó su cara contra la mía.

—Nunca se casará contigo —siseó.

El pecho se me partió en dos y un dolor y una agitación rabiosa y asustada corrieron velozmente hasta el espacio que se había abierto. Estaba celosa, Dios mío, estaba celosa. No era solo porque me casaba, era porque ese glamuroso gentil me estaba abriendo las puertas al mundo. Podía verlo en sus ojos. Nos quedamos ahí clavadas, inmóviles. Sentí que mi rostro se ponía tan ceniciento como el suyo. Sin intercambiar ni una palabra más, nos separamos la una de la otra y proseguimos el camino a la tienda.

Desde la tarta a la música y a la ropa, toda la boda fue casera. Apartamos los muebles en los dormitorios, abrimos las puertas de cristal que separaban las dos habitaciones centrales, pusimos una mesa con comida en un extremo y a un amigo que tocaba el acordeón en el otro y, en el centro, un tropel de gente comió, bebió y bailó, gritando de alegría y disfrutando de la ceremonia. Rápidamente, el ambiente generó calidez, intimidad y afecto filial. Los únicos desconocidos en la boda éramos Stefan y yo. Permanecimos juntos dentro de una isla en mitad del salón. En esta isla cada uno de nosotros se encontraba solo. Él no tenía a ningún amigo a la vista y las conversaciones en *yiddish* le hacían sentirse terriblemente incómodo. Yo tenía a una amiga a la vista, pero la tensión en el rostro de Stefan me separaba de los míos. Lo que nos había atraído y llevado hasta ese momento se había convertido de repente en una abstracción desesperada. No éramos capaces de participar ni de contrarrestar el poder del ritual heredado que se representaba en nuestro honor. Para completar mi aislamiento, estaba la imagen de mamá en movimiento continuo, sirviendo comida, en su boca una sonrisa fija, la mano extendida hacia arriba rechazando felicitaciones.

Stefan y yo regresamos a California y nos dispusimos a convertir en un hogar un piso de cinco habitaciones en North Beach. El lugar estaba hecho una ruina (paredes derruidas, techos desconchados, suelos rotos), pero las habitaciones eran proporcionadas y la luz transformadora, y creo que pensamos que al final de aquel proyecto acabaríamos siendo un matrimonio de verdad. Nos pusimos a trabajar poniendo en ello nuestros corazones, primero aligerados por la perspectiva de la tarea que teníamos ante nosotros, después cada vez más pesados mientras noche tras noche, día tras día, intentábamos negociar la terrorífica realidad a la que un impulso errante nos había unido. Por vez primera comprobamos lo ajenos que éramos el uno al otro. Yo no tenía ni una pizca de espíritu bohemio en mi cuerpo y él no tenía ni una de conformismo. Yo no soportaba la incoherencia en mi entorno físico, él no soportaba una habitación que pareciera acabada. Yo apreciaba la claridad de pensamiento, a él le atraían las revelaciones místicas. Cada día nos traía largos momentos de desdicha de los que tardábamos horas en recuperarnos. Cada noche nos llevábamos a la cama nuestra confusión, nuestro anhelo, nuestra intensidad paralizante. Solo en contadas ocasiones nos brindaron alivio nuestros cuerpos, y solo durante apenas una hora. Fue mi primera experiencia de amor sexual como método de catarsis, en la que una se despierta tan sola a la mañana siguiente como se había acostado la noche anterior.

El apartamento en general era amplio, pero cada una de las habitaciones resultaba relativamente pequeña. El problema principal lo constituía el taller de Stefan. Cuando nos casamos habíamos acordado que, para consolidar nuestra vida juntos y ahorrar dinero, él dejaría el espacioso sótano en el que había estado viviendo e instalaría su taller en el apartamento. Una habitación con apariencia de torre rodeada de ventanas y situada en la parte más alejada del apartamento nos había parecido ideal. Ahora, de pronto, nos dábamos cuenta del poco espacio de suelo que albergaba el cuarto de la torre. Bueno, ya nos ocuparíamos de ello llegado el momento. Mientras tanto, decidimos que empezaríamos por la cocina, que estaba justo junto a la puerta principal, y que iríamos avanzando poco a poco. Aquello, dije yo, era lo lógico. Sí, convino Stefan, aquello *era* lo lógico. Cuando vuelvo a recordarlo, lo veo

claro: habitación por habitación, le hicimos hueco a la distancia, medimos la deriva y pusimos en práctica la pérdida.

Se trataba de una enorme cocina profesional de las de antes, con tres ventanales, un fregadero amplio y poco profundo instalado sobre una encimera de madera y un banco y una mesa de obra. Enlucimos las paredes, pintamos y colocamos linóleo. Cuando la habitación quedó terminada y la mesa y el banco relucían de blanco, Stefan pintó una cenefa naranja alrededor del borde de la mesa. Aquel naranja. En los días más dolorosos aquel naranja, intenso y brillante, me animaba el corazón y me renovaba el espíritu. A menudo, cuando me acuerdo del apartamento, es la cenefa naranja que rodeaba la mesa de la cocina lo primero que veo. Luego la oscuridad llega y lo envuelve todo.

Fue en la cocina donde empecé a comprender el significado de la palabra «esposa». Ahí estábamos, una pareja de veinticuatro años: un día éramos una estudiante de doctorado y un artista, y al día siguiente éramos marido y mujer. Antes siempre habíamos puesto juntos sobre la mesa las rudimentarias comidas que tomábamos. Ahora, de pronto, Stefan estaba cada noche en su taller, dibujando o leyendo y yo estaba en la cocina, esforzándome por preparar y servir una comida que ambos pensábamos que debía ser adecuada. Recuerdo pasarme hora y media preparando algún espantoso plato de cuchara sacado de una revista femenina para terminar engulléndolo los dos en diez minutos, pasarme después una hora limpiando los cacharros y quedarme mirando el fregadero, pensando; «¿Será esto así durante los siguientes cuarenta años?».

Descubrí que me horrorizaba cocinar: no podía asimilar su valor social, le daba vueltas sin parar a por qué me tocaba a mí proporcionar aquel servicio que ambos requeríamos por igual y seguí siendo obstinadamente inepta durante mucho más tiempo del necesario. Pero una mañana, tres meses después de nuestra boda, Stefan me dijo: «Haces un café asqueroso», y me quedé destrozada. A ninguno de los dos nos había preocupado antes la calidad del café o dónde conseguirlo, bueno o no. Ahora, de repente, la mala calidad del café que bebíamos era deficiencia mía. Dispuesta a corregir aquel error señalado, fui hasta un café italiano calle abajo y le dije con pena a los jubilados que andaban por allí: «Mi marido dice que hago un café

asqueroso». Se congregaron a mi alrededor inmediatamente. Uno dijo que era culpa del café envasado; otro, de la cafetera; un tercero, del agua. Compré una cafetera de filtro, café en grano y agua mineral. Aun así, el café era asqueroso. Demasiado aguado, demasiado fuerte, demasiado flojo, demasiado amargo; a veces resultaba interesante, pero nunca delicioso. Una noche, durante una fiesta, un pintor que me doblaba la edad me reveló con cierta fatiga:

—El truco está en las medidas. Mídalo todo con precisión y te aseguro que te saldrá bien.

Tenía razón. Aprendí a medir y la desgracia del café terminó tan pronto como había empezado: como si hubiera conducido por un banco de niebla durante una noche en la que la visibilidad es baja de por sí.

Era una muestra de juventud e ignorancia que nos tragásemos enteras aquellas respuestas estereotipadas a las palabras «marido» y «mujer». Nuestras propias fantasías de normalidad no se inclinaban en aquella dirección. Mientras íbamos del dormitorio al salón y del estudio al taller, sentíamos cada vez con mayor intensidad la dificultad real del camino que habíamos emprendido, la magia que se suponía que el matrimonio debía ejercer en nosotros. Nos veíamos fundamentalmente como personas apasionadas por el trabajo creativo. El apartamento reformado iba a ser una declaración de intenciones, sería un reflejo de nuestros elevados principios de solidaridad. Pero, de algún modo, aquel lugar se negó a poner de su parte. No éramos capaces de adivinar el porqué. Cada habitación rematada parecía flotar en el espacio, permanecer claramente separada, sin fluir ni propiciar la intimidad. Nos devanamos los sesos —sé que Stefan tanto como yo— para dar con lo que no acababa de funcionar, pero no estábamos en posición de hacer más que quedarnos desconcertados. Seguimos recorriendo sin rumbo aquel distribuidor, entrando en aquellas habitaciones llenas de ventanas, en busca de una esquiva integración que estábamos seguros de que habíamos dejado extraviada en algún lugar.

Casi todos los apartamentos de estudiantes de doctorado estaban llenos de cerámica mexicana, alfombras de esparto, esterillas. Yo sugerí evitar todo aquello. El dormitorio, por ejemplo, dije yo, tenía que ser fresco y refrescante, un lugar de retiro y recuperación. («¿De qué?», me pregunto

ahora). «Pintemos las ventanas de gris claro», decía, «ribeteemos las ventanas de blanco y cubramos la cama con una colcha de algodón azul grisáceo». A Stefan le pareció original e inmediatamente se puso manos a la obra conmigo para hacer realidad el diseño, pero cuando acabamos había algo que no acababa de cuadrar. La habitación no invitaba a entrar. De nuevo, nos quedamos desconcertados. Todos los elementos eran sin duda hermosos. Que fuese una habitación en la que cada noche recreáramos nuestra falta de conexión, que las paredes gris claro estuviesen salpicadas de soledad y que la colcha de algodón azul grisáceo nunca se arrugase espontáneamente eran pensamientos para los que literalmente no teníamos palabras.

Lo mismo sucedía con mi estudio. Compramos una vieja mesa de madera que pensaba que me serviría perfectamente como escritorio y una silla de listones para acompañarla. Construimos estanterías para los libros, colgamos un tablón de anuncios en la pared, pusimos una mecedora junto a la ventana y de nuevo elegí un color que me pareció discreto pero animado. Ahora sí, nos decíamos, ahora sí que trabajaría. Pero la mesa era demasiado alta y demasiado maciza, la silla estaba mal hecha y resultaba incómoda, el tablón de la pared permanecía extrañamente desnudo y el color me provocaba ansiedad: un beis que en el bote parecía cálido resultó frío sobre la pared. Y luego estaba todo el tema de los libros. Stefan me había sugerido integrar nuestras bibliotecas y para mi asombro, me oí a mí misma diciendo: «No, quiero tener mis libros separados». Se puso muy rojo y se calló. Vi que le había hecho daño y mi primer impulso fue retractarme de lo que había dicho, pero el impulso no era fuerte y no lo seguí. Los libros del estudio seguían siendo solo míos, pero ya no obtenía placer al contemplarlos. Cuando me sentaba en la mecedora, mi ojo recorría los estantes en busca de algo que leer, sentía un leve dolor al recordar lo mucho que había trabajado Stefan para montar los estantes y para ayudarme a colocar los libros. El dolor me dificultaba leer, e incluso pensar, en esa habitación.

El salón era una rémora. Creo que los dos lo sabíamos incluso entonces. Ahí pusimos una alfombra de esparto, metimos flores de papel en cacharros de arcilla, arrojamos una cubierta de llamativas rayas sobre el sofá cama. El único toque original del cuarto no era funcional. Encontramos una mesa de centro de cristal en una tienda de beneficencia. El cristal estaba descolorido,

la base de madera seriamente mellada. Stefan lijó la madera. Vertió un chorro espeso de pintura color siena sobre la superficie de cristal y otro chorro de color blanco. A continuación, se sentó junto a la mesa y, brocha en mano, se puso a dirigir los dos chorros de pintura en movimientos circulares, como un director de orquesta, riendo de placer pero trabajando con concentración (cualquier aplicación de pintura merecía una atención profunda). El resultado fue una abstracción vibrante colocada en horizontal en mitad de la sala. La pintura estaba tan maravillosamente incrustada que ninguna taza tenía riesgo de resbalar.

La mesa pintada, al igual que la cenefa naranja, era el toque de luz que daba vivacidad a la triste melancolía que se acumulaba en aquellas habitaciones de formas imposibles bañadas por la luz de quince ventanas. En principio estábamos de acuerdo en todo, pero en el día a día parecía que nunca queríamos lo mismo a la vez. Los dos acabamos pensando que estábamos siempre conformándonos o cediendo. Invariablemente, uno de nosotros se sentía mal. «¡Yo solo quiero una vida normal!», me gritaba a mí misma. «¿Por que cuesta todo tanto? ¿Por qué siempre estamos enfadados o en tensión, en doloroso desacuerdo sobre esto, aquello o lo de más allá?».

Mi comportamiento me parecía perfectamente razonable. Stefan era desconcertante. Tozudo y empecinado, pensaba yo. Sobre todo los domingos. Stefan se pasaba los domingos en su taller (primero en la escuela y luego en casa).

—Pero el domingo —protesté— es el día que tenemos para estar juntos. —«¿Para qué me casé si no?», pensé.

—En esto no pienso ceder —respondió—. Debo pasar el día en el taller. Contemplo el lienzo, estudio la obra, me recupero. No puedo afrontar la semana si no tengo ese día para mí. Trata de entenderme.

—¿Y qué te parece parte del día? —intenté engatusarlo—. Trabaja por la mañana y sal a dar una vuelta conmigo por la tarde.

Me miró con sus ojos azules, fríos e indescifrables.

—No. Necesito el día entero. —Después, añadió—: ¿Por qué no trabajas tú también?

Ahora me tocaba a mí poner cara de desconcierto.

—Pero si es *domingo* —repetí.

La frialdad dio paso a la burla.

—Solo una *burguesa* tiene que salir el domingo a pasear —dijo—; un artista, no.

Y con eso me fui de ahí dando un portazo.

El viernes por la mañana en que empezamos a trabajar en el taller de Stefan, discutimos abiertamente sobre ya no recuerdo qué, pero me quedé profundamente afectada por la conversación. En lugar de irme con él a enyesar y pintar (como él había hecho conmigo en mi estudio y en el resto de habitaciones de la casa), me sumí en una terrible depresión de la que no podía reponerme. Durante tres días fui incapaz de reaccionar y casi incapaz de hablar. Vagaba sin rumbo por el apartamento o recorría las calles. Stefan montó el estudio él solo. Cada vez que salía del apartamento o volvía a él, miraba desde el recibidor hacia el marco de la puerta abierta donde lo veía trabajar hora tras hora en un silencio solitario, subido a una escalera, rascando con una espátula la parte superior de los marcos de los ventanales de aquella habitación circular inundada de luz. Me invadía el remordimiento. Anhelaba liberarme de mi propia rigidez, que me persuadiesen para reconciliarnos. Hasta tiempo después no me di cuenta de lo furioso que debió de ponerse Stefan por mi negativa a trabajar en su habitación cuando él nunca se había negado, independientemente de cómo se sintiese, a trabajar en las mías. No dije nada. Él tampoco.

El lunes ya había recobrado la capacidad de hablar y comencé a trabajar a su lado en el estudio, pero no aclaramos lo que llevábamos dentro. Fuimos educados a la hora de la cena e incluso durante la hora siguiente que pasamos en el salón. Después, él se fue a la cama y yo me quedé leyendo. Cuando me acosté a su lado, o estaba dormido o fingió que lo estaba. Durante los días que siguieron, la horrible cortesía dio paso a un especie de tensa consideración. La tensión, como una infección leve, era soportable. Nos acostumbramos a un ambiente de tirantez doméstica que me parecía que se disiparía de un momento a otro. Me despertaba por las mañanas y me decía: «Hoy. Hoy se va a acabar todo». Pero me levantaba y el aire empezaba a cargarse de aquella suave desdicha molecular.

Me senté en la mecedora con la mirada perdida. Stefan entró en la habitación y sugirió que fuéramos a dar una vuelta. Yo levanté el libro del

regazo y dije que no, que tenía que terminar el capítulo. Al día siguiente, propuso ir al cine. No, le dije, estaba demasiado cansada. La tercera noche, había una fiesta en la escuela: «Ve tú», le dije, «yo no tengo ganas». Se quedó en la puerta mirándome durante un buen rato. A continuación, se puso a gritar:

—¡Te ofrezca lo que te ofrezca, no te parece bien! ¿O es que soy yo el que no te parece bien? ¿Eh? ¿Es eso? Da igual lo que haga, nunca te va a parecer bien porque yo no soy el adecuado. ¿No es eso? Así es como me haces sentir. Todo el tiempo. No solo ahora. Todo el tiempo. Nunca estás contenta, siempre estás disgustada. Con todo. No pones de tu parte para que las cosas vayan mejor. Lo único que haces es sentarte en esa dichosa mecedora con cara de decepción.

Mi madre y yo pasamos por delante del Hotel Plaza a mediodía, de camino al parque, donde vamos a comer. En torno a la fuente que hay delante del hotel, hay un gentío: sentados, de pie, caminando hacia la acera para comprar brochetas de carne, refrescos, pretzels, falafel, rollos de huevo y perritos calientes. Comen de envoltorios de papel de aluminio, beben de recipientes de plástico, se entretienen con los artistas callejeros que pasan la gorra: bailarines de *breakdance*, mimos, cuartetos de cuerda... Uno de los pocos que no pasan la gorra es un predicador fundamentalista que va de un lado a otro de la fuente, gritando de modo ensordecedor a la gente que pasa: «¡Vais a ir de cabeza al infierno! ¡Ni mañana ni esta noche! ¡Ahora mismo!». Comete el error de parar a mi madre, que lo despacha con un brusco «Pero ¿qué problema tiene usted?» (no puede permitirse andar perdiendo el tiempo con este individuo) y sigue caminando.

Me río. Hoy estoy entusiasmada. Hoy soy una artista callejera. Siempre he admirado la valentía, la destreza y el dominio de los que actúan con éxito ante el transeúnte público neoyorquino. Anoche hablé durante un gran encuentro público en el centro: sobre las barricadas del feminismo radical, aunque sin pasar la gorra. Hablé con desenvoltura y bien, y me metí al público en el bolsillo. A veces no me pasa; pero anoche, sí. Anoche, toda la pericia que he adquirido para estas cosas estaba a mi servicio, y yo lo sabía.

Saberlo fue lo que me hizo ser clara, lúcida, comunicativa y expresiva. El público se conmovió. Lo sentí, y después lo que había sentido se confirmó.

Mi madre se encontraba entre el público. No la vi después, porque estaba rodeada de gente que no me daba respiro. Hoy, justo ahora, es nuestro primer encuentro desde que pisé el escenario ayer por la noche. Me está sonriendo ahora mismo, y se ríe conmigo ante lo placentero del día, la multitud, una Nueva York que despliega sus encantos por todas partes. Estoy expectante. Está a punto de decirme lo maravillosa que estuve anoche. Abre la boca para hablar:

—¿A que no sabes con quién soñé anoche? —me dice—. ¡Con Sophie Schwartzman!

Estoy perpleja, me descoloca. Esto no me lo esperaba.

—¿Sophie Schwartzman? —pregunto.

Pero bajo mi sorpresa, una semilla de temor comienza a crecer en este día resplandeciente.

Sophie Schwartzman había vivido en nuestro edificio durante algunos años, y ella y mamá se habían hecho amigas. Después de que los Schwartzman se mudasen a otro vecindario del Bronx, nuestras dos familias siguieron tratándose porque las dos mujeres se llevaban bien. Los Schwartzman tenían tres hijos: Seymour, Miriam y Frances. Seymour llegó a ser un compositor famoso y se cambió el nombre a Malcolm Wood. Miriam creció y se volvió igual que su madre. Frances, una chica guapa con «ambición», se casó con un hombre rico. Sophie lleva muerta por lo menos diez años. Y yo llevo más de veinte sin ver a ninguno de sus hijos.

—Soñé que estaba en casa de Sophie —dice mi madre cruzando la calle Cincuenta y nueve—. Frances entró. Había escrito un libro. Me pidió que lo leyese. Lo hice y no me gustó demasiado. Se enfadó muchísimo. Le gritaba a su madre: «¡Que no vuelva por aquí!». Me sentí fatal. Me partía el corazón. Le dije: «Sophie, pero ¿qué es esto? O sea, después de todos estos años, ¿ya no puedo seguir viniendo?».

Mi madre se vuelve hacia mí cuando llegamos a la acera y, con una enorme sonrisa en la cara, me dice:

—Pero a continuación fue maravilloso. Me desperté ¡y resultó que todo era un sueño!

Parece como si llevara plomos en los pies. Me cuesta poner uno detrás de otro. Mi madre no se da cuenta de que he reducido la marcha. Está concentrada en su asombrosa historia.

—¿Soñaste eso anoche, mamá?

—Sí.

—¿Después de mi charla?

—Sí, claro, por supuesto. *A ver, justo después* no. Cuando llegué a casa y me fui a dormir.

Entramos en el parque, buscamos un banco, nos sentamos y sacamos nuestros bocadillos. No hablamos. Ambas nos hemos quedado ensimismadas. Al cabo de un rato, mi madre dice:

—¡Figúrate! Soñar con Sophie Schwartzman después de tantos años.

Una noche, cuando Stefan y yo llevábamos algo más de un año de casados, el teléfono sonó a medianoche. Cogí el aparato, respondí y al otro lado de la línea, la voz de mamá sollozó mi nombre:

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado? —grité—. ¿Qué ocurre?

—Nettie —lloraba mi madre—. Nettie. ¡Ha muerto!

—¡Ay, mamá! ¡Dios mío!

—Cáncer. Tenía cáncer de estómago.

—Ni siquiera sabía que estaba enferma.

—Ni yo. Fue todo muy rápido. Ya sabes que no me hablaba con ella, que hace años que no entraba en su casa, no sabía nada. Llevaba unas cuantas semanas con dolor de estómago. Al final se puso tan mal que Richie llamó al timbre y me pidió que llamase al hospital. Así que entré. Estaba tumbada, doblada sobre sí misma, dando alaridos como un animal. Llegó la ambulancia y se la llevó. Tres semanas ha durado. Ha muerto esta tarde.

—¿Fuiste a verla al hospital?

—No, no.

—¿Por qué no?

—No podía ir. No podía.

—Ese terrible orgullo que tienes.

—Ah —respondió. Podía ver su mano cortando el aire junto al teléfono

—. Eres una cría. No entiendes nada.

—Lo que entiendo es que la dejaste morir sola, sin nadie a su lado excepto Richie. Eso lo entiendo muy bien.

Silencio. A los dos lados.

—No podía ir a verla. No podía.

Más silencio.

—Estaba podrida por dentro —dijo mamá—. Consumida. Todos esos hombres la consumieron.

—¡Por Dios, mamá! ¿De verdad crees eso? ¿Crees que el sexo da cáncer?

—Bueno, ella tenía cáncer. ¿O no?

—Ay, mamá.

—No me vengas con «Ay, mamá». Sé bien de lo que hablo.

Colgué y me eché con cuidado hacia atrás. Un peso macizo se había instalado sobre mi pecho. Si me movía muy rápido, o tal vez si solo me movía, podría quedarme sin respiración. Stefan se sintió conmovido por lo que acababa de oír. Me acarició la cara y los hombros y me besó varias veces. Después me acarició los pechos, la barriga, los muslos. De repente, un violento erotismo se cernió sobre nosotros. Hicimos el amor con furia, y lloré. El peso se levantó.

Por el momento quedé liberada del dolor por la muerte de Nettie, pero no de la sombría culpa que ella despertaba en mí. Cuando me disponía a tumbarme por tercera vez aquella noche, vi el rostro de Nettie flotando en la oscuridad ante mis ojos, con sus labios, como siempre, apretados, sus ojos fijos mirándome con desaprobación. Invariablemente, el recuerdo de su imagen me hizo sentirme ansiosa y extrañamente avergonzada.

En los años que transcurrieron desde que mamá y ella se pelearon hasta mi boda, apenas me había acordado de ella. No hacía falta. Como el apartamento, los muebles y la calle, estaba ahí sin más, aunque raramente nos veíamos (aquella pelea fue mi primera demostración de la distribución psicológica del espacio compartido). Después de mi boda, Nettie parecía aflorar continuamente en mis pensamientos, especialmente cuando Stefan y yo hacíamos el amor. En aquellos instantes, sentía la fuerza de su presencia con más intensidad y desaprobación. Se materializaba en el aire como para echarme en cara: «¿Y para esto malgasté yo contigo mi conocimiento ganado

a pulso?».

Durante mucho tiempo, bastantes años, de hecho, Stefan y yo describimos la tensión que había entre nosotros como intensidad. (Sabíamos que la tensión era para mal, pero la intensidad, ¡oh, la intensidad!). Hacer el amor era casi invariablemente una experiencia fuerte y explosiva, una liberación acumulada de la tristeza que marcaba tantos de nuestros días. La atmósfera de nuestras primeras discusiones nunca se disipó, poco a poco nos acostumbramos a ella como se acostumbra uno a un peso sobre el corazón que constriñe la libertad de movimiento pero que no impide la movilidad: muy pronto, caminar contraído se vuelve natural. La ausencia de despreocupación y tranquilidad entre los dos se volvió cotidiana. Podíamos vivir con ello y, desgraciadamente, eso hicimos. No solo vivimos con ello, sino que caímos en el hábito de describir nuestra dificultad como una cuestión de intensidad.

La dificultad era crónica, no ocasional. De vez en cuando, una minucia cualquiera hacía que alguno de los dos estallase. Surgía un roce y los dos nos sentíamos dolidos. En lugar de ventilar la ofensa rápida y abiertamente, ninguno de nosotros decía nada. Pasábamos minutos, horas, días en silencio. Al final de la semana, la ansiedad resultaba agobiante. Cada mañana respirábamos aliviados al separarnos: yo, para ir al departamento de Inglés al otro lado de la bahía; Stefan, para ir a la escuela de arte en la cima de la colina. Durante el día, mi sensación de agravio se disipaba irremediablemente. Invasión de ternura, planeaba cruzar la puerta, echarle los brazos al cuello a Stefan, cubrirle la cara de besos y decirle: «¿*Qué* tontería es esta?». Pero cuando de *verdad* cruzaba la puerta, su rostro parecía de piedra y lo primero que le oía decir era: «Esta mañana te has dejado la pasta de dientes sin tapar»; tras lo cual daba media vuelta, entraba en la cocina, me hacía un café y desaparecía en mi estudio. A veces Stefan venía a la cocina mientras yo estaba preparando el café. Veía cómo una vena marcada le palpitaba en el cuello mientras bebía un vaso de agua, o dos manchas blancas destacaban en sus mejillas. Pero yo no decía nada, y él tampoco. Salía con mi café como si tuviese algo importantísimo que hacer. A continuación, dejaba cuidadosamente entreabierta la puerta del estudio. Si pasaba por delante me veía sentada en la mecedora con la mirada perdida, la imagen perfecta de la

acusación y la desdicha. Al final, cuando el aire era tan espeso que apenas podíamos respirar, uno de los dos estallaba. Casi siempre era Stefan. Se clavaba de rodillas ante la mecedora, me rodeaba las piernas con sus brazos y murmuraba:

—¿Qué te pasa? Cuéntame.

Entonces yo me echaba a llorar y gritaba:

—¡No puedo seguir así! ¡No puedo trabajar! ¡No puedo pensar!

Y nos íbamos a la cama.

Siempre era «¡No puedo trabajar! ¡No puedo pensar!». Aquella era la invocación divina entre nosotros, la letanía, el cántico, la confesión ceremonial que nos erotizaba y restauraba. O él gritaba «¡No puedo trabajar!» o lo hacía yo, y aquella frase perforaba la cámara de compresión dentro de la cual nos habíamos sellado. La incapacidad para trabajar era la única confesión que podíamos hacernos mutuamente sin vergüenza ni temor. Mediante el acto de anunciar dicha fragilidad nos recordábamos la naturaleza superior de nuestra sensibilidad común y nos sentíamos a salvo del reproche que cada uno temía del otro. Sentirse desgraciado en nombre del trabajo era, en última instancia, blindarnos el uno contra el otro.

Aun así, aquellos años supusieron un verdadero arranque para mí. Sí que intentaba sentarme ante el escritorio y pensar. La mayoría de las veces fracasaba miserablemente. La mayoría, pero no todas. Durante el segundo año de mi matrimonio, el espacio rectangular hizo su primera aparición en mi interior. Estaba escribiendo un ensayo, un artículo de crítica del doctorado que, sin previo aviso, había dado como fruto una idea, una idea radiante y bien definida. Las frases comenzaron a abrirse camino en mi interior, pugnando por salir, cada una moviéndose ágilmente para sumarse a la precedente. De pronto me di cuenta de que una imagen se había adueñado de mí: vislumbré con claridad su forma y su contorno. Las frases intentaban ocupar la forma. La imagen era la totalidad de mi pensamiento. En ese instante, sentí que me abría en canal. Mi interior se vació para dar cabida a un rectángulo de aire limpio y espacio despejado, que comenzaba en mi frente y terminaba en mis ingles. En el centro del rectángulo, solo mi imagen, esperando con paciencia para depurarse. Experimenté gozo cuando supe que nada más podría igualarlo. Ningún «Te quiero» del mundo podría tocarlo.

Dentro de aquel gozo me sentía segura y erótica, emocionada y en paz, a salvo de cualquier amenaza o influencia. Comprendí todo lo que necesitaba comprender para poder actuar, vivir, ser.

Por supuesto, lo perdí muchas veces. No solo lo perdí, sino que llegué a percibir que me daba miedo. Una noche, durante una fiesta en Berkeley, me uní a un grupo de personas que estaban fumando maría. Me senté en el círculo y le di una calada al porro cuando me lo pasaron. Al cabo de unos segundos sentí que el rectángulo se formaba dentro de mí y que emitía una luz intensa, titilaba y se movía por todas partes, no era fijo y definido como de costumbre. Un minuto más tarde, sus paredes comenzaron a juntarse. Sabía que en cuanto las paredes se tocasen, el aliento de mi cuerpo se extinguiría y moriría. Estaba sentada en una habitación llena de amigos y conocidos, con Stefan también presente, y me dije con calma: «Estás sola. Ellos no lo entienden. No hay forma de que lo entiendan. Dentro de unos minutos estarás muerta, y ninguno de ellos puede ayudarte. Estás sola en esto, completamente sola». No podía hablar, apenas podía respirar. Cuando los bordes estaban a punto de tocarse, el pánico me hizo ponerme de pie.

—Me encuentro mal —declaré en voz alta—. Me encuentro fatal. ¡Ay, Dios, me encuentro muy mal! ¡Ayudadme! ¡Me encuentro mal!

Stefan me llevó a casa, y durante todo el camino me habló suavemente. Pasé años sin volver a fumar maría.

Stefan sabía más sobre el trabajo que yo, pero dudo que mucho más. Le atormentaba la discrepancia entre sus ideas pictóricas y su habilidad para ejecutar esas ideas sobre el lienzo, y continuamente hacía de su tormento un drama. Se derrumbaba en medio del taller, fumaba, decía tacos, arrojaba pintura contra el lienzo pero, sospecho, no se paraba a pensar demasiado sobre el problema que tenía ante sí. La noción de que el trabajo es una tarea paciente y constante —ni más ni menos—, no era una sabiduría que hubiera asimilado mejor que yo.

Una noche, se pasó un rato largo frente a tres pinturas. De súbito, comenzó a romperlas a patadas.

—¡Una mierda! —les gritó—. ¡Sois una mierda!

Y salió dando un portazo.

A las dos de la madrugada, sonó el timbre. Ahí estaba Stefan, más muerto

que vivo, en brazos de un pintor amigo suyo. Apestaba a mierda y vómito, tenía los ojos cerrados, el cuerpo combado y arrastraba a su amigo hacia el suelo.

—Joder, Stefan —gritó el amigo—. ¡Ponte de pie!

El amigo me miró, puso cara de desesperación y dijo:

—Se emborrachó tan rápido que ni lo vi venir. De repente salió del bar y echó a correr por la calle aullando como un indio. Intenté que parase, pero cuando se pone así no hay quien lo agarre. Corrió hacia dos hombres y una mujer que andaban por la calle. Antes de alcanzarlo, ya le había levantado el vestido a la mujer y dado un mordisco en el culo. Los tíos estaban a punto de darle una paliza, pero llegué a tiempo.

Miré a Stefan, que se caía sobre el suelo del rellano y pensé: «¿Quién es este hombre? ¿Qué estoy haciendo aquí?». Creo que nunca dejé de pensar «¿Qué estoy haciendo aquí?». Él se emborrachaba y yo me deprimía. Él se consumía y yo lo miraba con desaprobación. Él acuchillaba sus pinturas y yo sentía desprecio y asombro.

Una vez, cuando llevábamos una semana acumulando tensión, Stefan entró en el estudio, donde yo fingía que leía. Se hincó de rodillas y me rodeó las piernas con los brazos. Yo bajé la vista hacia él y él la alzó hacia mí.

—¿Bueno? —dijo suavemente—. ¿Cuánto tiempo esta vez?

Extendí la mano y le aparté los cabellos de la frente. Él tomó mi mano entre las suyas y me besó la palma. Yo me levanté. Fuimos hasta el dormitorio enroscados en un abrazo desesperado. Vi el rostro de Nettie flotando en el aire ante mí, moviéndose adelante y atrás en un gesto de negación: «Esto no es lo que yo tenía pensado para ti», decía. Stefan y yo nos tendimos sobre la cama.

—¡Ámame! —susurró.

Me apreté contra él, lo abracé con fuerza.

—Eso hago, eso hago —respondí también entre susurros.

Y era cierto, tan cierto como me era posible. Lo amaba, de verdad lo amaba. Pero solo hasta cierto punto. Más allá de ese punto, había algo opaco en mí que no cedía. Podía ver la opacidad. Podía palparla y saborearla. Entre mi sentimiento por Stefan —tal vez por cualquier hombre, no estaba segura— y yo se interponía una especie de membrana transparente a través de la

cual podía susurrar «Eso hago» y lograr que el susurro se oyese pero no se sintiese. Nettie sobrevolaba el aire. Su imagen estaba al alcance de la mano, cálida y viviente. Yo estaba cara a cara frente a ella, sin obstáculos, sin interferencias. El caso es que me la podía imaginar. Nettie me parecía real, Stefan no.

Convivimos durante cinco años. Un día, Stefan se fue de casa para no volver. Nuestro matrimonio se había terminado. En efecto, ¿por qué no? Ambos nos habíamos cansado de luchar entre nosotros. Ambos queríamos respirar en habitaciones libres de aquella opresiva tensión. Queríamos eso más que estar juntos. Desmantelé el piso, lo vendí todo, dejé los cursos de doctorado (que siempre me habían parecido una abstracción) y volví a Nueva York. Tenía treinta años y me sentía aliviada de estar sola. Me mudé al pequeño apartamento de la Primera Avenida y conseguí un trabajo de redactora en un semanal. Arreglé el apartamento y enseguida resultó acogedor. Los colores quedaron bien esta vez: ninguna sorpresa entre el color del bote y el de la pared. Encargué que me hicieran un escritorio perfecto para mí: suficientemente alto, suficientemente macizo y suficientemente manejable. Me pasaba los días trabajando y por las noches me echaba en el sofá a leer. Sin embargo, a menudo, perdía la concentración por leer demasiado rápido y entonces me pasaba ahí tendida horas, con la mirada perdida.

Aquellos fueron los años en los que a las mujeres como yo las llamaban «Nueva», «Liberada», «Sin pareja» (yo prefería «Sin pareja», y sigo haciéndolo) y, efectivamente, me sentía nueva, liberada y sin pareja cuando me sentaba frente al escritorio; pero por las noches, tumbada en el sofá, con la mirada perdida, mi madre se materializaba en el aire frente a mí como diciéndome:

—No tan rápido, querida. Tú y yo aún tenemos cosas pendientes.

Nos encontramos en Delancey Street, y nos dirigimos hacia el puente de Williamsburg. Mi madre me ha sorprendido hoy al llamarme para proponerme:

—¿Te apetece dar hoy un paseo por el puente hasta mi barrio de siempre?

(Su familia se había trasladado a Brooklyn unos años antes de que conociera a mi padre y Williamsburg había sido su último barrio de soltera).

—Pero mamá —le respondo—, si odias el Lower East Side. Siempre te niegas a cruzar Houston Street. (Cuando nos visitan parientes de Israel que quieren ir hasta Orchard Street, los acompaña hasta Houston, señala al otro lado de seis carriles de tráfico y se va). «Ya tengo muy vista Orchard Street», les dice.

—Bueno, por pasear por el puente, me aguantaré con el East Side. Aparte, hace treinta años que no paso por Delancey Street y tengo curiosidad.

Mientras atravesamos la sucia calle atestada de inmigrantes, ahora negros y puertorriqueños en lugar de judíos e italianos, se maravilla ante lo cambiado que está todo. Le digo que no ha cambiado nada, solo el color de la gente y el idioma que hablan. El ansioso ajetreo a la caza del cliente de Delancey Street —las tiendas de ropa barata, los carritos de zapatos revueltos, la ropa de cama rebajada y el mobiliario a plazos, las miles de tiendas clandestinas que venden chucherías y cuchillas de afeitar, cordones y tabaco, linternas y perchas—, todo sigue en su sitio.

Nos aproximamos a Essex Street y mi madre dice:

—¿Te acuerdas de los Levinson? Me pregunto si la tienda seguirá abierta. ¡Que si me acuerdo de los Levinson!

—Pues claro que me acuerdo de los Levinson —respondo—. Sí, creo que la tienda sigue abierta.

—¿Trabajaré alguno de los chicos ahí? El más jovencito, era Davey, ¿no?, si mal no recuerdo, se negó a hacerlo. Trataste con él más adelante, ¿no es cierto?

—Sí, se negó. Y sí, traté con él.

—¿Lo ves alguna vez?

Hace diez años, en la calle Catorce, un hombre fornido y medio calvo que llevaba un abrigo de *tweed* informe, con cabellos sedosos y cetrinos arremolinándose alrededor de una frente despejada y unos ojos oscuros empuñados tras unas gafas de montura negra me preguntó dubitativo:

—¿Eres tú?

Me detuve y miré con detenimiento al desconocido.

—Davey —dije—. ¡Davey Levinson!

Me sonrió.

—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista, Davey. Trabajo para periódicos y revistas.

Se quedó mirándome. Estaba seguro de que no había entendido lo del periodismo o lo de los periódicos. Entonces me dijo:

—¿Te gusta Baudelaire? —Y sacó un libro de Baudelaire de un bolsillo del *tweed*—. ¿Te gusta el zen? —añadió—: También tengo de zen. —Sacó un libro de zen del otro bolsillo.

Tres días más tarde, acabamos en la cama.

—Hay un montón de cosas que no sé hacer —dijo Davey—, pero si hay algo que sé hacer es follar.

Era tan bueno como aseguraba. Perdimos la consciencia juntos y así seguimos durante seis meses.

Niego con la cabeza. No, ya no sigo viendo a Davey.

—Menuda panda erais. —Mi madre se ríe mientras nos acercamos a la antigua tienda de ropa de la esquina de Essex con Delancey—. ¿Te acuerdas de todos? ¿De los cuatro chicos y de Dorothy? ¿Y de ella, de la madre? «Levinson», le decía yo, «quita la bolsa de enemas de la mesa antes de que llegue tu marido a casa. Y los zapatos también». Pero no me hacía caso. Solo lloraba porque él no la quería. ¿Y él? ¿Jake Levinson? Se acostaba con cada mujer que entraba a comprar. No iba al campo a verlos en todo el verano. Igual un fin de semana. Ella se metía en la cocina, vestida siempre con aquel vestido mojado de andar por casa y lloraba y lloraba porque él no la quería y sus hijos la llamaban imbécil.

»Era tan guapa, la pobre —dice mi madre mientras camina entre el estruendo y la basura de Delancey Street—. Morena y adorable, como sus hijos. Pero gorda. ¡Oy, qué gorda estaba! ¿Te acuerdas de lo gorda que estaba? Y se puso aún más gorda conforme pasaron los años. Una vez vine a hacerle una visita, aquí, justo aquí —señala Essex Street—, al apartamento que tenían encima de la tienda. ¿Te acuerdas? Viniste conmigo. Pensé que ocupaba toda la habitación, en cómo haría para salir o entrar. Pero era buena como la que más, eso sí. Cuando te pusiste mala y yo me moría de agotamiento se pasó toda la noche despierta poniéndote cataplasmas de mostaza sobre el pecho. ¿Te acuerdas? ¡Fue terrible! Lo único que quería era

a Jake, y lo único que tuvo fue noches en vela con niños enfermos.

La señora Levinson se pasó el resto de su vida despierta por sus hijos y lo que es peor, infinitamente peor: sus hijos también se pasaron la vida así. Gritando y chillando, dando golpes con los puños cerrados, entregándose al sexo y a las drogas, a la escuela nocturna y al matrimonio, y ninguno de ellos dejó Essex Street. Cuando Davey y yo volvimos a encontrarnos, ya tenía un hijo de dieciséis años. Había dejado embarazada a una chica del barrio («Me la follé sobre el fregadero de la cocina mientras sus padres escuchaban la emisora *yiddish* en la habitación de al lado») y a los diecinueve años ya era esposo y padre y vivía en la misma calle que sus progenitores. (Davey, opinando sobre la vida familiar: «Cuando mi hijo era pequeño mi mujer lo acostaba sin ninguna protección. Le dije que colocara almohadas a su alrededor, pero me dijo que no. Una noche estábamos viendo la tele y desde el cuarto de al lado oí un golpe seco de esos que no se olvidan. Entré y me lo encontré tirado en el suelo como una cucaracha boca arriba, atontado. Volví al salón. Le arreé tal guantazo en los morros que todavía le deben de estar doliendo»).

Nos acercamos al acceso al puente de Williamsburg.

—¡Cuánto tráfico hay! —se queja mi madre—. ¿Cómo hacemos para llegar al puente? Estoy confusa.

Hasta yo estoy confusa. No hay quien encuentre la pasarela. Doy vueltas y más vueltas entre tubos de escape y grasa de hamburguesa, música *rock* y madres chillonas. De repente, Delancey Street resulta abrumadora. El frenético amasijo, el ruido, la prisa forman una opresión. Me quedo parada y me siento mal recordando lo cariñoso que llegó a ser Davey y, al final, igual de opresivo que aquel momento: todo ruido y frenesí, un tumulto de miseria e impotencia.

Cuando Davey y yo estábamos juntos, volvimos una tarde de verano a los Ben's Bungalows. El lugar resultaba triste, silencioso, lleno de polvo, estaba sumido desde hacía mucho en el abandono y la dejadez. En el autobús, Davey se había puesto melancólico.

—Diría que he tenido una vida desdichada —dijo—. No solo por lo que ha sido, sino por lo que es la vida. Me siento decepcionado. No solo porque no poseo las habilidades creativas que me gustaría. Me siento decepcionado

porque los árboles no me hablan, ni la hierba, ni las flores. Me siento decepcionado porque las moscas me confunden con mierda de caballo.

Y cuando llegamos a Ben's y nos pusimos a caminar por entre las instalaciones desiertas, dijo:

—Me alegro de haber vuelto aquí. De haber vuelto y ver que todo está abandonado, destrozado e invadido por la maleza. Porque *esa* es la verdad. Me alegro de haber vuelto para ver la verdad. Si no, puede que siempre hubiéramos pensado que éramos nosotros. Que éramos nosotros los que habíamos fracasado, y no los demás. Que éramos nosotros los que de algún modo habíamos perdido el tren, los que habíamos tomado el camino equivocado o dejado pasar la oportunidad de nuestras vidas.

Davey siempre me hablaba en plural, como si nuestras vidas y destinos fuesen uno, y supongo que mientras me acostaba con él tenía derecho a considerarme una Levinson honoraria. Pero yo pataleé y protesté contra aquel uso del plural y acabamos desesperados.

Cuando me lo encontré en la calle Catorce, era trabajador social, residía en las viviendas de Grand Street y estaba empleado en la oficina de prestación social de Chinatown. No hacía otra cosa que ir al trabajo y leer. Leía en el metro de camino al trabajo, en su mesa durante la hora de la comida y después de cenar en la cama, un enorme armazón de caoba encajado contra la pared de un cuarto que por lo demás estaba desnudo. Leía a Thomas Mann a Herman Wouk, a Bernard Malamud y a Rod McKuen, a Dylan Thomas y a Philip Wylie, a Marcel Proust y a Alan Watts. Para Davey, la lectura era un haz de láser —fino, enfocado, intenso— que se abría camino en medio de una inmensa oscuridad. Poco antes de cumplir los treinta, tras dejar a su mujer y su hijo, descubrió la terapia, y el psicoanálisis se convirtió en el gran drama de su vida. Absorbió su lenguaje y sus ideas de la misma forma en que leía a los grandes: asimilando el conocimiento de forma aislada.

Declaraba: «La ira es temor» y señalaba en tres párrafos admirablemente concisos por qué este elegante cliché seguía siendo digno de nuestra atención. Soltaba píldoras de conocimiento en forma de epigrama. «Las personas son como bolas de billar después de haber sido golpeadas por la bola blanca, cada una de ellas sale disparada hacia un lado, se golpean constantemente unas a otras, se apartan unas a otras a golpes, llenas de avaricia, envidia, violencia y

celos». Y a continuación, me daba instrucciones morales: «Debes observar todo sin culpa ni alabanza, aceptación ni rechazo». Aquellas perlas de pensamiento nunca parecían concluir nada o estar relacionadas entre sí de forma relevante. Su inteligencia era como un tramo de vía ferroviaria escindido de la conexión principal por ambos extremos, con un mísero vagón moviéndose adelante y atrás entre estaciones, imitando el movimiento y la travesía.

Mientras tanto, no podía creer que me estuviese acostando con Davey Levinson. Cada vez que lo hacíamos, me sentía como si tuviese doce y treinta y cinco años al mismo tiempo. Lo deseaba ansiosamente, hurgaba en su interior y nada era suficiente. Me entregaba sin escatimar y recibía sin escatimar. Hacíamos el amor a todas horas, comíamos comida china a las tres de la mañana y jugábamos al neoyorquino juego del análisis mutuo. Más tarde comencé a rechazarlo y a retirarme, a volverme contra él como una serpiente, a sorprenderme y a rabiar por encontrarme de nuevo con él («¿Cómo he vuelto a este punto? ¿Cómo he vuelto?»), pero durante muchos meses todo lo que decíamos o hacíamos me causaba placer.

Davey constituía una recapitulación de mi historia con los hombres — cuando lo consideraba poderoso, yo no había luchado lo suficiente en una discusión; cuando lo veía débil, me volvía una mujer llena de deseo—, con la diferencia de que con Davey, vislumbré por primera vez el esquema completo. Vi mi cautiverio y me avergoncé de mi liberación. ¡Cuánto me enfadé y me asusté cuando vi con claridad! ¡Y cuánto me dolió haberlo logrado gracias a Davey! Porque conocía bien a Davey. Podía visualizarlo hasta el mismo centro de su ser. Amaba su deseo y reconocía sus miedos: eran los míos. Sabía cómo Davey había acabado siendo como era y en su presencia sabía también cómo había acabado yo siendo como era. Durante una temporada, este conocimiento abiertamente compartido trabó nuestra amistad. Entre nosotros existía una ternura callada hacia nuestros orígenes comunes. La manera de dormir era representativa de nuestra relación: yacíamos enroscados cara a cara.

Un lunes por la mañana, cuando se iba, Davey dijo:

—Espero que tu semana sea productiva, constructiva y creativa.

Asentí, lo rodeé con mis brazos, enterré mis labios en su cuello y

murmuré:

—Sin avaricia, violencia, envidia o celos.

Se ruborizó, rio y me abrazó con más fuerza todavía. Pero se acercaba el día en que dejaría de reír y, por supuesto, de abrazarme con más fuerza.

Le había confesado mis miedos e inseguridades. Él se los tomó en serio, tal y como se espera de un amante. Pero no se tomó en serio lo que implicaban. Yo me ausentaba a menudo de Nueva York por asuntos de trabajo y él siempre se quedaba aguardando mi regreso. Comenzó a darse cuenta, creo, no solo de que mi lucha conmigo misma a causa de mi trabajo era a largo plazo y que mi trabajo me alejaría una y otra vez de él, sino de que él no estaba comprometido de la misma manera con nada y no tenía nada que lo apartase *de mí*.

Cuando llevábamos juntos seis meses, Davey desapareció. No supe nada de él y no conseguí localizarlo, ni por correo, ni por teléfono. Pasaron dos semanas. Entonces, un día lo llamé y él cogió el teléfono. Lo saludé y comenzó a hablar en lenguas. Parecía poseído por una extraña cháchara psicológica-metafísica-espiritual. Yo no dejaba de repetir:

—¿De qué me hablas?

Al final, con una voz alta y clara, me dijo:

—Debes exorcizar el espíritu de tu padre. Tus naturalezas masculina y femenina pugnan entre sí. No eres una mujer completa y yo solo puedo casarme con una mujer completa.

Recibí esta información en silencio. A continuación dije:

—Bueno... mientras tanto... ¿podemos limitarnos a follar?

El sábado siguiente pasamos juntos unas agotadoras y obsesivas veinticuatro horas. Hicimos el amor sin parar y me habló sin pausa. Una y otra vez, me repitió:

—Yo soy el universo. Debes abrir tus piernas, expandir tu útero hacia mí. En mí se unirá todo lo que eres, toda la poesía, la bondad, la ternura, la agresividad, todo lo que es vibrante, resplandeciente, todo lo que está vivo y es bello en el universo. Si te casas conmigo tus hijos serán todos viriles, robustos, poetas, creadores de música, plenos de majestad. Si no, serán maricas y lesbianas, malvados y enfermizos.

Me canturreó, me siseó y me escupió. Solo dejamos la cama una vez para

ir al cine. Sentados en la oscuridad, sin que hubiera relación alguna con lo que sucedía en la pantalla, me agarró del brazo y me susurró al oído:

—Lo masculino y lo femenino son uno. Tú no dejas que sean uno. En ti están lo masculino y lo femenino, la luz y la tiniebla, la negrura y el vacío. Deja que se junten y serás una, estarás completa y serás todo, el hombre y la mujer, el humano universal.

El martes de la semana siguiente me fui de Nueva York para cubrir una noticia. Una hora antes de partir, Davey me llamó:

—No respondas —me siseó—. Solo escucha lo que te voy a decir. Deja que todo fluya por tu mente como te he enseñado. Deja que fluya, que la atraviese. A continuación piensa en ello.

Tosí.

—¡Te he dicho que no respondas!

Silencio. Un largo silencio. Y a continuación:

—Tu padre era una bruja y te hechizó. Te hizo culpable, por eso te sientes como una idiota e inferior. Esa es tu auténtica misión como reportera. Viajas de un lado a otro tratando de encontrar a tu padre o cualquier cosa que lo represente. Cuando lo encuentres, dejarás de viajar. Descuelga la foto de tu padre de la pared de tu habitación. Es la bruja que hay en tu interior la que la mantiene ahí arriba. Descuélgala y ponla mirando a la pared. Descuélgala. Y, recuerda, no hables con nadie. Ni con tu madre ni con tus amigos. Con nadie. Solo con Dios.

Dejó de hablar. Yo no me atreví a abrir la boca. Entonces dijo:

—Adiós. Te amo. Cuando estés preparada tendremos hijos, y tú te convertirás en la reina de Israel.

Un mes más tarde, Davey se había inmerso en el judaísmo ortodoxo. De la noche a la mañana se convirtió en un judío del siglo XVIII que llevaba ropajes negros, tirabuzones a los dos lados de la cabeza y una larga barba entrecana. Volvimos a encontrarnos una vez más. Se inclinó sobre la mesa de un sucio restaurante *kosher* en East Broadway para advertirme de que debía convertirme en una buena esposa judía; de lo contrario, mi alma se perdería para siempre. Su aliento sobre mi cara era cálido y agrio. Finalmente, sentí su pánico y su terrible deseo. En mi interior, lo rehuí, asqueada. Esta es la última, pensé, definitivamente es la última.

—Ahí hay un policía —señala mi madre—. Pregúntale cómo se llega hasta el puente.

Nos acercamos al policía que está en medio de la isleta, los coches pasan a nuestro lado en todas direcciones.

—¿Cómo se llega hasta el puente? —le pregunto.

El policía se queda mirándome.

—¿Para qué?

—Queríamos cruzarlo andando.

—Está usted de broma.

—No, en serio. ¿Por qué lo dice?

—Señora, cada semana entre tres y siete personas son asaltadas en el puente. ¿Qué probabilidad cree que tienen ustedes dos? Le recomiendo encarecidamente que se olvide de hacerlo.

—Ya veo —dice mi madre con apatía—. Así que nada ha cambiado en Delancey Street.

—Anda, mamá. Vamos a coger el metro.

Me senté ante el escritorio y me esforcé en pensar. Así es como me gustaba describirlo. Durante años, dije: «Me esfuerzo en pensar», de la misma manera que mi madre decía que se esforzaba en vivir. Mamá pensaba que merecía una medalla por sacar las piernas de la cama por la mañana y supongo que yo también, por sentarme ante el escritorio.

En el pequeño apartamento de alquiler de la Primera Avenida la niebla entraba inclinada por la ventana. El vapor espesaba el aire y la neblina llenaba la habitación. Me sentaba con los párpados bien abiertos frente a la niebla, el vaho y la bruma, intentando discernir a través de mis pensamientos, atrapados en la oscuridad. Cada pocas semanas, el aire se despejaba durante medio segundo y ¡rápido!, escribía un par de párrafos de prosa legible. Pasaba tiempo. Mucho tiempo. Mucho tiempo muerto. Al final, una página. Luego, dos. Cuando reunía diez páginas, me apresuraba a imprimirlas. Miraba mis párrafos impresos: los examinaba con detalle. «¡Qué pequeño!», pensaba. «¡Qué pequeño es todo! Llevo tanto tiempo ahí sentada para escribir estas páginas y son tan poca cosa». Un hombre me dijo: «Buen comienzo.

Lástima que no hayas tenido tiempo para desarrollarlo más». Una mujer comentó: «Lo que podrías hacer si no tuvieses que cumplir con los plazos de la prensa. Es una pena que el gobierno no conceda subsidios para esto». Empecé a hablar. La pena se disolvió en mi boca y selló mis labios con pegamento. ¿Qué diría si pudiese hablar? ¿Y a quién se lo diría?

Seguí «esforzándome».

Dos años después de dejar a Davey Levinson sentado en aquel restaurante de East Broadway, le hice una entrevista a Joe Durbin para un artículo que estaba escribiendo sobre una huelga de alquileres. Era un sindicalista de izquierdas y una vuelta a las figuras románticas de mi niñez. El movimiento sindical era la pasión de Joe. Había sido funcionario en el CIO<sup>[7]</sup>, había conocido a todos los dirigentes obreros desde John L. Lewis hasta Walter Reuther, y había sindicado a lo largo de todo el mapa histórico: en California en los años treinta, en Michigan en los cuarenta, en Nueva York en los cincuenta. Me sacaba veinte años y estaba casado. La diferencia de edad me dio el control. A la semana de la entrevista me llamó para invitarme a cenar. Estuvimos juntos seis años.

La conexión fue inmediata y primaria. Sin discusión ni análisis, nos trasladamos al núcleo del sentimiento directamente. Con un único gesto fluido habíamos alcanzado tanto la paz como la emoción.

—Casa —me dijo mi cuerpo—. Estoy en casa.

No se me ocurrió preguntarle a Joe lo que le decía a él su cuerpo: parecía innecesario. Me visitaba casi todos los días, llamaba cuando decía que iba a llamar y venía cuando decía que iba a venir. Él estaba, lo sabía perfectamente, más entregado incluso que yo a la tarea de mantener el raudo flujo de la pasión. La inseguridad no nos pondría freno. Joe era tan buen organizador en el amor como en la política: junto con el movimiento sindical, lo que más adoraba eran las mujeres. Es decir, adoraba sentirse vivo a través del acto de amor y le embargaba una gran ternura hacia el agente de la vitalidad renovada.

Me di cuenta de que no era a mí a quien adoraba. Sabía que era la concupiscencia que había despertado en él y, con todo, me tumbaba sobre la

cama sonriendo en secreto para mis adentros, justo como si lo que considerase cierto no lo fuese en absoluto. Podría pensarse que me había convertido en Nettie.

«No es a mí a quien ama», me decía a mí misma mientras se inclinaba sobre mí, «es la sensación que despierto en él», y justo a continuación dejaba de creer en lo que me había dicho a mí misma. No podía. Nadie en tal estado de embriaguez puede. Y de alguna manera no era tan descabellado no creerme a mí misma. Con Joe estaba aprendiendo mejor algo que ya sabía: que el sexo gana tiempo. Descubrí que cada vez que nos acostábamos nos veíamos arrastrados hacia un intercambio de sentimientos que nos cogía una y otra vez por sorpresa. La sorpresa nos hacía volver a por más. Así, permanecimos atrapados en un abrazo que provocaba que de vez en cuando nos mirásemos a la cara el uno al otro.

Tenía un millón de batallitas y no paraba de contarlas. Hombre alto y follonero cuya voz dominaba la habitación, a Joe lo absorbía incesantemente su propio afán de buscarle el sentido a las cosas. Creo que cada vez que contaba una anécdota esperaba encontrar algo nuevo en ella que explicara mejor las cosas que la vez anterior. Con casi sesenta años, este hombre desconocía el significado del sosiego mental. Su alma se alimentaba de la lucha: reaccionaba ante todo. Si los términos de una discusión le eran ajenos, confusas las circunstancias en las que se encontraba, o ininteligibles una serie de gestos, inmediatamente traducía los términos, descifraba la circunstancia y elaboraba una interpretación que lo persuadiese de que captaba lo que sucedía. Le parecía intolerable vivir en un mundo que no comprendiese. Si no entendía las cosas, no podía actuar y actuar era su necesidad.

En este sentido nos compenetrábamos estupendamente. Yo había albergado dudas toda mi vida sobre cómo actuar pero, por otro lado, tampoco podía soportar un minuto, una hora al día en un estado de indiscriminada capacidad de reacción verbal. Tenía una opinión sobre todo. Es más, mi ansiedad ante la ausencia de respuesta en los demás era monumental. Ante el silencio, hablaba con rapidez y durante un tiempo abrumador para llenar lo que yo sentía como el vacío, dejándome agotada a mí misma y a los que me habían echado sobre los hombros la acuciante necesidad de pronunciar palabras, palabras y más palabras. Con Joe estaba en la gloria. Teníamos un

mecanismo incorporado de descarga y reabastecimiento. Hablábamos hasta el frenesí, luego hacíamos el amor de forma salvaje y maravillosa, después nos desenganchábamos y continuábamos hablando.

Nuestro diálogo no era exactamente una conversación. Ejecutado a un alto nivel de velocidad y ruido, consistía en una serie de confrontaciones a cámara rápida. Afirmación, negación, defensa: esa era la manera que teníamos de concebir el diálogo. Y cuanto más insistente era el encaramiento —es decir, cuanto más volátil y explosivo—, más estimulados y tranquilos, creo, nos quedábamos. Este apetito que teníamos de sostener nuestra opinión hasta el final era una medida de lo fundamental que era el arma que ambos concebíamos que era la inteligencia elocuente. Si cada uno de nosotros lograba convencer al otro de que viese la verdad bajo su punto de vista, el mundo giraría sobre su eje y todo lo que nos frustraba se vaciaría en un espacio inocuo.

En realidad, no prestábamos demasiada atención al hecho de que nos peleábamos constantemente. Nos reíamos del estereotipo social que representábamos: la feminista y el izquierdista enzarzados en una batalla erótica. Pensábamos que, como no dejábamos de hablar, teníamos una conexión. En realidad, solo conectábamos en la cama. De pie, defendíamos nuestras posturas. Considerado el alboroto, ahora llama la atención que las sorpresas siguieran llegando.

Un día, cuando ya llevábamos juntos seis u ocho meses, salimos a dar un paseo y nos encontramos a una amiga mía del colegio. Propuso que tomáramos un café. Joe, creyéndose socialmente responsable y para encandilar a mi amiga, acaparó la conversación. En otras palabras, no dejó que la conversación avanzase. Si una de nosotras decía: «Hay una piel de plátano en la acera», Joe contestaba: «Hablando de pieles de plátano, esto me recuerda a una vez que estaba en Flint, Michigan, y...», y nos soltaba una historia de veinte minutos sobre sindicatos. Mi amiga estaba desconcertada. Joe no se dio cuenta de nada. Unos minutos después, repitió la operación. Si hubiésemos estado los dos solos, me habría puesto hecha una furia con él. Dadas las circunstancias, mantuve la boca cerrada y me quedé mirándolo. Comencé a verlo a través de los ojos de mi amiga. Lo oí como pensé que lo oiría ella. Imaginé lo que estaba pensando: «He aquí un fanfarrón prepotente

con el que es mejor no mezclarse, del que es mejor alejarse, con el que resulta agotador acordar cualquier cosa».

De repente me sentí sola, horriblemente sola.

—Volvamos a casa —dije en cuanto dejamos a mi amiga—. No me encuentro muy bien.

Joe levantó la mano para llamar a un taxi. Una vez en el apartamento, me arranqué la ropa y lo arrastré hasta la cama.

—Pensaba que no te sentías bien —dijo.

—Si hacemos el amor me sentiré mejor —le expliqué.

Pero no fue así. Me seguía sintiendo sola. Joe no se dio cuenta. Estaba apoyado sobre las almohadas, con las piernas estiradas sobre la cama, y parloteaba añadiendo detalles a la historia de Flint, Michigan, acariciándome ininterrumpidamente, inconscientemente, mientras hablaba. Yo estaba recostada sobre su pecho, sintiéndome cada vez más aislada.

—¡Para! —grité—. ¡Por favor, para! ¡Para!

La boca de Joe se cerró en mitad de una frase. Echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos buscaron los míos.

—¿Qué te pasa, cielo? —me dijo.

Nunca me había oído antes ese tono.

—Escúchame —le supliqué—, solo escúchame.

Asintió sin apartar los ojos de mí.

—No me conoces nada —dije—. Te crees que soy esa mujer habladora y liberada que va rompiendo moldes, tan impetuosa y segura de sí misma como tú, dispuesta a comerse el mundo como tú, y yo no soy para nada así. Hacer el amor ahora me está haciendo sentir sola y no sabes cómo es mi vida.

Volvió a asentir.

Le dije cuánto había ansiado una vida como la suya, pero que nunca la había tenido y que siempre me había sentido marginada, enterrada viva en la oscuridad, y que todas las palabras que pronunciaba no eran capaces de disipar la sensación de aislamiento. Le conté cómo a veces me despierto de repente en plena noche, me siento en la cama y me encuentro sola en mitad del mundo. «¿Dónde *está* todo el mundo?», me pregunto en voz alta, y tengo que tranquilizarme diciendo: «Mamá, en Chelsea; Marilyn, en la calle Setenta y tres; mi hermano, en Baltimore». La lista, le confesé, es patética.

Hablé y hablé. Seguí y seguí, sin pausa ni interrupción. Cuando me detuve me sentí aliviada (a solas, pero no sola) y, rápidamente, avergonzada. Estaba muy callado. «Vaya», pensé, «qué tonta eres por haberle contado todo esto. No le gusta nada esto, ni una pizca, ni siquiera tiene ni idea de lo que estás hablando». Entonces, Joe dijo:

—Cariño, vaya vida interior más rica que tienes.

Abrí los ojos como platos. Interioricé las palabras. Reí de alegría. ¡Que guardara aquella frase en su interior! ¡Que hubiera pronunciado aquella frase que guardaba en su interior! En aquel momento lo amé. Por vez primera, *lo amé*.

—¿Y su mujer? —decía mi madre.

—¿Y tú? —decían mis amigas.

Me topé con una conocida por la calle. Llevaba pendientes de plata y el cabello gris rizado, sus ojos bailaban con interés, su sonrisa era acogedora y comprensiva.

—Vas a necesitar mucho aguante y mucho autocontrol —me dijo.

Aquella mujer entendía mejor el asunto.

Todos asumían que yo sabía que la esposa de Joe era la esposa, y yo la otra mujer, y que Joe era el premio destinado a tocarle a una de las dos, aunque ese no era el caso. «¿Por qué —pensaba— podría querer yo que Joe dejase a su esposa? Y entonces, ¿qué haría? ¿Meterlo en mi apartamento? Es demasiado pequeño. Además, puede que no me guste irme sola a la cama, pero sí que me gusta levantarme sola. Sí, cuando se va me duele, pero no tanto. Estoy a gusto con la situación. Y, además, resulta interesante».

La esposa de Joe era un ente abstracto para mí. Ni me sentía culpable ni celosa. Esto se debía a que no sentía celos a causa de Joe, cuyos dones para la vida (dones de los que hacía uso tanto en la organización sindical como en los asuntos amorosos) incluían una total fiabilidad y un humor notablemente constante. Hombre de inmenso apetito y energía, Joe sabía dedicarle el tiempo que merecía a todo. Cuando me acompañaba, estaba tan absoluta e incondicionalmente presente que no me sentía ni privada ni posesiva cuando no lo hacía. Por primera vez, lo que un amante hiciese cuando no estaba

conmigo no me causaba la más mínima preocupación. De hecho, consideraba que no era asunto mío. Fue *toda* una experiencia.

Imagínense. Vivía completamente para el presente, sin ninguna garantía formal más allá de la llamada de teléfono del día siguiente por la mañana, y estaba interesada: ni triste ni llorosa ni asustada ni resentida, solo interesada. «Esta —razonaba yo— es una circunstancia en la que una claramente no puede llegar a un acuerdo. Lo cierto es que uno nunca llega a un acuerdo. Esta aventura no es más que la verdad desnuda, sin filtros. ¿Puedes aceptarlo o te vas a derrumbar en ausencia de un espejismo?». En efecto, aguante y autocontrol eran lo que hacía falta para responder a la pregunta. Estuve a la altura. Comencé a acariciar la idea de vivir sin un futuro: teníamos poco tiempo para perderlo en comportamientos inadecuados. Vi cómo impulsos erróneos se extinguían antes de poder causar problemas. Vi cómo una ira refleja cedía el paso a un entendimiento analítico. Vi cómo las pequeñas indulgencias se reprimían y cómo prevalecía una especie de severa justicia emocional. Vi todo esto, y todo me complació. Entonces llegó un día en el que también vi que aprender a vivir sin futuro es un ejercicio estéril: lo que parece vida en un jardín vallado es en realidad vida en el patio remozado de una prisión. La mujer de Joe continuó siendo un ente abstracto, pero el matrimonio de Joe se convirtió en un confinamiento imponente.

Ocupábamos un universo compuesto por una habitación y una temporada: mi dormitorio durante las tardes de diario. A medida que fue pasando el tiempo, ocupamos dicho universo más y más plenamente. El ansia se multiplicaba en ansia, el deseo en deseo. Nunca teníamos bastante porque nunca llegó a ser bastante. Yo siempre deseaba más.

—Más, no —me dijo una amiga serenamente—. Suficiente. Tú quieres suficiente.

Uno o dos años después caí en la cuenta de que lo que yo quería no era exactamente más, o ni siquiera suficiente. Era un mundo más amplio para que entrasen nuestros sentimientos. La vida precisa de espacio así como de aire y luz, un lugar para la exploración y el autodescubrimiento. Los límites de la exploración de la vida de nuestros sentimientos venían marcados por el matrimonio de Joe y dichos límites estaban cerca. No importaba lo que sintiésemos, nuestro amor no podía redactar leyes ni cartografiar territorio.

No existía país de experiencia que atravesar, ni costa que alcanzar, ni núcleo que penetrar. Estábamos en posesión de un pequeño espacio interior en algún lugar en medio de una fértil región de proporciones ignotas. En torno a aquel espacio se alzaban fronteras de firme estabilidad. El amor podía hacerse más intenso, pero nunca expandirse hasta ocupar un territorio hecho a su propia medida. La realidad del límite preestablecido me corroía por dentro.

Por aquella misma época, me di cuenta de que el rectángulo dentro del cual nacían o morían mis ideas también era un pequeño espacio interior en el que se había apiñado mi vida laboral, en vez de haber tallado el trabajo a partir del cuerpo más grande de un yo libre con la forma y extensión del territorio que necesitaba ocupar.

Durante un instante, me alejé de mí misma. Vi que me hallaba suspendida dentro de mi propia vida. Solo una pequeña porción de ella tenía sustancia, el resto yo lo soñaba despierta. Joe y el tiempo que yo pasaba ante el escritorio eran intentos parejos por alcanzar un destino manifiesto. Me alejé aún más y vi que no podía imaginar cómo comenzaría a tomar posesión del resto del territorio, tanto en el trabajo como en el amor.

De modo que, poco antes de cumplir los cuarenta, llevaba una vida de fantasía tanto en el trabajo como en el amor: intensa, ensoñadora, propia de una chiquilla: un complemento necesario para la empobrecida realidad. La doble naturaleza de esta ensoñación compulsiva me llevó a realizar un descubrimiento bastante trascendente.

Una semana de verano, cuando Joe y yo llevábamos juntos dos años, me sorprendí a mí misma trabajando inusualmente bien. Me sentaba ante el escritorio y me concentraba. No se me ponían los ojos vidriosos contemplando las palabras, no me revolvía en mi silla sufriendo la confusión y la fatiga. En cambio, me sentaba cada mañana con la mente clara y, hora tras hora, trabajaba. El rectángulo se había abierto de par en par y permanecía abierto: en el centro emergió una idea. En torno a aquella idea se formó un gran entusiasmo que me invadió por completo. Comencé a fantasear con la idea, a adelantarme a ella, a visualizar su particular fuerza y su ímpetu mucho antes de que se mostrase con claridad. De este fantaseo surgieron imágenes y

de las imágenes, una integridad de lenguaje y pensamiento que me dejaba atónita cada vez que se repetía. Al final de la semana, tenía un montón de material escrito sobre mi mesa. El viernes por la tarde dejé a un lado el trabajo. El lunes por la mañana lo repasé y vi que las páginas tenían mérito, pero la idea estaba mal concebida. No acababa de funcionar. Tendría que abandonar todo lo que había hecho. Me sentí desmoralizada. El período de inspiración laboral estaba llegando a su fin. La oscuridad y el vapor volvieron a cernirse sobre mí, el rectángulo se marchitó y yo volví a arañar dolorosamente pequeños momentos de claridad, como de costumbre y como siempre. Aun así, resultaba apasionante recordar las horas que había dedicado a ello bajo el influjo de mi visión. Me sentí fortalecida por el esfuerzo laboral sostenido al que me habían llevado mis fantasías.

Durante aquel mismo período, Joe y yo alcanzamos un nuevo nivel de intensidad. Todas las tardes a las cuatro ardíamos y nos ahogábamos. Durante aquellos peligrosos días parecía como si nos estuviéramos aproximando a un momento de clímax. Al atardecer, cuando él ya se había ido, yo salía a pasear bajo el dulzor de las últimas luces del día, fantaseando sobre los dos. Juntos ahora, juntos en el futuro, los dos paseando, los dos en la cama, los dos haciendo el tonto. Los dos. Me dejé llevar aquella semana, todo nervios de la emoción, melancólica dulzura, anhelo al descubierto. Entonces, una tarde, me sentí afligida y despojada, asustada de caminar sola por la calle, soñando una vida con un hombre que estaba en otra parte y que siempre estaría en otra parte. Me estremecí y sentí náuseas. Me entró dolor de estómago. Aquella noche me fui temprano a la cama y me desperté de un sueño intermitente para volver a encontrarme en medio de un paraje desnudo. La profunda oleada de sugestión ensoñadora en torno a la cual mi cuerpo se había acurrucado durante toda la semana se convirtió en un nido de gusanos que devoraba mis entrañas. «Oh», pensé, «esto es re-pug-nan-te».

Me levanté y escribí en mi diario: «El amor es una función de la vida emocional y pasiva, dependiente de otro ideal para alcanzar una resolución satisfactoria: la postura primitiva en la que nacemos. El trabajo es una función de la vida expresiva y activa y, aunque fracase, uno conserva el conocimiento fortalecedor del yo que actúa. Solo cuando se niega el acceso a la vida imaginativa, uno se entrega por completo al amor».

Me senté en mi escritorio a las cuatro de la madrugada contemplando el secante, las estanterías, el ordenado confort de mi rincón de trabajo y pensé: «Mamá rinde culto al altar del Amor, pero su eterno aburrimiento lo dice todo».

Volví a la cama. Por la mañana continuaría la batalla. Siempre era por la mañana cuando continuaba la batalla. Nunca en el momento. Ni en el trabajo ni con Joe. No era capaz de ver que cada uno de ellos era el modo que tenía de huir del otro. Con Joe me entregaba al goce, evitaba el dolor puro del trabajo constante. Con el trabajo me endurecía frente a la «irrupción» del amor: me bastaba con un hombre casado. Durante años me dije: «Por la mañana». Lo que, claro está, nunca ocurrió.

Joe era el hombre más social que haya conocido nunca. Su sentido de la vida era genérico: en cualquier momento, cualquiera de entre veinticinco personas podía ocupar el lugar de la mujer, la amante o la amiga. Consideraba pueril pensar que la felicidad humana recaía en un vínculo o circunstancia particular. Decía que la clave estaba en recrear el mayor mundo posible en cualquier pedacito que nos hubiera tocado en suerte. No sentía la punzada de nuestro confinamiento como yo. En cambio, se decía: «Esto es lo que tenemos a nuestra disposición, veamos cómo nos las arreglamos con lo que tenemos», y se ponía manos a la obra.

Nunca dejó de irradiar vida hasta mí, hacia mí, para mí. Siempre estaba inventando nuevos placeres y amenidades que añadían chispa y magnitud a nuestra relación. Tomábamos champán en la cama, comíamos ostras en el centro y hacíamos viajes sorpresa a la costa. Me traía los libros que me hacían falta, me enviaba recortes de prensa a diario, se las arreglaba para quedarse por la noche cuando menos me lo esperaba y preparaba el desayuno por la mañana. Nuestra vida emocional era un tema absorbente para mí y acabó siéndolo también para él. Se deleitaba con la amplia naturaleza del debate, se internaba en él sin miedo ni actitud defensiva y pronto me atrapaba con el sustento cotidiano que esta charla me proporcionaba.

Yo contemplaba con ternura y asombro cómo se partía la espalda cada día no solo para ganarse mi confianza y mi amor, sino también para pensar todo

el tiempo en cómo podíamos tener más. Joe nunca sintió que no tuviera suficiente, pero él también deseaba más y siempre estaba confabulando para conseguirlo. Yo no pensaba demasiado en aquello. Parecía natural que yo me limitase a dejarme llevar por la oleada de abundancia que nos llegaba a los dos.

Un día, durante el otoño de nuestro tercer año, Joe me contó que un amigo suyo tenía un barco y que estaba pensando en comprárselo. El barco estaba fondeado en el Caribe y Joe iba a tomar un avión para echarle un vistazo dos semanas después:

—Vente conmigo —me propuso—. Lo pasaremos genial. Tendremos dos o tres días para nosotros solos, quizá más.

Yo estaba libre y la propuesta llegó como un regalo inesperado. Lo cubrí de besos. «¡Qué hombre más maravilloso!», pensé. Siempre tan pendiente.

Tomamos un vuelo al Caribe un martes por la tarde. Aquella noche cenamos en una terraza que daba a una bahía turquesa e hicimos el amor en una habitación pintada de blanco mientras el aire nocturno entraba por las contraventanas abiertas, dulce y suave. Dicha. Dicha de martes por la noche. Dicha de miércoles todo el día. Dicha también de jueves. El viernes por la mañana nos preparamos para regresar a Nueva York. Hicimos el equipaje, dejamos el hotel y nos dirigimos al aeropuerto con nuestro coche de alquiler. De repente, no soporté la idea de regresar. Le puse la mano en el brazo y le supliqué:

—Quedémonos el fin de semana. Llama a tu mujer y dile que necesitas uno o dos días más para lo del barco.

Joe volvió la cabeza hacia mí. Vi cómo se le comenzaba a arrugar la frente y se le achicaban los ojos:

—Corazón, yo no vuelvo a Nueva York —dijo—. Mi mujer llega esta noche.

Fue su tono de voz lo que nunca he olvidado. El leve y confuso fastidio que había en él. Como si, por supuesto, ya me hubiera informado de ello y no comprendiese cómo se me había podido olvidar. Recuerdo haber pensado más tarde: luz de gas.

—¿Qué? —respondí—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que mi mujer llega esta noche. *Ya* te lo dije. Estoy seguro.

—¿Cómo te atreves? —dije—. ¿Cómo coño te atreves?

Casi se sale de la calzada. Pero, en su lugar, detuvo el coche y se llevó las manos a la cabeza. Me quedé mirando hacia la inhóspita mañana tropical que deslumbraba por el calor y la neblina.

—Se me ha debido de olvidar —dijo Joe—. Perdóname. Fue un lapsus de memoria conveniente, estoy seguro. Se me olvidó porque pensé que, si lo sabías, el viaje se estropearía.

—Eso es despreciable.

—¿Por qué? —gritó—. ¿Por qué es despreciable? Yo quería que nos lo pasáramos bien. Pensé que no sería así si sabías de antemano que no volveríamos juntos. ¿Qué tiene de malo? Nos lo hemos pasamos estupendamente, ¿o no?

—Me manipulaste. Te guardaste información. Decidiste por tu cuenta que era más importante que nos lo pasáramos bien a que yo supiera lo que debía saber. Te importó más la situación que yo.

—Eso no es cierto —dijo.

Pero era cierto. Para Joe, la situación siempre era más importante que los implicados en ella. Dado que nos pasábamos la vida en el dormitorio, hasta ese momento no había tenido la oportunidad de sufrir en mis carnes lo que hacía mucho tiempo que mi intelecto sabía.

Mi madre estaba contenta de que tuviese a alguien a quien amar. Al principio se me echó encima igual que había hecho con Stefan, incluso peor: «¿Qué se siente al robarle el marido a otra?», pero ahora se recuperaba antes de sus confusas pataletas por mí y los hombres. Nada más cerrar de un portazo, la oí decir: «¡Vuelve! ¡Vuelve! No quería decir eso».

Y lo decía de corazón. En cuestión de minutos parecía haber aceptado las condiciones de nuestra relación y aceptó a Joe en su casa. De hecho, tenía muchas ganas de que fuese a verla. Para ella, Joe era una figura con glamur y una persona de mundo, un hombre de fuerza, osadía y resolución. Estremeciéndose de coqueto deleite, dijo admirada: «¡Qué desparpajo tiene ese hombre!».

No podía evitar cotillear con la familia. Cuando mis tíos y mis tías

preguntaban por mí, decía: «No te puedo contar nada», en un tono tan insinuante y jugoso que inmediatamente atraía toda su atención y procedía de inmediato a informarles de que me había convertido en protagonista de una trágica historia de amor. Nuestros parientes, cómo no, se apresuraron a mostrarse condescendientes con ella haciendo gala de su alarmismo moral: un hombre casado, una conmoción y un escándalo que nunca antes se había dado en nuestra familia. Mamá se sintió ofendida (aquello no figuraba en el guión) y declaró altanera que había detalles del asunto que no tenía libertad para discutir. Que decidiesen por ellos mismos si la mujer de Joe estaba loca o tenía sífilis, o se encontraba en un estado prolongado de esto o aquello.

La mujer de Joe *era* un problema. Una vez que mamá se puso de nuestro lado, su convicción de que estábamos convirtiendo a su esposa en una víctima se convirtió en fuente de un conflicto que la atormentaba. Resolvió el conflicto soñando una y otra vez que «la mujer» se plantaba en la puerta de mi casa con un arma en la mano y me disparaba a bocajarro.

Mamá sabía que Joe era un hombre de apetito y voluntad. Veía cómo dominaba la conversación, ocupaba más espacio del que le correspondía y hacía politiquero para lograr lo que quería, pero pensaba que no valía la pena defender sus principios ante aquel rasgo de carácter más bien desagradable. Consideraba una menudencia que Joe me impusiese su voluntad. «Hombres», suspiraba con resignación. ¿Qué más daba? «¿Te quiere? ¿Se porta bien contigo? ¿Que quiere actuar como un hombre? Deja que lo haga. A ti no te perjudica, no significa nada».

En el cuarto año de nuestra relación, su mujer cayó gravemente enferma de forma tan repentina que resultó alarmante. Parecía que iba a morir. Joe deambulaba como aturdido. Sentía un gran cariño por su esposa, nunca la dejaría mientras viviese y ahora que se estaba muriendo temía por ella. Aun así, sus pensamientos eran confusos y sus sentimientos estaban divididos. Nadie pronunció una palabra acerca del significado potencial que este giro de los acontecimientos tenía para nosotros, pero todos estábamos expectantes. Horrorizados pero expectantes y, sin percatarnos de ello, comenzamos a actuar como si Joe y yo fuésemos a casarnos pronto.

Una tarde, por aquella época, mamá y Sarah se pasaron por mi casa a tomar café. Las dos hermanas siempre andaban juntas, y siempre andaban

riñendo. Una conversación corriente entre ellas era un entretenidísimo ataque. «Un muchacho se ha caído en la calle», decía Sarah, por ejemplo. «Se le han puesto los ojos en blanco, brazos y piernas se le iban en todas direcciones. Es la primera vez que he visto un ataque de epilepsia». Y mi madre replicaba: «Pero ¿qué dices? No sabes lo que dices. Lo que has visto era a un drogadicto. ¿Sabes lo que es un drogadicto?». Ante lo cual Sarah decía, negando con la cabeza: «Tu madre. Se cree que, como no le crecen cebollas en la cabeza, es la mujer del rabino»<sup>[8]</sup>. Siempre disfrutaba mucho con sus visitas.

A las cuatro y media, Joe se presentó.

—Disculpad —dijo sonriente—. Espero no interrumpir, pero hoy es mi día de suerte. Esta mañana hemos firmado un contrato por el que llevábamos meses peleando. He pensado que podríamos celebrarlo.

Sacó una botella de vino de una bolsa de papel y se desplazó a toda velocidad por el salón sin dejar de hablar mientras colocaba cuatro copas sobre la mesita, abría la botella y servía el vino.

Los ojos de mamá bailaban de placer. Para ella, Joe era siempre motivo de celebración. Tomó la copa que él le ofrecía y se bebió de un trago su contenido líquido.

—¡Ay, no! —se ruborizó intensamente Sarah—. Yo no puedo tomar vino durante el día.

—Claro que puede —dijo Joe, tendiéndole su copa llena. Ella la aceptó con reticencia.

Joe y yo alzamos nuestras copas. Todos bebimos. Joe peroraba mientras mamá y yo emitíamos los sonidos femeninos convenientes («¡Qué maravilla!», «¿De verdad?», «¡Es estupendo!»), pero Sarah se quedó muy callada. Sentí una punzada al ver a mi voluble tía silenciada de forma tan abrupta.

Cuando nuestras copas se vaciaron, Joe volvió a levantar la botella y la tendió, primero hacia mí. Elevé mi copa para ponerla a la altura de su brazo alzado. Me sirvió. A continuación tendió la botella hacia mamá, que dijo:

—Ya no más.

Sarah apartó la botella de delante, alarmada.

—Ah, venga —insistió Joe, golpeando con la botella la copa de mamá.

—Bueno, anda. —A mamá le entró una risa nerviosa. Joe llenó su copa y se volvió hacia Sarah, que, con voz firme, dijo:

—No, gracias. No quiero más.

—Ande, anímese —dijo Joe, inclinando la botella hacia ella.

Sarah cubrió Su copa con la mano.

—No —dijo—. No puedo.

—Joe, cuéntame —dijo mamá—, ¿cómo fue esta mañana con la patronal?

Joe se echó a reír y se puso a contarle la historia por tercera vez, pero al cabo de un minuto o así, se volvió de nuevo hacia Sarah con la botella de vino en la mano.

—Venga —dijo.

Sarah se quedó descolocada, pero volvió a tapar la copa con la mano y a decir que no con la cabeza.

—De verdad que no quiero más —dijo.

—¡Claro que quiere! —dijo Joe—. No sea tímida. —Y comenzó a darle empujoncitos en la mano con la boca de la botella—. Ande, ande, ande...

Mamá bajó la vista hacia su copa. Sarah parecía extremadamente desconcertada.

Puse mi mano sobre la de Joe. Él me miró.

—Ya es mayorcita —le dije—. Si dice que no, es que no.

Durante un instante, tras decirle aquello, nos quedamos inmóviles, mi mano sobre la suya, nuestras miradas fijas la una en la otra. Pero entonces, Joe apartó la mano, sonrió y dijo:

—Vale, lo he pillado.

Era un hombre verdaderamente afable. No sabía ser de otra manera.

A las cinco y media, los tres se levantaron para irse. Joe ayudó a Sarah con su abrigo y yo, a mamá con el suyo. Me quedé en la puerta mientras ellas caminaban hacia el ascensor. En mitad del rellano, mamá se detuvo:

—Me he dejado las llaves —gritó.

Cuando llegó a mi altura, vi que las llevaba en la mano. Pasó por delante de mí para entrar en el apartamento, con aspecto inquieto.

—¿Dónde las habré dejado? —repetía, como si hablase consigo misma.

—Pero mamá, si las tienes en la mano.

—¡Ay, Dios santo! —Pero se quedó ahí parada, con aire de desconcierto.

A continuación, puso su mano en mi brazo—. No te cases —dijo, y salió disparada hacia el rellano.

La mujer de Joe no murió. Se recuperó, y nosotros seguimos como antes de su enfermedad, con nuestra explosividad habitual un cuarto, un quinto y un sexto año. El nuestro era un intercambio primitivo de energías —la conversación desbordante, el sexo extático— que nunca mudó su naturaleza. De vez en cuando, entre el ruido y el humo, uno de nosotros vislumbraba la manera en que el otro ordenaba el mundo y, durante un momento, sentía cómo latía el corazón al final de un largo razonamiento. Pero el momento estaba condenado a pasar. Si uno de los dos se quedaba demasiado tiempo escuchando lo que el otro había dicho en realidad, enseguida nos descubríamos a la deriva. Aquella cruda energía entre nosotros era lo que amábamos. Discutir nos excitaba.

En el centro de aquella relación alborotada, compleja y llena de conversación, nuestra conexión mantuvo su erotismo. Nosotros, que conversábamos durante horas, días, meses y años con tanta pasión, dábamos por hecho que perderíamos el interés en el momento en que uno de nosotros dejase de excitarse en la cama. Yo sabía que aquella era la verdad latente entre nosotros, lo decía en voz alta —a menudo— y, aun así, parecía que no sabía lo que querían decir aquellas palabras. Entre que uno lo vislumbra fugazmente y se siente empujado a actuar se extienden kilómetros de angustia por la negociación.

—Nuestra conexión es erótica —decía yo periódicamente.

—¿Ah, sí? —respondía Joe con tono de interés.

—Ninguno de nosotros reacciona ante la forma o el contenido específico de la mente o del espíritu del otro. Nos conectamos solo a través de la excitación sexual.

Él se reía sin parar. Como si yo acabase de inventar la rueda.

—Sí, cariño —decía con paciencia—. Así sucede entre hombres y mujeres. La conexión, como dices, es erótica. ¿Y qué? ¿Qué problema hay en que se nos caracterice de esa manera?

—Lo odio —decía yo—. Lo encuentro insultante. Siempre lo he

encontrado insultante.

—Pues bueno —decía él—. Supongo que tendrás que seguir siendo insultada por unos cuantos miles de años de historia.

No le llevé la contraria en el momento. En lugar de eso, me sumí en una especie de serena inactividad de la que solo me esforzaba por salir brevemente, cuando me sentía descolocada durante una conversación, exiliada en mis pensamientos, o generalizada en mi ser («Las mujeres sois...»). Después volvía a calmarme y durante meses dejaba pasar todo. El vínculo erótico tenía sus ventajas y estas, inevitablemente, hacían inclinarse la balanza.

En primer lugar, estaba la magnitud del amor sexual en sí mismo. El deseo garantizaba ternura. La ternura descartaba el peligro. Una vez fuera de peligro, me sentía libre para retirarme a la absorbente vida secreta de mi propio abandono. En la cama no tenía que ser yo misma. Podía abandonarme y aun así sentirme segura. Salía de aquel abandono y ahí estaba Joe, aferrado a mí, más digno de confianza que nunca, ahora que había recibido nuevamente prueba de sus propios poderes vitales.

No tenía que ser yo misma. Con Joe, por primera vez, sentí la fascinación de no tener que ser una misma: el auténtico alivio. Durante toda mi vida había sospechado que no era lo bastante interesante, ni lo bastante especial ni poseía el talento suficiente para mantener la atención de los que buscaban mi amistad o mi amor. Tenía la capacidad de atraer a la gente, eso es cierto, pero ¿también la de retenerla? Nunca estaba segura. Ahora, al parecer, no necesitaba estarlo. La conexión erótica me concedía un aplazamiento. No me sentía presionada por captar el interés o ganarme el respeto a diario. Las cartas estaban sobre la mesa: podía relajarme. Comprendí el enorme atractivo del matrimonio. Implicarse una misma, sola, ya no era un requisito: la otra mitad podía hacer el trabajo. Los encuentros a campo abierto en el mundo ya no implicaban exponerse al peligro.

Todo aquello resultaba interesante, pero en el fondo de mi ser, le daba la espalda. Durante el sexto año de nuestra relación comencé repetir «Nuestra conexión es erótica» con regularidad monótona y siempre con una especie de rabia apagada en mi voz. Lo que quería decir, claro está, es que no estaba conectando eróticamente. Nuestras disputas habían comenzado a hacer mella

en mí. La confrontación dejó de excitarme. Ya no estallaba con la velocidad ni el ardor previsibles. De repente, teníamos una mala semana, no nos acostábamos juntos. Cuando nos veíamos, yo estaba indolente y desorientada. La atención de Joe divagaba abiertamente. Luchábamos contracorriente, conversando durante hora y media.

—Estamos desacompasados —decía uno de los dos.

—Una etapa gris —confirmaba el otro.

—La semana que viene todo volverá a ser como antes.

Y la semana siguiente todo volvía a ser como antes..., durante uno o dos días.

Poco a poco nos íbamos alejando, y ambos lo sabíamos. El ambiente estaba envenenado de confusión y remordimiento. Yo me ponía reticente:

—Esto no puede seguir así para siempre, ya lo sabes.

Joe se ponía serio.

—Cortemos ahora mismo.

Pero seguíamos.

Una noche recibí una llamada de teléfono de mi amiga Linda:

—¿Todo bien entre tú y Joe? —me preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

—Es que me ha estado llamando.

—¿Cómo que te ha estado llamando?

—Me ha pedido que nos viéramos varias veces. Y acabo de recibir una carta suya muy inquietante.

El corazón me golpeó violentamente el pecho.

—¿Quieres decir que se te ha insinuado?

—No estoy segura, pero creo que sí.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo iba a atreverse a insinuarse a una amiga mía?

—Eso pensé yo, pero la carta es tan provocativa que pensé que tenía que informarte.

—Sí, claro, por supuesto. Gracias, muchas gracias por llamar.

Linda era una periodista sindical con la que Joe había coincidido muchas veces en mi casa. Puede que sus llamadas tuvieran que ver con temas de trabajo. Sí, tenía que ser eso. Tenían que ver con su trabajo. Me lo

mencionaría durante la semana.

Pero no me lo mencionó durante aquella semana, ni durante la siguiente. Entretanto, yo había quedado con Linda, y ella me había enseñado la carta: era una invitación abierta para tener una aventura.

Le conté a Joe que Linda me había llamado y que me había enseñado la carta. Estaba perplejo.

—¿Te ha llamado? No me lo puedo creer. ¿Qué clase de amiga es esa?

—Una buena amiga, eso es lo que es.

—Pues para mí, no.

—¿Quieres decir que tenía que haberse callado?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—No que no deberías haberte insinuado, sino que se lo tenía que haber callado, ¿es eso?

—No me vengas con esas. No pienso defenderme. No he sentido ningún reparo con mi mujer durante todos estos años como para sentirlos ahora contigo. Hace mucho tiempo que las cosas entre nosotros no van bien. En lo que concierne al sexo, me considero un espíritu libre.

—Pero ¿por qué con una amiga mía? ¿No te das cuenta de que eso es inadmisibile?

—En absoluto. ¿Hacia quién va a sentirse uno atraído sino es hacia las amigas de sus amigas? Que me sienta atraído hacia Linda no es ningún pecado, pero que ella te lo cuente, sí. No entiendo por qué querría una amiga tuya decirte algo que podría hacerte daño.

Me quedé mirándolo fijamente. Realmente, Joe no lo entendía.

—Si Linda se queda callada —dije—, los dos compartís un secreto. Automáticamente dejo de estar en igualdad. Me convierto en la esposa engañada, la que no tiene información. ¿Cómo pudiste interpretar tan mal a Linda como para pensar que me haría algo así? ¿Por qué? ¿Por un simple revolcón?

—Gilipolleces. En mi opinión, no es así en absoluto. Si no le apetecía, de acuerdo. Cierra el pico y todo sigue como antes. Llevo toda la vida haciéndole insinuaciones a las mujeres de mis amigos y, sí, también a las amigas de mi mujer. En ningún caso ninguna de las mujeres fue corriendo a contárselo a su marido, ni ninguna de las amigas corrió a contárselo a mi

mujer. Es una estupidez mezquina pensar que se está invocando a la «honestidad» cuando se hace una llamada para anunciar intenciones adúlteras.

—Dices eso porque te has pasado la vida entre gente que considera el matrimonio primordial. Las humillaciones que los hombres y las mujeres soportan dentro del matrimonio son menos importantes para vosotros que el matrimonio en sí. ¡Eso es desagradable! ¿Por qué íbamos a compartir Linda y yo esos valores? ¿En qué mundo crees que vivimos?

—No sé de qué narices hablas. Esto pasa a todas horas, todos los días de la semana. Así es como funciona el mundo, es el instinto más básico que hay, no tiene nada que ver con la amistad.

—Supongo que de eso se trata —dije lentamente—. Hemos dado con el quid de la cuestión. Creo que, sin lugar a dudas, es desagradable que te insinúes a una amiga mía, pero a ti no te parece mal porque crees que el amor no tiene nada que ver con la amistad.

—Eres una ingenua —dijo Joe suavemente—. Con todo lo que sabes, y aún no sabes que se trata de una relación antagonista. No existe la amistad en el amor.

—Rechazo esa definición —dije—. La rechazo de pleno. Si el amor es solo un vínculo romántico, que le den.

—Eres una cría —dijo Joe—. El amor no es más que *eso*. No hay vuelta de hoja.

—Pues pasaré sin él —dije—. Así no puedo vivir.

Él no dijo nada. Nos miramos a la cara el uno al otro durante un largo instante de silencio.

—Supongo que era inevitable —dije— que yo también me convirtiera en la mujer engañada.

—Siempre le toca a alguien —reconoció Joe—. A veces, incluso a mí.

Y de pronto, todo se acabó.

Quería ponerme las zapatillas de deporte y dar un paseo por el mundo, del Battery hasta el puente George Washington, pero un mazazo de fatiga me obligó a tumbarme en el sofá donde me quedé mirando al vacío. Entonces

sentí auténtica desesperación. Por mucho que procurase diferenciarme de ella, parecía que siempre acababa como mamá, echada en el sofá con la mirada perdida. Y nunca con tanta intensidad como cuando descubrí que acostarme con Joe había sido como acostarme con mi padre, no porque fuese mayor que yo y estuviese casado, sino porque era un hombre cuya visión del mundo hacía inevitable la ecuación hombre-marido-padre, mujer-esposaniña.

Repasé mi vida con los hombres: Stefan, Davey, Joe. Me habían parecido tan distintos los unos de los otros, pero no había aprendido nada de aquellas relaciones, había estado escondiéndome con los tres. Era casi como si hubiera escogido hombres que garantizaran que acabaría llegando a este momento, deprimida y paralizada por el fracaso del amor.

Al cabo de un rato, me levanté del sofá. No salí a caminar por el mundo —lejos de tocar tierra fume, sentí que iba a la deriva por un mar naufragado—, sino que me senté al escritorio. Me aferré al trabajo cotidiano: *tampoco* es que se me diera muy bien, pero nunca dejé de creer que el escritorio —y no la resolución satisfactoria del amor— podría ser mi salvavidas.

Fui a la consulta de una psicóloga. Le conté todo. Volví a contarle todo otra vez. Y otra vez. Cada vez que le contaba todo, me preguntaba:

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repetía yo perpleja.

—Sí, ¿por qué? —respondía ella con calma.

Siempre me preguntaba por qué. ¿Por qué te falta el aliento? ¿Por qué te limitas a ese rectángulo? ¿Por qué solo un pequeño espacio interior siempre asediado? ¿Por qué el espacio no se amplía y se expande hasta llenar tu vida? ¿Por qué?

A medida que los porqués caían sobre mí, yo corría, corría por las calles de la ciudad, las calles de mi vida. Me sentaba encadenada ante el escritorio, corriendo. Sin aliento, agotada, frenética. ¡Escribe un borrador! ¡Escribe un borrador! No hay aire, no hay tiempo. Puede que algún día haya aire y tiempo, ahora límitate a esbozarlo. El rectángulo se está cerrando. Trabaja rápido, más rápido. No puedo. Tengo un dolor en el costado. Apenas puedo

sentarme frente a la máquina de escribir. Me siento mal, estoy a punto de desmayarme, aguanta un poco, otra media hora delante de la máquina de escribir y me caeré al suelo. Mejor será que me encadene a ella, si no...

—¿Por qué? —preguntaba—. ¿Por qué encadenarte a la máquina de escribir? ¿Por qué luchar por tiempo y aire? ¿Porqué solo ese pequeño fragmento de buena escritura dentro de un espacio estrecho, rodeado de esa retórica de pánico y falta de aliento?

—Ese rectángulo —le expliqué al fin— es un fugitivo, un subversivo, un inmigrante ilegal en el país de mi ser. No tiene derechos civiles. Siempre está escapando.

—¿Y una mujer con marido? —preguntaba—. ¿Es ella la ciudadana natural del país? ¿La que tiene los derechos?

—Creo..., puede que sí..., tal vez sí. —Y me quedé sorprendida por la tristeza de mi voz—. Tiene razón. Puede que sea eso.

—Bueno, pues entonces habrá que casarte —dijo enérgicamente—. Nada más fácil.

—¡No! —grité acaloradamente—. No, no y no. Y mil veces no.

—Vale —dijo.

—No creo que pueda hacerlo. —Golpeé la palma de una mano con el puño de la otra—. No puedo naturalizar al inmigrante.

Volvió a preguntar por qué.

Y esta vez, cuando me lo preguntó, me vi de pie en la entrada de casa con mamá y Nettie, la pálida luz cargada de amenaza y angustia cayendo sobre nosotras. Aquella entrada. Es un perfume, una especie de éter aromatizado. Lo inhalo. Me embarga y me seda. Estoy de pie en la entrada, excitada y atenta, suspendida e inmóvil.

—¿Por qué? —insistió—. Quiero saber por qué. ¿Por qué no quieres abandonar ese pasadizo oscuro y estrecho?

Mi madre se materializó en el aire, su rostro suave, débil, tristemente inteligente. Se inclinó con ímpetu hacia delante. Tenía tanto interés en la pregunta como yo. Pero permanecí en silencio. No tenía respuesta.

Entonces, la psicóloga dijo:

—¿Y qué hay de los hombres?

—¿Los hombres? —repetí impasible.

—Sí, los hombres —dijo con calma.

—¡Jesús! —estallé—. ¡No puedo responder *también* a eso!

Después hablé más lentamente. Solo a medida que hablaba me di cuenta de que lo que yo había dicho era cierto.

—No —contesté con tranquilidad—. No creo que pueda aprender a hacer eso.

—Debes hacerlo —dijo aún con más calma—. Debes trabajar y debes amar.

Mamá y Nettie me rodearon suavemente con sus brazos. Sí. Sonrieron, entrelazando sus brazos a mi alrededor en medio de la pálida luz. Debes hacerlo.

Los años se suceden rápidamente... cuarenta y seis, cuarenta y siete, cuarenta y ocho... Ya no existe el pasado, solo el presente... setenta y ocho, setenta y nueve, ochenta. Ochenta. Dios mío, mi madre tiene ochenta años. Estamos inmóviles, mirándonos la una a la otra. Se encoge de hombros y se sienta en el sofá de su salón.

Vino a mi casa esta tarde. Tomamos algo, luego salimos a cenar por la zona y acabé acompañándola a su casa. Ella preparó café y hablamos, miramos fotografías, algunas viejas (Estados Unidos, 1941), otras todavía más viejas (Rusia, 1913) y leímos juntas cartas de un fajo que hemos manoseado cincuenta veces a lo largo de mi vida; cartas dirigidas a ella en 1932, escritas por un tal Noah Shecter, antiguo catedrático de Literatura en Rumanía y, en la época de la redacción de la carta, encargado de la panadería donde mi madre trabajaba como contable. Las cartas son notables: románticas fantasías decimonónicas escritas por un hombre solitario que vivía en el Bronx, casado con una mujer sin intereses intelectuales y con tres niños necesitados, que tenía la cabeza llena de Ibsen, Gorki y Mozart, y que se dejaba el corazón cada noche a medianoche en sus cartas a una vasija vacía de receptividad, vanidosa y de ojos marrones (mi madre con dieciocho años), que leía aquellos derroches de pasión a las ocho de la mañana antes de ir a trabajar para ver al hombre que las había escrito, rígido y formal, vestido con un cuello duro, con el mismo aspecto que Franz Kafka en la compañía de

seguros donde trabajaba. Ahora, sesenta años más tarde, sostengo entre las manos cientos de cuartillas amarillentas cubiertas de una caligrafía europea profusamente garabateada, la tinta negra hace ya mucho marrón, y descubro a través de los desvelos nocturnos de Noah Shecter que mi madre debía de entender lo pletórico que se sentía justo después de haber visto *Brand*, de Ibsen, representada en un teatro de la calle Catorce, y lo imperativo que era hacerle saber lo bien que los actores habían capturado el significado esencial de esta obra extraordinaria. Nos rodean cartas y fotografías (la veo con el aspecto que debía de tener la primera vez que las leyó): fragmentos, retales, historias contadas una y otra vez de la vida que fue y de la que no pudo ser. Sobre todo de la que no pudo ser.

Un peso triste y callado se cierne sobre mi madre aquella noche. Hoy está muy guapa —su cabello suave y blanco, su piel suave y lisa, el cutis marchito que vuelve a resplandecer—, pero los años se arrastran en su interior y en sus ojos veo el desconcierto, el persistente desconcierto.

—Toda una vida pasada —dice con voz queda.

Mi dolor es tan grande que no me atrevo a sentirlo.

—Exacto —digo sin énfasis—. No vivida. Solo pasada.

La blandura de su rostro se endurece y se le marcan los rasgos. Me mira y, con voz apesadumbrada, dice en *yiddish*:

—Esto vas a escribir: «Desde el comienzo ya estaba todo perdido».

Entonces nos sentamos juntas, en silencio, sin implicarnos la una con la otra, solo dos mujeres que escrutan la oscuridad de toda esa vida perdida. Mi madre no parece ni joven ni vieja, solo profundamente absorta por lo terrible de lo que ve ante sí. Y yo no sé qué soy a sus ojos.

Siempre hemos paseado, ella y yo. Ahora no siempre salimos a pasear. Ahora tampoco discutimos siempre. Ya no siempre hacemos las cosas que solíamos hacer. Ya no existe un siempre. Las rutinas comienzan a resquebrajarse. Este resquebrajamiento tiene sus propios placeres y sorpresas. De hecho, «sorpresa» es ahora la palabra clave entre las dos. No podemos depender del cambio, pero sí de la sorpresa. Sin embargo, tampoco podemos depender siempre de ella. Esto nos tiene entretenidas.

Una noche voy a verla acompañada de un viejo amigo, un hombre con el que me crie, alguien que las dos conocemos desde hace treinta años. Digo «conocemos» después de mucho considerarlo. Este hombre es un poco lunático. Un lunático inspirado, eso sí, pero un lunático no obstante. Él, al igual que Davey Levinson, ha crecido sin ningún tipo de guía moral y habla una especie de imaginativo galimatías. Es la única manera que conoce de sobrevivir a la angustia cotidiana del día a día.

Tomamos café con bizcocho. Estoy comiendo demasiado bizcocho. Es más, de hecho, lo estoy engullendo. Mi madre, viéndome, se está poniendo de los nervios. Grita:

—¡Para ya! ¡Por Dios, deja de comer así! ¿Es que te da igual engordar un kilo? Mañana te odiarás por ello. ¿Dónde está tu motivación?

Mi amigo, sentado a mi lado, con la cabeza echada adelante y hacia abajo y girada hacia un lado, mirándola como el loco que es, se pone a soltar tonterías sobre la motivación.

—Ya sabréis, cómo no, que la motivación es vida —dice—. La misma vida. Viene del latín *motus*, que significa moverse, poner en marcha, emprender...

Mi madre lo mira. Puedo ver en su cara que no entiende la estructura de esas frases. Se siente de menos: si no entiende algo, interpreta que la están llamando tonta. Su expresión se transforma en una de rutilante desdén:

—¿Tú te crees que me estás contando algo que no sepa? —dice—. ¿Te crees que nací ayer?

Hasta aquí, ninguna sorpresa.

Una semana más tarde estoy sentada en su apartamento tomando el té con ella y, sin venir a cuento, me dice:

—Cuéntame lo de tu aborto.

Sabe que aborté a los treinta años, pero nunca ha sacado el tema. Yo sé que ella abortó tres veces durante la Gran Depresión, pero tampoco lo menciono nunca. Y ahora, de pronto, esto. Su expresión es impenetrable. No sé qué ha provocado su pregunta y no sé qué decirle. ¿Debería contarle la verdad o...? ¡Qué demonios! La verdad.

—Aborté con las piernas contra la pared en un apartamento de la calle Ochenta y ocho Oeste, con Demerol inyectado en vena por un médico cuya

consulta era la esquina misma de la calle Cincuenta y ocho con la Décima Avenida.

Asiente a medida que hablo, como si estos detalles le resultasen familiares, incluso como si ya los esperase. A continuación, dice:

—Yo lo hice en el sótano de un club nocturno del Greenwich Village, por diez dólares, con un médico que la mitad de las veces que te despertabas lo hacías con la mano en su pene.

La miro con admiración. Me ha igualado punto por punto y ha subido la apuesta. Las dos nos echamos a reír al mismo tiempo. Sorpresa.

Otra noche estoy sentada a su mesa y hablamos de la vez que se puso a trabajar cuando yo tenía ocho años. Es una anécdota que nunca me canso de oír.

—¿Y qué te hizo tomar la decisión, mamá? O sea, ¿por qué esa vez y no otra?

—Siempre había tenido ganas de ponerme a trabajar, siempre. ¡Dios, cuánto me gustaba tener mi propio dinero en el bolsillo! Fue en plena guerra, cuando le dabas una patada a una piedra y te salían veinte trabajos. No pude resistirme.

—¿Y qué hiciste?

—Pues una mañana leí los anuncios por palabras, me vestí, bajé al centro en metro y solicité un trabajo. Diez minutos después ya lo tenía. ¿Cómo se llamaba la compañía? Se me ha olvidado.

—Angelica Uniform Company —respondo al instante.

—¡Te acuerdas! —me sonrío plácidamente—. Fíjate. Se acuerda. Yo no me acuerdo, pero ella sí.

—Ahora soy la depositaria de tu vida, mamá.

—Sí, sí. Ahora, veamos, ¿por dónde íbamos?

—Bajaste al centro y te dieron trabajo.

—Ah, sí. Pues entonces llegué a casa y le dije a papá: «Tengo un trabajo».

—¿Y cómo reaccionó?

—Mal. Muy mal. No quería que trabajase. Me dijo: «Ninguna otra mujer del barrio trabaja, ¿por qué ibas a hacerlo tú?». Y yo le contesté: «Me da igual lo que hagan las demás mujeres del barrio, yo quiero trabajar». —Se

queda con la mirada perdida en este recuerdo mientras sacude la cabeza. Su voz se quiebra—. Pero no fue bien, no fue nada bien. No duré mucho.

—Ocho meses —digo.

—Sí, ocho meses.

—¿Y por qué, mamá? ¿Por qué solo ocho meses?

—Papá estaba destrozado. No dejaba de repetirme: «Los niños te necesitan».

—¡Qué estupidez! —la interrumpo—. Me acuerdo de que yo estaba *emocionada* por que trabajases. Me encantaba ir con la llave colgada al cuello y corría para llegar a casa todas las tardes para hacer cosas que te facilitasen la tarea.

—Y luego me dijo: «Estás perdiendo peso».

—Te sobraban como diez kilos. Era *estupendo* que estuvieses perdiendo peso.

—¿Qué quieres que te diga? —me replica—. O la casa iba a ser un desastre o vosotros ibais a ser felices. Yo quería ser feliz. Él no quería que yo trabajase. Así que lo dejé.

Nos quedamos calladas un rato. Después, digo:

—Mamá, si fuese ahora y papá te dijese que no trabajases, ¿qué harías?

Se me queda mirando un buen rato. Tiene ochenta años. Sus ojos están apagados, su pelo es blanco, su cuerpo es frágil. Toma un sorbo de té, deja la taza y dice tranquilamente:

—Le diría que se fuese a la mierda.

Sorpresa total.

Estamos en la biblioteca del Lincoln Center para un concierto un sábado por la tarde. Hemos llegado tarde y todos los sitios están cogidos. Nos quedamos de pie en el salón de actos a oscuras, apoyadas contra la pared. Empiezo a preocuparme. Sé que mi madre no va a aguantar de pie las dos horas y media.

—Vámonos —le susurro.

—Shhhh —responde, apartando el aire con la mano.

Miro a mi alrededor. En la butaca de pasillo que hay junto a mí, un niño pequeño se remueve en su asiento. A su lado está su joven madre. Junto a ella, otro niño; y después, el padre y esposo. La mujer retira al niño de la

butaca, lo sienta sobre las rodillas y con un gesto invita a mi madre a sentarse. Mi madre se inclina, le brinda a la madre su sonrisa más deslumbrante y dice con zalamería:

—Cuando tengas ochenta años y quieras un asiento durante un concierto, volveré y te cederé uno.

La madre se queda encantada. Se vuelve hacia su marido para compartir su agrado. Ni hablar. Él se queda mirando con hostilidad a mi madre. He aquí un hijo judío que no ha olvidado. Su reacción me coge de improviso y me recuerda lo seductora que ha sido siempre mi madre, lo reacia que es a desprenderse de su más vieja artimaña, lo peligroso y digno de desconfianza que es ese encanto que tiene.

Sigue y sigue. Están pintando mi apartamento. Paso dos noches en su sofá. Cuando me quedo a dormir en su casa, me gusta preparar el café por la mañana, porque ella se ha acostumbrado a tomarlo flojo y a mí me gusta fuerte. Mientras tanto, se ha convencido de que su café flojo es la manera correcta de preparar el café y, aunque me ha dicho: «Vale, si no te gusta mi café, hazlo tú», se pone a mi lado en la cocina y me da instrucciones de cómo prepararlo como ella.

—Ya basta —dice mientras pongo café en la cafetera.

—No, todavía no —digo yo.

—Ya está. ¡Por Dios, ya basta!

—Mamá, compruébalo tú misma. ¿Ves lo que queda aún para llegar a la marca?

Mira. La evidencia es irrefutable. No hay suficiente café en la cafetera. Se aparta de mi lado, el borde de su mano corta el aire en su acostumbrado gesto de rechazo.

—Ah, déjame en paz —dice con una indignación honda y temblorosa.

Observo cómo retrocede. Su actitud displicente será lo último que pierda. De hecho, nunca desaparecerá. Es el emblema de su discurso, el idioma de su ser, lo que la funda a sus propios ojos. El desprecio hacia los demás es su lucha para alzarse de entre las bestias, de marcar distinciones, de discernir entre lo correcto y lo incorrecto, de no restarle importancia a nada, de dejar siempre las cosas claras. De pronto, su vida ejerce presión sobre mi corazón.

Ninguna de las dos tenemos el mismo interés por la justicia que antes. Nuestro antagonismo ya no es implacable: hemos sobrevivido a nuestra vida en común, si no juntas al menos sí una en presencia de la otra, y entre nosotras ahora se ha establecido una peculiar camaradería. Pero la costumbre de acusar y buscar la revancha es tan marcada que nuestras conversaciones últimamente resultan un tanto alocadas.

—¡Ay, por lo que he pasado en esta vida! —suspira mi madre.

—No has pasado por *nada* —le replico.

—Hay que tener valor —me chilla— para decirme eso.

Silencio. Enfado. Separación.

Inesperadamente, su expresión se relaja y dice:

—¿Sabes a cuánto está ahora el queso fresco? No te lo vas a creer. A 2,58 la libra.

Y yo estoy dispuesta, estoy dispuesta. Cuando veo la furiosa autocompasión desvanecerse de su rostro, permito que la mía se evapore. Si en medio de un intercambio de provocaciones dice: «Bueno, soy la madre que te ha tocado. Con otra te habría ido mejor, mala suerte que te haya tocado esta», y yo asiento: «Y que lo digas», ambas nos echamos a reír a la vez. Ninguna de las dos, al parecer, desea perpetuar el combate diciendo la última palabra. Nos asombra por igual, creo, haber vivido lo suficiente para ser receptivas durante eternidades simplemente a estar juntas en el mundo, más que concentrarnos en lo que cada una recibe o deja de recibir de la otra.

Pero esta ecuanimidad inimaginable carece de capacidad de permanencia. Anda a la deriva, se pierde, brilla de pronto con sospechosa intensidad y se niega a aparecer cuando más se la necesita, o aparece con las fuerzas mermadas. La situación entre nosotras es volátil. El cambio constante es nuestra realidad cotidiana. La inestabilidad es un asombro impregnado de misterio y promesa. Ya no andamos a la gresca. Hemos alcanzado un grado de distancia permanente. Atisbo los placeres del alejamiento. Este pedacito de espacio me proporciona la intermitente pero útil emoción resultante de creer que comienzo y termino en mí misma.

Es agosto y Nueva York se encuentra sitiada. Una montaña de calor

sofocante ejerce presión sobre las calles de la ciudad. No existe ni una gota de voluptuosidad estival bajo este bochorno. El calor solo resulta opresivo.

Ayer me senté con un amigo a beber té helado en Paley Park, a recuperarnos un momento del agotamiento del día. El muro de agua que se precipitaba a nuestras espaldas formaba un patio de tres paredes de milagroso frescor. Miramos en dirección a la calle que resplandecía a solo quince metros de donde estábamos sentados.

Mi amigo y yo, de costumbre parlanchines, hablamos con indiferencia de esto y aquello: proyectos de trabajo futuros y presentes, una película que había visto él, un libro que estaba leyendo yo, el último lío amoroso de un amigo común. Pensaba que estaba respondiendo igual que él a toda nuestra charla intrascendente, pero de repente me dijo:

—Muestras una falta de interés manifiesta en los hombres.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—El resto de mujeres que conozco (es más, u hombres), si llevan tanto tiempo como tú a dos velas, no se lo quitan de la cabeza. Es la prioridad. Pero tú no. Da la sensación de que tú nunca piensas en eso.

Mientras hablaba me visualicé tumbada en una cama a media tarde: el rostro de un hombre se hundía en mi cuello, su mano recorría lentamente mi muslo hasta alcanzar mi cadera y nuestros cuerpos estaban marcados con líneas de cálida luz que entraba por los resquicios de las persianas. La imagen me atravesó, abrasándome en cuestión de segundos. Me sentí aturdida por la pérdida: la diversión y la dulzura del amor, su delicia, su destello. Tragué aire con dificultad.

—No —dije—. Supongo que no.

La vida es difícil: es gloria y castigo. Las ideas son emoción, una compañía glamurosa. La soledad me devora por dentro. Cuando el equilibrio entre la lucha y la autocompasión se mantiene, me siento como una de las «Mujeres Sin Pareja»<sup>[9]</sup> —es decir, me veo dentro de un continuo de ese asombroso esfuerzo que se ha prolongado doscientos años— y me siento fortalecida, dotada de un nuevo espíritu, de una nueva voluntad. Cuando el equilibrio se pierde, siento como si me enterraran viva en el fracaso y la privación, sin

amor ni conexión. Las amistades son fortuitas, prevalecen los conflictos, el trabajo es la suma de sus incapacidades.

Esta noche pendo de un hilo, y me siento apenas capaz de no derrumbarme. Estoy sentada a la mesa de la cocina de mi madre, bebiendo café. Acabamos de terminar de cenar. Ella está en el fregadero, lavando los platos. Las dos estamos muy tensas esta noche.

—Es por el calor —dice.

El apartamento tiene aire acondicionado, pero a las dos nos gusta demasiado el aire de verdad. Hemos apagado el aparato y abierto las ventanas. Durante un minuto, la abarrotada y ruidosa avenida que discurre por debajo invade la cocina, pero muy pronto el tumulto se disuelve en un rumor de fondo. Volvemos casi sin pausa a nuestra incansable pesadumbre.

Mi madre está familiarizada con todo lo que ocupa mi mente. También está acostumbrada al orden habitual de mi letanía de quejas: trabajo, amigos, dinero. Esta noche, la conversación de ayer en Paley Park parece entrar deslizándose por la ventana con el sensual aire veraniego y, para mi sorpresa, me descubro diciendo:

—No estaría mal tener un poquito de amor ahora mismo.

Espero que mi madre se ría y diga: «¿Qué te ha dado esta noche?». En lugar de eso, sin ni siquiera levantar la vista de los platos, entra en modo automático y me dice:

—Bueno, tal vez ahora puedas sentir un poco de compasión por *mí*.

Levanto la vista lentamente hacia ella.

—¿Qué? —pregunto. No estoy segura de haber oído bien—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que tal vez *ahora* puedas entender lo que fue mi vida cuando murió papá. Lo que lleva siendo todos estos años. Ahora que eres tú la que sufre por la ausencia de amor, tal vez puedas entenderme.

Me quedo mirándola fijamente. La miro y la miro. Entonces me levanto de la mesa, la taza se cae, me lanzo contra la pared de la cocina como un animal enjaulado. La olla que mi madre está lavando repica contra el fondo del fregadero.

—¿De qué narices estás hablado? —grito—. Pero ¿de qué estás hablando? ¿De amor otra vez? ¿Y luego otra vez? ¿Es que no voy a oírte

hablar de otra cosa que no sea el amor hasta que me muera? ¿Es que mi vida no significa nada para ti? ¿Nada en absoluto?

El terror la ha dejado paralizada delante del fregadero, tiene los ojos clavados en mí, los labios pálidos, el color ha abandonado su cara. Creo que le voy a provocar un infarto, pero no puedo parar.

—Es cierto. —Estoy furiosa y mi voz suena homicida debido al esfuerzo que hago por no alzarla—. No he tenido éxito. Ni en el amor ni en el trabajo, ni en mis esfuerzos por llevar una vida ejemplar. También es cierto que no he tomado decisiones, no he tomado partido, que en mi vida he avanzado a traspiés porque estaba enfadada y tenía celos del mundo que quedaba fuera de mi alcance. Pero *¡aun así!* ¿Es que no merezco reconocimiento por haber dado con una buena idea, mamá? ¿La de que una debería *intentar* vivir su propia vida? ¿Eso no cuenta, mamá? ¿Eso no cuenta nada, mamá?

Su miedo se disuelve en compasión y remordimiento. Últimamente está tan maleable que te parte el corazón.

—No, no —protesta—, vivimos en un mundo distinto, en una época distinta. No quería decir nada. *Por supuesto* que mereces reconocimiento. Todo el reconocimiento del mundo. No te alteres tanto. Intentaba solidarizarme contigo, pero me equivoqué con las palabras. Es que ya no sé cómo dirigirme a ti.

De repente, el flujo de palabras se detiene. Otro pensamiento ha llamado su atención. La línea de defensa vira.

—¿No te das cuenta? —ruega en voz baja—. Lo único que yo tenía era el amor. ¿Qué tenía? No tenía nada. *Nada*. ¿Y qué *iba* a tener? ¿Qué *podía* tener? Todo lo que dices de tu vida es cierto, entiendo que es muy cierto, pero tú has tenido tu trabajo, *tienes* tu trabajo. Y has viajado. Dios, ¡has viajado! Has recorrido medio mundo. ¡Lo que habría dado yo por viajar! Yo solo tenía el amor de tu padre. Era la única dulzura de mi vida. Así que amaba su amor. ¿Qué podía haber hecho yo?

Pero que se nos rompa el corazón a las dos no es nuestro estilo.

—Eso no es excusa, mamá —digo—. Tenías cuarenta y seis años cuando murió papá. Podrías haberte asomado a la vida. Otras mujeres con muchísimas menos posibilidades lo hicieron. Tú *querías* quedarte atrapada en la idea del amor de papá. ¡Qué locura! Te has pasado treinta años atrapada en

la idea del amor. Podrías haber tenido una vida.

Aquí termina la conversación. Se acabaron las súplicas. Su expresión se endurece. Se crece ante una inflexibilidad que recuerda.

—Así que —recurre al *yiddish*, la lengua del desafío y la ironía— sobre mi lápida vas a poner: «Desde el principio fue agua pasada».

Deja los platos del fregadero, se seca con cuidado las manos en un paño y cruza hasta el salón, pasando por delante de mí. Yo me quedo en la cocina contemplando los dibujos del linóleo del suelo, pero al cabo de un rato voy tras ella. Está tumbada en el sofá, tapándose la frente con un brazo. Me hundo en una butaca que no está lejos del sofá. El sofá y esta butaca están colocados como estaban en nuestro salón del Bronx. No es difícil sentir que casi nos hemos pasado la vida entera ella tumbada en ese sofá y yo, sentada en este sillón.

Estamos calladas. Porque estamos calladas, resulta más difícil eludir el ruido de la calle. Me recuerda que no estamos en el Bronx, que estamos en Manhattan: para las dos, el viaje ha sido más que una serie de paradas de metro. Y aun así, esta noche, este salón se parece tanto a aquel otro, y la luz, la tenue luz de verano, parece de pronto una versión empañada de aquella otra luz pálida, la que nos bañaba en la entrada.

Mi madre rompe el silencio. Con una voz sorprendentemente libre de emoción —una voz distanciada, curiosa, que solo desea recabar información—, me pregunta:

—¿Por qué no te vas ya? ¿Por qué no te apartas de mi vida? No voy a detenerte.

Veo la luz, oigo la calle. La mitad de mí está dentro; la otra mitad, fuera.

—Ya sé que no, mamá.

## **Notas del traductor**

[1] «Mandato divino» en hebreo. <<

[2] «Negros» en *yiddish*. <<

[3] *Yiddish*. Exclamación de sorpresa, incredulidad, o simplemente utilizada para enfatizar. <<

[4] Término despectivo para una mujer joven no judía. <<

[5] Avenida principal del Bronx y referente de éxito social para la población judía de la época. Tom Wolfe describió la calle como «la nueva tierra de Canaán». <<

[6] Inútil, inepto. <<

[7] *Congress of Industrial Organizations* (Congreso de Organizaciones Industriales). Uno de los principales sindicatos de los Estados Unidos, fundado en 1935 como *Committee for Industrial Organization* (Comité para la Organización Industrial). <<

[8] Expresión askenazi. Equivale a «Creerse más lista que nadie». <<

[9] *The Odd Women*. Novela escrita en 1893 por George Gissing que habla fundamentalmente del rol de las mujeres en la sociedad y los primeros movimientos feministas. El título hace referencia al hecho de que en la Inglaterra victoriana había muchas más mujeres que hombres y, consecuentemente, se quedaban sin pareja. El término «*odd*», además de «impar», también significa «raro», algo que alude directamente al estilo de vida que acababan llevando estas mujeres sin marido a ojos de la sociedad de la época. <<